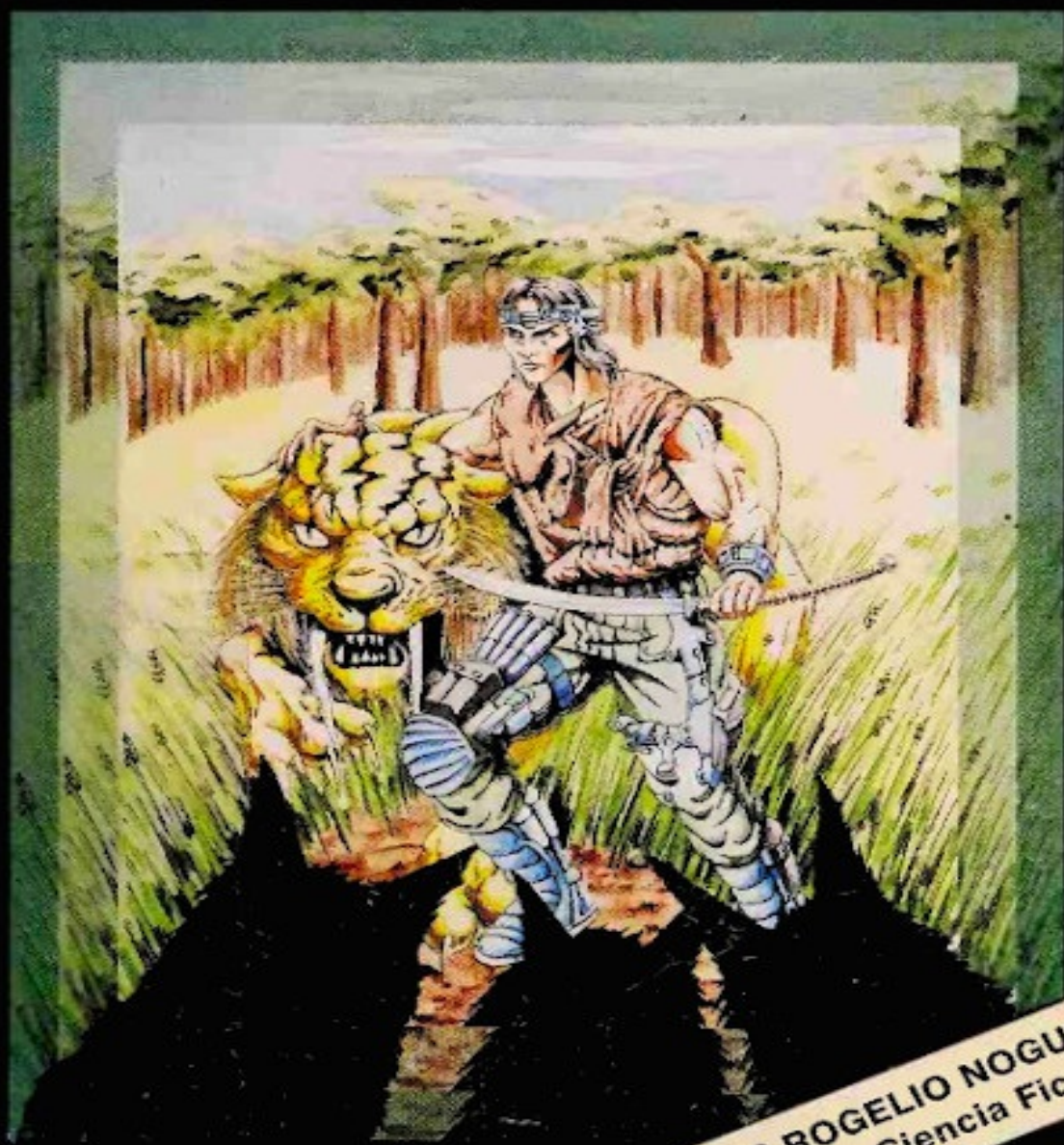


LOS PECIOS y los NÁUFRAGOS YOSS



PREMIO LUIS ROGELIO NOGUERAS 1998
Novela de Ciencia Ficción

de

Siglo XXIV: Quince ciudades en La Tierra con cinco millones de habitantes que viven bajo cúpulas, aislados del mundo exterior, para que la interferencia con la naturaleza sea mínima y esta pueda reponerse del desastre ocurrido en el siglo XXII, cuando la última guerra mundial exterminó al 95% de la población.

Mundo artificial sofisticado. Nubes y lluvias programadas. Y también: teletransporte, crononáutica: acceso a siglos pasados, disponibilidad absoluta de recursos materiales. ¿El edén? ¿El mejor de los mundos posibles? Muchas preguntas no tienen respuestas para todos. La verdad no es nada simple. Novela de ciencia ficción, pero también novela de reflexión, de indagación de temas esenciales: ¿hacia dónde vamos?, ¿cómo podríamos ser dentro de 300 años?



Yoss

Los pecios y los naufragos

ePub r1.0

Colophonius 17.07.2019

Título original: *Los pecios y los náufragos*
Yoss, 2000

Editor digital: Colophonius
ePub base r2.1



Quien vive de despojos
termina pareciéndose a ellos.

KUANG-TZU

Noche. Cantan las cigarras entre la hierba. Una silueta cuadrúpeda se recorta contra la hoguera. Cerca yace un hombre. Los largos cabellos y la barba crecida se confunden con los tallos aplastados por su peso.

El animal lo husmea con esperanza. El amo duerme y no entiende que es una noche sin luna, que el viento trae el olor de los rebaños. Su nariz es débil y sus ojos no ven a la luz de las estrellas. Por eso se empeña en dormir cuando la caza es mejor...

Corta la sinfonía de los insectos el bramido de un ciervo gigante. La bestia respondería con un rugido. Pero el amo lo ha enseñado bien: de noche se hace silencio. Sólo abre las fauces en un bostezo de amenaza. Los colmillos, largos y curvos como cimitarras, brillan al resplandor de la fogata antes de volver a esconderse en sus vainas.

El tigre dientes de sable mira el círculo de hierba aplastada y estaquillas generadoras. El cerco invisible. El amo lo tiende antes de dormir, y lo retira cada mañana. Ha visto animales con el triple de su peso embestirlo sin éxito. Podría salir. Es una barrera en un solo sentido.

Desobedecer, correr tras los aromas de la noche. Una orgía de sangre y muerte entre los rebaños. No lo hará; parece injusto estar encerrado en una noche tan prometedora... pero el amo lo ha ordenado, y basta.

Un sonido profundo y membranoso. Los pasos de un cuerpo colosal ponen enhiestas las pequeñas orejas del carnívoro. Olfatea... el fuego, bestia caliente y sin forma, tiene su propio olor. Pero puede identificar al intruso sobre el aroma de la leña que arde.

El mastodonte es un recuerdo solitario de las eras en que temblaba la tierra ante sus manadas largas y densas como ríos de carne. Desde la penumbra, observa la hierba rojiamarilla que a veces crece tras el rayo. En su memoria, nebulosa y amplísima, barrites entre el humo, el dolor de la gruesa piel ardiendo...

Junto a la peligrosa hierba está la bestia de largos colmillos y filosas garras, desafiante. Recuerda crías arrebatadas por el depredador de fauces que apuñalan. La ira es un destello en su pequeño cerebro... Podría aplastarlo como a un insecto. Detrás aún, percibe un aroma débil, desconocido, similar al de los simios de la selva.

Hierba-que-muerde, tigre y mono... ¿juntos? El mundo es raro y hostil en estos días. La edad enseña la prudencia. Con un estruendoso barritar, el coloso regresa a las tinieblas.

La ruidosa despedida hace erguirse al hombre, arma en mano. Tiene el sueño ligero y la vista rápida. Reconoce la mole de curvos colmillos que desaparece en la noche, y guarda el máser, aliviado.

—Creí que era un grendell —murmura; se ha acostumbrado a hablar solo para no olvidar el sonido de la voz humana—. Quizás no llegue nunca. Ya lo habrían enviado... son tres meses.

El felino, ansioso de caricias se le echa encima, saludando su despertar con grandes lengüetazos. El hombre, riendo, lo aparta con esfuerzo; el animal pesa casi 200 kilogramos.

—Nada de juguetos, Smile... todavía es madrugada. Déjame dormir. Mañana nos espera una buena caminata. Ojalá llegáramos a un bosque. ¿No estás cansado de llanuras? Gatito... apártate.

Con ronroneo de protesta, Smile se aleja un par de metros. El único hombre a finales del Terciario vuelve a dormir. El macairodo toma entre sus mandíbulas un tronco seco y lo echa al fuego, donde se enciende con miríadas de chispas. Luego, satisfecho de su habilidad, se tiende con la cabeza entre las zarpas, tratando de ignorar los olores de la noche.

Vistas desde arriba, las estrechas calles se cortan en una X encajonada entre los rascacielos de San Ángeles. Montones de basura, escombros y autos inservibles reducen aún más el espacio. Y sirven como barricadas a los que pelean con destellos de armas de fuego rajando la oscuridad.

Apenas pueden distinguirse. Todos con ropas de tejido sintético barato en colores chillones. Collares y ajorcas de metal y hueso, hirsutas cabelleras trenzadas. Pandilleros. Un grupo con armas largas, menos numeroso que el

otro, que solo tiene pistolas. Una de las cotidianas luchas de bandas del San Ángeles del XXI. Ya hay cuerpos inmóviles retorcidos sobre la calzada. Parapetados tras el cadáver metálico de una camioneta, hay dos individuos que no disparan.

Uno lanza algo contra el líder de los que tienen armas largas, el más adelantado. Cuando explota la granada de humo, corre hacia la nube resultante. La imagen va a infrarrojo, y la silueta del corredor se mueve con cautela, buscando.

Los movimientos se tornan más lentos. Bajo los pies del buscador se yergue el líder, fusil en mano, y lo derriba de un lentísimo culatazo. Cuando va a rematarlo, el compañero del caído interviene, lanzándole un objeto que impacta contra su cabeza y lo derriba. La sangre, tan brillante en infrarrojo, salpica el plastiasfalto de la calzada.

Celeridad normal. El que ha derribado al jefe de los pandilleros lo registra, y toma un paquete del tamaño de un puño de entre sus ropas. Acude a socorrer a su compañero caído, y se lo echa al hombro con esfuerzo. El humo se disipa; varios pandilleros distinguen al rescatador y abren fuego. Un proyectil lo alcanza en el brazo, echa cuerpo a tierra, pero las balas levantan esquirlas en el callejón cada vez más cerca de su cabeza.

Con un salto y un ágil rodar sobre sí mismo, se apodera del arma del líder caído. Sin cuidarse de la sangre que brota de su brazo herido, dispara contra los que lo acosan. Algunos caen...

—Suficiente —el miembro del Consejo Supremo detiene la grabación con un gesto, y la pantalla queda en blanco antes de desaparecer—. ¿Tienes algo que decir, Targo Ridal?

Targo es un joven delgado y musculoso, de mediana estatura, cabello negro cortado al rape. Su rostro parece compuesto sólo por ángulos, y en los ojos, tan oscuros que casi son negros, brilla la ironía. Aún viste como un pandillero del XXI, y el atuendo en él no parece un disfraz. El brazo herido cuelga inerte, cubierto con espuma regeneradora de un rosado incongruentemente festivo.

Está de pie, lo mismo que su interlocutor. Fuera de ellos, el hangar de cronotraslado está totalmente vacío.

—¿Qué podría decir? Ahí está todo. Dos muertos y tres heridos graves —se encoge de hombros—. Recuperé el huevo de Fabergé y le salvé la vida a Toyin... no habrá que enviar un equipo de rescate. Pero nada de eso cuenta si alteré la línea temporal —añade, con cierta insolencia—: Es cómodo verlo en la grabación del nanosatélite, pero muy distinto estar ahí. La peste de los desperdicios en descomposición, las balas silbando, los gritos de esos locos drogados... Puro San Ángeles: vestíbulo del infierno. El jefe de los Coyotes se tendió sobre una salida de aire caliente; Toyin no pudo verlo con sus gafas infrarrojas. Ya vio que tampoco sale en la imagen del satélite...

—No culpamos a Toyin. Tú fuiste el irresponsable. Por suerte, no hubo alteración en la línea temporal básica. —La máscara impide ver las facciones del hombre del Consejo Supremo. La justicia sin rostro, piensa Targo. Su túnica es verde claro. Un Operador que actúa como miembro provisional. Solo. Si la falta fuera grave, estaría juzgándolo un tribunal. Habrían además dos miembros permanentes, con ropajes verde oscuro.

—Entonces ¿por qué estoy aquí? —alega Targo, y muestra un ovoide dorado en la mano derecha—. Aquí está el huevo, Toyin sólo sufrió contusiones... y si la sangre no llegó al río...

—Pudo llegar —el del Consejo Supremo toma el objeto que le tiende el joven. Oprimiendo un resorte, la «cáscara» de oro se abre en cuatro pétalos simétricos y el interior de la joya queda al descubierto. Esmeraldas, diamantes y rubíes centellean un instante en la amplia estancia—. Hermoso. Fabergé era más artista que orfebre... pero ni siquiera esta joya compensaría lo que pudiste provocar. Un crononauta no debe, *no puede* atentar contra la vida de nadie cuya muerte no esté registrada en ese momento de la línea temporal básica. Tenías que permitir que tu compañero muriese en vez de matar a otros por evitarlo. Sabes que podríamos rescatarlo vivo con otra cronoincursión —cerrando el huevo, el enmascarado mira al joven crononauta—. Targo Ridal... según tu expediente no es la primera vez que recurres a soluciones innecesariamente violentas. Aficionado a las artes marciales y a la historia de la exploración del espacio. Sin amistades ni parejas estables. Todo un solitario. Te gusta hacer las cosas por tu cuenta, independientemente de las decisiones del equipo. Un concepto de la

disciplina muy personal... Hace cuatro años que eres Marcador. Y lo seguirás siendo siempre, a menos que...

Targo se tensa. Todo Operador, como miembro de la categoría superior de crononautas, puede decidir sobre el destino de Marcadores y Recuperadores. ¿Qué harán con él?

—... A menos que aprendas lo que significan la disciplina y el trabajo en equipo —el miembro provisional del Consejo Supremo suspira gravemente—. Lo siento por ti; tengo que recomendar cambiarte de grupo. Dirigido por un Recuperador con más experiencia aprenderás... o aprenderemos que no sirves como crononauta. ¿Te parece justo? Puedes reclamar un tribunal que examine tu caso.

Targo se relaja. Ha salido bien librado. Con un tribunal, la sentencia sería más severa. Podían haberlo colocado bajo supervisión de un Operador, o incluso expulsarlo de las filas de los crononautas. No puede imaginarse castigo peor.

¿Cambiar de equipo? Secundario... lleva cuatro meses en este. Se conocen, se complementan, pero no tiene mayor relación con ellos... Salvó a Toyin porque... porque sí. No puede decir que sea su amigo. No puede decir que nadie sea su amigo.

—No me parece justo... pero estoy de acuerdo —responde Targo y pregunta acto seguido—: ¿Puedo irme?

—Aún no... —la voz del enmascarado ha perdido su tono autoritario y su postura es menos rígida—. Dime, ¿practicas mucho con los simuladores de combate?

—Eh... sí —confiesa Targo, algo sorprendido, pero desafiante—. Un crononauta debe estar preparado para luchar con las armas y técnicas de cualquier época... ¿Cómo lo adivinó?

—No lo adiviné —objeta el Operador—. La pedrada con la que le rompiste el cráneo al pandillero, la manera en que esquivaste los disparos y la puntería con que hiciste fuego después... era obvio. Y dice tu expediente que te gustan las artes marciales... ¿Has usado el simulador de Ian? —ante el gesto negativo del joven, añade—: Pruébalo. Es lo mejor que hay. Casi real.

—Lo probaré... —Targo, intrigado, observa detalladamente al Operador, tratando de imaginar quién puede estar tras la máscara. Sabe que el Consejo

Supremo detesta la violencia. Uno de sus miembros recomendando un programa simulador de combate resulta tan incongruente como un verdugo sugiriendo clemencia—. ¿Puedo marcharme ya? Mis compañe... ex-compañeros esperan. Debo comunicarles mi traslado. ¿En qué equipo he sido ubicado? ¿Cuándo tendré la primera misión con ellos?

—Vete... y atiéndete esa herida —le recomienda el enmascarado—. Cuando estés repuesto se te informará, no te preocupes. Ten más cuidado en lo adelante.

—Adiós... y gracias —se despide sinceramente Targo, marcando unas coordenadas en su pulsera universal. Con el breve fulgor del teletransporte, se desvanece.

—Volveremos a vernos —murmura el Operador, mirando en derredor—. No me engañas, Targo Ridal. Debajo de tu frialdad hay un volcán a punto de erupción. Espero que sepamos encausar la lava en la dirección correcta —concluye, enigmático, y marcando a su vez otras coordenadas de teletransporte, abandona también el hangar.

El amanecer en la pradera es bello, pero breve. El sol, en minutos, es lo bastante fuerte para atravesar el follaje de la acacia bajo la que hombre y tigre han buscado refugio. El árbol se alza como un centinela solitario, sin semejante en millas.

—Mi reino por una sombra —masculla Targo. Un rayo, apuntado por algún francotirador invisible, se posa en su párpado derecho—. Otro día de caminata al sol... ya entiendo por qué los africanos eran negros... —rectifica, mientras se despereza con un aparatoso estirón—. O serán negros, porque no he visto a ninguno...

Smile también se estira, y salta sobre él. Las mañanas son la hora de jugar. Targo lo sabe, y no lo toma por sorpresa el fingido ataque del animal.

—¡Coge esta! —grita, pegándole con todas sus fuerzas. Un golpe lateral con ambos puños que resuena contra el tórax de Smile como el mazo en el parche del tambor, y desvía algunos grados la trayectoria de su salto.

El impacto habría roto las costillas de un hombre, pero es sólo una ruda caricia para el macairodo. Encantado, rugiendo en broma, se yergue sobre los

cuartos traseros y lanza un par de zarpazos sin sacar las uñas.

Targo alcanza a esquivar uno, pero el otro lo derriba por los suelos, rodando. Evita el siguiente ataque deslizándose como una serpiente entre la hierba y de nuevo están frente a frente. El tigre ruga. El hombre alza los puños.

—¡Pelea, gato cobarde! —le dice burlón, jadeando y con el corazón acelerado. Ahora Smile no salta; carga a ras del suelo, rapidísimo. Pero Targo no está desprevenido.

La patada impacta en el sensible hocico. El rugido es aterrador. La reacción, tan veloz que el hombre no tiene tiempo de nada. Un zarpazo, y la mole del macairodo sobre él. Las garras en su pecho, el hocico ensangrentado y los colmillos de un palmo de largo a centímetros de su cara...

—Calma, gatazo. ¿No sabes que es un juego? No hay que dejarse llevar... seamos razonables —balbucea Targo. El tigre gruñe. Por un instante cruza la mente del hombre una terrible idea: Ya no es tan cachorro. El instinto de lucha en los félidos aumenta cuando se acerca la madurez sexual...

Con un sonoro lengüetazo, Smile empapa la cara de Targo. Luego se le quita de encima y retrocede cabizbajo, como avergonzado. Un hilillo rojo cuelga de su hocico. Se lo limpia con una pata, en gesto curiosamente humano.

—Vaya —Targo se levanta, tembloroso—. Última vez que jugamos así, gatito. Y debes cuidar tu halitosis. —Hurta en su mochila y saca una gran lonja de carne cruda que le lanza al macairodo, y otra más pequeña que ensarta en una ramita.

—Me prepararé el desayuno al estilo explorador —extrae el máser, y regulando el ancho y la potencia del haz de microondas, oprime el disparador apuntando al trozo de carne—. Una vez leí algo sobre convertir las espadas en arados... tratándose de esta pistola, bastará que sea fogón.

En diez segundos el filete huele agradablemente, y Smile, devorado el suyo casi sin masticar, se acerca a investigar.

—No seas ambicioso, ya tú desayunaste —Targo lo aparta, y da vueltas al bistec entre las manos, tratando de no quemarse—. Yo no tengo tus molares,

así que el cocido me toca a mí. No sé cómo le caería la carne asada a tu flora intestinal.

Expresando su enojo, Smile da media vuelta y se aleja con la corta cola muy enhiesta. Targo lo observa acercarse al tronco de la acacia para afilar las garras haciendo tiras la corteza.

Tras cortar la carne con un pequeño cuchillo plegable, se acaricia el pecho adolorido.

—De no ser por el peto, tendría las entrañas tomando el sol —murmura. El zarpazo del dientes de sable ha dejado cuatro surcos en el material blindado de su casaca sin mangas—. Lo malo es que da mucho calor.

Abre la prenda, desnudando el pecho rojo y contusionado. Por enésima vez piensa en la fragilidad humana. Sin armas, ni todo su conocimiento de las artes marciales le serviría de mucho frente a Smile, si quisiera atacarlo *de verdad*.

—Un hombre solo es como pluma sin pájaro en el viento —se dice—. Un náufrago en el mar del tiempo es menos que eso.

Finales del Período Terciario. Pleistoceno... a miles de años de otra presencia humana. Náufrago por decisión propia... fugitivo. Detrás... o delante, en el siglo XXIV, su crimen. No se arrepiente. Volvería a cometerlo.

—Como sea, íbamos a venir. Aunque solo no es lo mismo... No hay regreso posible. A los héroes de los holofilmes siempre se les ocurren vías para salir de las situaciones desesperadas. Soy un fracaso como héroe —murmura, y la idea lo hace reír—. Ellos tienen a la suerte y los guionistas de su lado. Y a las heroínas, muy importante. Y yo... huyendo del mundo perfecto para morirme de viejo, solo en el Pleistoceno... si no me aplasta un mastodonte o me come un león gigante.

Otea el horizonte, un mar de hierba uniforme con el achatado cono volcánico que ha bautizado El Cenicero destacándose como único accidente delante. La víspera usó los anteojos sin ver más que pradera. Diez días a buen paso y no se ve final. En el mapa teórico que Ian cargó en el módulo, había una selva en este sitio... y no estaba El Cenicero. La cartografía extrapolativa nunca fue una ciencia exacta.

Ian sabría qué hacer. Ya hubiera encontrado algo. Los xenos... u otra cosa que explicara el misterio de estos Siglos Cerrados a los que ha venido a

dar casi involuntariamente.

—Smile, cuando vaya a estirar la pata —habla sin dirigirse realmente al dientes de sable—, si no he descubierto nada, por lo menos trataré de que mi esqueleto se fosilice bien. Un dolor de cabeza para los antropólogos... les será más fácil decir que soy un fraude. El hombre siempre cree lo que le es más cómodo. Somos conservadores natos.

Toma un sorbo de agua, y colocándose en la lengua una cápsula bactericida, hace gárgaras. Mantendrá sus dientes libres de caries... no es una precaución superflua a miles de años de cualquier odontólogo. Aunque tal vez las bacterias del Terciario sean más resistentes al flúor.

—Detalles, detalles —reflexiona—. Trata de preverlo todo, y siempre olvidarás algo indispensable. Si no hubiera perdido el módulo, atravesaría esta pradera en una hora... nunca pensé que pudiera aburrirme de ver hierba.

En lontananza, una nube de polvo. Le llega el sordo retumbar de miles y miles de pezuñas. Con el antejo los identifica: bisontes. Calcula su trayectoria, precavido... hace tres días tuvieron que correr mucho Smile y él para no ser arrollados por una migración de antílopes.

—No pasarán cerca —concluye, y suspira—. Lástima que anden en manadas... y que por aquí no haya caballos salvajes. Si queremos transporte tendremos que domesticar un mastodonte... podría cargar con los dos cómodamente, ¿no crees, Smile?

El macairodo no responde. Con ojos soñadores, observa el mar de chuletas con cuernos que llena el horizonte por el Este.

—Tú sí eres sabio, gato —suspira Targo, mientras recoge y guarda el control del campo escudo y las estaquillas generadoras—. Comer, dormir, y reproducirte. Si yo fuera como tú... aún estaría muy feliz en el siglo XXIV. Lo malo es que desde que a nuestro tatarabuelo Ug se le ocurrió bajar de la mata, le empezó a crecer esto —se palmea la cabeza antes de ponerse el sombrero de anchas alas—. No me envidies, Smile, es una verdadera maldición. Buscar, preguntar, descubrir... todas esas cosas que cansan tanto son las únicas que nos hacen felices a nosotros los humanos.

Targo calla, pensando en todo a lo que ha renunciado. ¿Sabes, gatito? —echa a andar, y Smile lo sigue—, lo increíble es que a la mayoría les basta con lo mismo que a ti. Comer, dormir y mirarse el ombligo diciendo «¡qué

inteligente soy!», es su idea de la felicidad. Tú no puedes aspirar a más, pero nosotros...

La respuesta del macairodo es un gruñido. Cuando el amo habla tanto y tan rápido, se pierde. No le gusta. Parece que lo hiciera sólo por oírse, pero si eso lo contenta...

Resoplando, Targo se deja caer boca arriba sobre el césped al borde de la calzada. El brazo herido ya no duele, pero tardará días en poder usarlo como antes. Un niño se acerca, curioso.

—¿'Tas cansa'o? —Targo sonríe ante la vacilante pronunciación.

—Un poco... pero ahorita me recupero y corro de regreso —mirando en derredor, pregunta—: ¿Y tu mamá?

—'Amá 'tá en 'slandia. Pe'o a mí 'usta 'quí —el pequeño, interesado, se agacha junto a Targo y señala su pulsera universal—. ¿'Tá rota? ¿Po' eso tú 'orres?

—No, está bien —Targo ríe, y le revuelve el pelo al chiquitín—. Corro para estar bien entrenado. Yo soy crononauta ¿sabes?

—Sí. Tú vas al pasa'o. Como mi 'apá —dice el niño, muy seguro—. Pe'o él no 'orre... —antes de que pueda decir más, una luz roja y un bip empiezan a destellar y sonar en su pulsera, y dice—: 'Engo qu'irme, 'amá llama... 'dios, 'ononauta —fulgor, y el niño desaparece.

El siglo XXIV es seguro. Islandia está al otro lado del planeta, pero un niño de tres años puede venir a jugar a la Antártida sin temor... su madre, a través de la pulsera universal, acaba de llamarlo, y él ya debe estar saliendo de una cabina receptora bajo la cúpula islandesa.

Targo echa una ojeada en derredor. Nada parecido a una ciudad para alguien acostumbrado al San Ángeles o la York-Jersey del siglo XXI. Cuando más, un parque muy bien cuidado... y las receptoras de teletransporte, espaciadas cada medio kilómetro, serían inocentes cabinas telefónicas.

Verde por todas partes, inmensas alfombras de hierba. Setos y árboles frondosos son la nota dominante entre las calzadas de plástico que unen los complejos habitacionales. Ninguna construcción se eleva más de dos pisos, y

en cambio se extienden zigzagueando por cientos de metros. Casas llenas de ventanas, claras y frescas. Toda estructura de soporte vital —líneas de energía, de suministro de agua, desagües, comunicaciones— está oculta.

Las ciudades perfectas. Quince en todo el planeta, ocupando miles de kilómetros cuadrados, bajo cúpulas para que la interferencia con la naturaleza virgen de afuera sea mínima. Siglo XXIV... cinco millones de habitantes en la Tierra. El problema demográfico resuelto.

Y bien resuelto, ironiza mentalmente Targo. La guerra de finales del XXII logró exterminar al 95% de la población terrestre. Un desastre predecible, según los historiadores... el stress por exceso de población, el hacinamiento, la falta de recursos... Malthus no andaba tan equivocado; la guerra fue una solución instintiva. Como la emigración suicida de los lemingos del Ártico cuando su densidad poblacional sobrepasaba al límite. Pero los lemingos humanos del siglo XXII casi partieron La Tierra en dos.

Trata de imaginarse la explosión de los misiles, las nubes de gases tóxicos, los aerosoles de virus letales... la pesadilla. Y el sueño: en apenas dos siglos, partiendo de los previsores que se ocultaron en refugios autosuficientes, la humanidad se repone... y restablece la naturaleza arrasada por su estupidez.

Ha visto los holovideos del exterior de las cúpulas, antes y ahora. De desiertos radiactivos a selvas y praderas vírgenes que ocupan todo el territorio que dejan libre las ciudades. Una decisión altruista del homo sapiens: retirarse a sus mundos encapsulados y dejar a sus «hermanos menores» el resto del planeta donde casi los eliminaron.

Él nunca ha salido afuera. La ley es que, excepto los Operadores, nadie puede hacerlo. ¿Resulta lógico que sea más fácil viajar al pasado que salir de una cúpula atravesando una simple escotilla?

Las cúpulas tienen sus ventajas, lo dicen todos. Estar en la Antártida con 25 grados Celsius de temperatura, y un «sol» radiante. Con su luz artificial que imita tan bien a la solar que hasta las plantas más exigentes se engañan, crecen y florecen. Y mañana habrá lluvia a las 4:00 de la tarde. ¿No es mejor que el clima, en lugar de sorprender con sus arbitrariedades, sea determinado por los deseos de la mayoría?

¿Mejor? se pregunta, mirando al cielo. Hermosas nubes blancas en lo alto... ilusión. Una imagen virtual perfecta. Prefiere un cielo *real* donde llueva sin control y haya granizo, nevadas y tormentas. Como el de afuera... o el de antes.

Nostalgia del pasado. Los crononautas están siempre expuestos a ella. Cuando alguien comienza a suspirar por el romanticismo del Medioevo o la vida natural de los sioux en el siglo XIX, la cura es enviarlo allí por seis meses... sin tecnología. Si perece, se envía un equipo de rescate para traerle de vuelta *antes* del trágico hecho. Si resiste, termina comprendiendo el verdadero valor de la civilización...

Targo siempre se ha preguntado algo: ¿Y si no? ¿Y si se negara a retornar? ¿Usarían la fuerza para traerlo? ¿Lo informaría el Consejo Supremo? ¿Sería capaz el Consejo de *ocultar información*?

Preguntas, absurdas y puramente teóricas preguntas. Quizás sería más feliz si aceptara las respuestas que satisfacen a todos en vez de hacerse las preguntas que a nadie le interesan. En el fondo, está resentido por la decisión de cambiarlo de grupo. ¿Por qué desconfiar del Consejo Supremo?

Todos los Operadores pueden ser miembros provisionales. Pero sólo los más prestigiosos visten la túnica verde oscuro de miembros permanentes. La superélite de una sociedad donde los crononautas ya son una élite. ¿Cómo alguien que ha atravesado por tantos exámenes y procesos de selección, alguien que ha mostrado en mil ocasiones su talento para operar con el pasado, podría mentir sobre el presente...?

Targo recuerda a las educadoras del jardín de la infancia. Algunas cosas no pueden explicarse a los niños tal como son. Y una educadora no puede tener las respuestas a *todas* las preguntas. ¿Y el Consejo Supremo?

Primera Pregunta Sin Respuesta. ¿Es el siglo XXIV realmente el mejor de los mundos posibles?

Todos dicen que sí. Él sabe que la razón de la mayoría es un axioma falso... sólo algo que esa misma mayoría prefiere creer.

Teletransporte, disponibilidad absoluta de recursos materiales, ni excesos de población ni límites a la cantidad de hijos que pueden tenerse. El Edén. Por si fuera poco, está la Crononáutica. Acceso a los siglos pasados. La

posibilidad de rescatar los tesoros perdidos del arte y la ciencia... justa revancha de la razón contra el oscurantismo de eras más violentas.

Hay límites para las cronoincursiones. No puede alterarse la línea temporal básica. Nadie puede ir a Austria y asesinar a Adolf Hitler en su cuna para evitar el genocidio de los judíos, ni detener a Truman antes de que lance las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Las consecuencias de tales «correcciones» serían peores. Podría ser que el «bienintencionado» crononauta se esfumara, sin haber existido nunca... lo mismo que todo el siglo XXIV que conoce.

Tampoco puede viajar al futuro. Es uno de los puntos de la compleja Teoría Crononáutica que Targo no acaba de entender. Si se puede ir hacia atrás, también debería ser posible hacia adelante. ¿No es todo instante el pasado y el futuro de otros? Sin embargo, hay un concepto que lo explica: Tiempo Marcador. Más allá del XXIV, el futuro *aún* no existe. ¿¿¿!!?? Hay tres toneladas de fórmulas que lo explican, como todo el mundo sabe.

Cualquier tiempo pasado fue peor. Nunca fue más feliz el hombre que en el siglo XXIV. Lo repiten todos al menos diez veces al día. ¿Por qué recalcar *tanto* lo obvio?

Quizás, porque no todo es *tan* perfecto. Al menos no para *todo* el mundo. Específicamente, *no* para él.

Targo arranca un tallo de hierba y la mastica. Jugosa, natural, siempre verde, pero una variedad genéticamente alterada. ¿Serán así afuera... o mejores?

¿Prohibir las nueve décimas partes del planeta no es un extremismo ecológico? ¿No es el hombre parte de esa misma ecología? Marcadores, Recuperadores y hasta los no crononautas... ¿son tan poco confiables que no puede permitírseles ni siquiera *mirar*? ¿Resulta tan imposible vivir en paz con la naturaleza que el único camino es apartarse de ella?

El absurdo es aceptado por todos. Nadie habla de eso. No es un caso único. También existen los Siglos Cerrados. A los crononautas tampoco les agrada hablar de ellos.

Diez mil años del final del Período Terciario y el comienzo del Cuaternario. Se puede entrar por cronotransporte... pero no salir. Algo lo impide. Los satélites tampoco pueden transmitir a través del misterioso

«sello». Y los robots diseñados para operar miles de años recopilando datos, y ser recogidos al principio del Cuaternario, tampoco han resultado. Algo destruye las máquinas... La posición oficial es considerarlo un fenómeno natural, efecto secundario de alguna alteración menor en la línea temporal en el Carbonífero o el Silúrico. La Teoría prevé casos como ese, hay que tener cuidado, etc. No hay por qué investigar más...

¿Y por qué sólo esos diez mil años? ¿Y por qué precisamente ese período?

Ahí huele a *enigma*. Resolverlo *debía* ser más interesante que rescatar huevitos enojados del siglo XXI o papiros con jeroglíficos de la III dinastía egipcia. Porque, sólo como hipótesis. ¿Y si en vez de *algo*... fuese *alguien*?

Visitantes de otras galaxias, viajeros de tiempos mil veces más remotos en el futuro que el siglo XXIV, seres de universos paralelos... cualquier alternativa resulta subyugante. Alguien que no quiere que se sepan detalles sobre su presencia... ya que los mismos Siglos Cerrados la marcan tan claramente.

Una posibilidad inquietante. ¿Por qué negarla de plano?

¿Por qué vivir mirándose el ombligo, repitiendo «soy feliz»?

Posible Respuesta a la Primera Pregunta Sin Respuesta: No existe el mejor de los mundos posibles. Cada época tiene sus pros y sus contras. Cada una cree en un futuro mejor. El siglo XXIV tampoco es la perfección, con respecto al XXV, o al XXX. Aunque creerlo sea tranquilizador... si uno vive en él. También peligroso. ¿No es la autocomplacencia el principio de la decadencia?

Pregunta Accesorio: ¿O es la decadencia misma?

Segunda Pregunta Sin Respuesta: ¿Miente el Consejo Supremo?

Preguntas Que Son La Posible Respuesta a la Segunda Pregunta Sin Respuesta: ¿Qué hay fuera de las cúpulas... quizá algo muy distinto de selvas vírgenes y por eso...? ¿Qué o quién selló los Siglos Cerrados? ¿Es una amenaza de algún tipo... o algo peor?

Tercera Pregunta Sin Respuesta: ¿Qué es la Verdad? ¿Dónde está? ¿Fuera de las cúpulas, en los Siglos Cerrados, en uno mismo?

Única Posible Respuesta A La Tercera Pregunta Sin Respuesta: La verdad es lo que cada uno esté dispuesto a aceptar como tal. Para Aristóteles, la

verdad era La Tierra centro del Sistema Solar. Para el Consejo Supremo la verdad es que el siglo XXIV es la sociedad perfecta, y los Siglos Cerrados un fenómeno natural. O sea... ¿para otros, puede ser verdad... otra cosa? ¿Y si la verdad es algo tan horrendo que sería cruel revelarlo...? ¿No hay derecho a saberlo, de todos modos? ¿Una sociedad autosatisfecha y «feliz» es necesariamente decadente? Siempre más preguntas...

No es tan terrible pensar que las *respuestas* quizás no las tenga el Consejo Supremo. Si cada cual puede hallar las suyas...

Lo terrible es cuando parecen no coincidir con las de nadie. ¿Entonces...?

El pensamiento abstracto puede resultar más agotador que cualquier ejercicio físico. Targo echa a trotar de nuevo entre árboles y césped, lejos de la cómoda calzada plástica. Al menos de un par de cosas puede estar seguro: el pasado no fue un paraíso. Pero los que vivían en él estaban conscientes de eso... que ya es algo. Y *sí* debía ser menos aburrido. En el siglo XXIV, fuera de la crononáutica, no hay nada interesante.

Se imagina su vida si los exámenes lo hubieran clasificado como «no apto». Sería como estar muerto. Tendrá que andar con cuidado en su nuevo grupo, o resignarse a ser... ¿museólogo, conservador, restaurador? El XXIV es tranquilo y feliz, pero tan descolorido...

—¡Viva el color! —aúlla Targo, lanzándose a toda carrera desde lo alto de la colina. El viento acaricia su corto cabello, igual que las miradas estupefactas de dos o tres transeúntes que atraviesan la calzada cercana.

El sol vertical sobre el mar de hierba. El hombre avanza sudoroso entre los flexibles tallos que rozan su mentón. El tigre dientes de sable, como un barco, va dejando una estela al apartar las largas hojas que lo avanzado de la estación tiñe de amarillo.

Para Targo, Smile no es más que unos estrechos cuartos traseros que preceden a su propia sombra resbalando sobre la hierba. Una sombra larga, rematada por un sombrero de ala ancha, escasa protección contra el sol. Parece un hongo gigante y móvil.

Emergen a un claro de hierba calcinada por el rayo. Targo agradece el descanso visual del negro después de horas de hierba amarilla y cielo azul sin

nubes. Final del verano; las lluvias demorarán semanas, la sequedad del ambiente es extrema. El sudor se evapora sin refrescar, y la deshidratación es un peligro.

Se sienta junto a la frontera donde la hierba sana ondula sobre los tallos quemados por el fuego del cielo. Al fin sombra. Con la lengua colgando, el macairodo se tiende a su lado. Targo le limpia con una mano los mostachos orlados por las semillas adherentes de las plantas de la sabana. Con la otra, busca en su mochila la espita del ionizador; vendrá bien un sorbo para refrescar, además del descanso.

Hizo bien en no deshacerse del aparato. Diseñado para purificar el agua envenenada de cortezas putrefactas en los pantanos del Carbonífero, ha sido muy útil en los finales del Terciario. Además de tener grandes depósitos de almacenaje, el tratamiento con iones de plata evita infecciones microbianas. Tiene medicamentos de todos tipos, pero ¿cómo estar seguro de que los microbios del Terciario reaccionarán «correctamente» a los antibióticos del siglo XXIV? Una infección renuente podría ser el final, si el médico automático no atina a tratarla. Está solo...

Targo bebe directamente de la espita, acosado por los jadeos impacientes del gran félido. Luego se descubre, impermeabiliza el sombrero y lo usa como escudilla para dar de beber al dientes de sable.

Lo observa saciar su sed. El macairodo tiene más estructura de hiena que de gato. Cabeza, cuello, hombros, pecho y patas delanteras más robustas que las de un león de buen tamaño. Sus garras son más largas que el dedo meñique de Targo, y los colmillos-sables tienen la longitud de su mano.

Una máquina de matar. Si logra sujetar la presa con las robustas uñas, los caninos, en un movimiento de sube-y-baja de toda la cabeza, más apuñalear que morder, atraviesan el pellejo más grueso sin problemas; suele bastar un solo golpe. Tiene un sexto sentido para localizar las yugulares hasta en los rinocerontes, escondidas bajo pliegues y pliegues de piel acorazada.

En apariencia, un depredador perfectamente adaptado, sin rivales... pero en pleno proceso de extinción. Fue una gran casualidad encontrar a Smile al llegar. Sólo una vez, de lejos, ha visto a otro macho solitario.

Están especializados en presas grandes y torpes, que ya escasean. Lentos para los ágiles rumiantes que pululan en la pradera, ni al acecho tienen

muchas posibilidades. Una de las razones por las que sólo muy de vez en cuando lo deja libre para sus incursiones nocturnas. No sabe si los animales sufrirán de neurosis, complejos y frustraciones, pero prefiere evitárselos: el dientes de sable no ha logrado hasta ahora capturar por su cuenta ni una sola presa. Quizás sea mejor. Los ciervos gigantes podrían herirlo... son tan veloces como buenos peleadores.

Targo recuerda a Ian y a su «beowulf»... diseñado para superar al grendell, el más perfecto blindado de combate jamás creado por el ingenio humano. Y efectivo. Smile no está «diseñado» para retar a los ciervos megaceros... en realidad, no sabe por qué piensa en Ian y su arma justamente ahora.

Da vueltas a un objeto entre las manos. Un tridente de acero de mango corto, la púa central mucho más larga que las laterales, con un rudimentario filo. Sai. Se usan en parejas, pero el otro quedó para siempre en el siglo XXIV, bien clavado.

Un arma hecha para quebrar entre sus dientes las recias katanas samurais. Quizás la invención más afortunada del kobu-do de Okinawa. También un diseño especializado... Pero también capaz de burlarse de una armadura de metaloplástico y arrancar la vida de una entrometida prepotente... Sus dedos se crispan en el mango cubierto de cuerdas trenzadas.

—Ian... —mira hacia el infinito de azul y amarillo de la pradera—... juré continuar con tu plan, y estoy aquí... aunque solo. Habría preferido quedarme y pelear... contigo.

El sai salta de sus manos. Se hunde en la tierra cubierta de oscuras cenizas varios metros más allá. Brilla el acero al sol como una extraña rama sobre la tierra muerta. Smile, interesado, deja de beber para olisquear... Es sólo una de las garras falsas del amo, no hay peligro en ellas.

—Querías que encontrara a los xenos... He recorrido la mitad de África sin ver nada —Targo camina hasta el tridente metálico y lo alza, caviloso—. Creo que no importa... la posibilidad basta para quitarle el sueño al Consejo Supremo.

—Que envíen un grendell, si pueden encontrarme... ya veremos —palmea la pistola en su cadera—. Vamos, Smile... tenemos un largo camino por delante.

El macairodo ha observado con la curiosidad de siempre los gestos del amo y los sonidos que produce con su boca. Ha aprendido a conocer sus estados de ánimo. No entiende por qué ni con quién, pero el amo está furioso. ¡Ay del que haya despertado su ira, porque también se enfrentará con sus colmillos! Los muestra en un rugido que estremece la sabana, y se aleja corriendo por entre las hierbas.

Targo recoge el sombrero, se lo encasqueta... y el agua rueda por su rostro, sus hombros y su pecho.

Por un instante queda tenso, la mano temblando en la culata de su arma. Luego, se relaja y ríe.

—Es bueno refrescar... —Y después que se ha marchado, sus palabras quedan flotando sobre el claro, lo mismo que su olor.

Al rato, un cuerpo cuasicanino de líneas robustas y patas ágiles brota de alguna parte y olisquea el sitio. Su memoria no identifica el olor de Smile, pero muestra los dientes... reconoce a un poderoso carnívoro. No será una víctima fácil.

En cambio, el otro aroma... el osteoborus o perro-hiena olfatea cuidadosamente. Similar al de los simios del bosque. Cuando se aventuran lejos de los árboles, son buena presa. Aún con esas ramas que arrancan, no valen mucho luchando solos, y si no hay nubes plateadas por los alrededores...

Falta mucho hasta el árbol más cercano. En el primitivo cerebro del depredador no cabe siquiera la posibilidad de que el carnívoro desconocido y el simio vayan juntos.

Con un largo aullido, el explorador avisa a sus congéneres que ha encontrado un rastro. A millas de distancia, otros aullidos le responden. La jauría, abriéndose en herradura, comienza la caza.

Un birmano. Ajorcas de bronce en muñecas y tobillos, sarong estampado envolviendo las caderas, torso desnudo, una banda en la frente. La piel del color de la corteza joven, los ojos rasgados y negrísimos, las finas líneas de la mandíbula lampiña, los músculos magros.

El dha que blande es una obra de arte. Brilla con el fulgor del acero viejo, y las incrustaciones de bronce de la empuñadura son perfectas en su detalle.

El guerrero se acerca, sujetando su espada en forma característica: una mano junto a la guarda, la otra al extremo del mango. Los pies descalzos se mueven cautelosos, reconociendo el terreno con los dedos largos y ágiles.

No hay tiempo para reflexiones. El birmano ataca, con un corte profundo de arriba a abajo. Targo, sosteniendo su propio dha en la misma forma, detiene el tajo y riposta con una estocada buscándole el vientre.

Giran, chocando sus armas con tintineo metálico. La esgrima birmana combina tajos y estocadas amplios con movimientos cortos; la empuñadura del dha, tan larga como la hoja, puede ser sujeta a distancias diferentes. Es un arma versátil, con la maniobrabilidad de un cuchillo y el alcance de una espada.

Logra trabar su hoja en la del guerrero. Aprovechando su mayor peso, trata de derribarlo. Los ojos del birmano relampaguean, y tarde comprende Targo su error: no es en la espada del oponente donde debe fijar la atención, sino en su cuerpo vulnerable... que puede ser muy peligroso.

El rodillazo en las costillas lo hace retroceder varios metros trastabillando, y apenas alcanza a esquivar la estocada. Aprieta los dientes... los golpes sí se sienten... debe tratarse de neurotrodos o algo así.

Otra estocada engañosa y un segundo rodillazo, ahora en el muslo derecho. Mu-Thai, el antiguo arte marcial de Birmania y Siam, terrible a corta distancia por su hábil uso de codos y rodillas. El perfecto complemento de la esgrima con dha.

Buscando recuperarse, aferra su arma cerca del extremo de la empuñadura. Tajos largos y amplias estocadas. Aprovecha el mayor alcance de sus brazos para mantener a raya al birmano. Funciona, pero se cansará pronto. Tiene que atacar ya.

Los miles de horas con simuladores estorban. No puede dudar de la realidad del combate, o perderá sin remedio. Tiene que asumir que enfrenta a un ser humano. Probablemente reaccione de la forma correcta si...

Targo sujeta su espada cerca de la hoja, proponiendo la corta distancia. El guerrero birmano, de menor estatura y miembros más rápidos, llevará ventaja en el cuerpo a cuerpo. Acepta. Tajo, revés, estocada... Targo descuida

voluntariamente la guardia, y viene el golpe letal con el codo. El grito de guerra del birmano resuena en sus oídos.

La trampa. Ha aceptado el impacto en el hombro izquierdo, para poder engarfiar sus dedos en el sarong del enemigo. Retrocede vivamente, y el birmano queda desnudo. Realismo... los genitales cubiertos de fino vello se balancean.

El hombre sin ropas tiene un solo segundo de desconcierto. Suficiente. Targo tiene el hombro izquierdo dolorido e inútil, pero el derecho está intacto. Dos metros lo separan de su oponente... un lanzamiento los puede franquear.

En el último instante el birmano ejecuta una parada no muy efectiva, pero que logra que la punta de metaloplástico se desvíe hacia abajo y se clave en su muslo y no en su vientre. La herida lo hace vacilar, casi caer. Y Targo embiste detrás de su arma.

Una patada arroja lejos el dha y derriba al guerrero. Otro pie sobre el hombro sudoroso lo sujeta. El canto de la mano corta el aire para quebrar la tráquea del caído. Luego, Targo retrocede de un salto buscando el dha de su adversario, a unos cuatro metros.

Sus dedos pasan a través de la empuñadura y se cierran en el vacío. Parpadeando, a medias de regreso a la realidad, queda observando el cuerpo caído de su oponente. ¿Y ahora? Piensa que si él no puede usar el arma virtual del guerrero, el guerrero tampoco podrá atacarlo con la suya, real. Pero...

El birmano se está levantando. La sangre brota de su muslo, donde aún está clavado el dha de metaloplástico. Su cuello cuelga en un ángulo extraño. Y sonríe con todo el rostro. Targo espera, resignado. Su mano derecha sujeta el hombro izquierdo que vibra en latidos de dolor.

El guerrero virtual se inclina ceremoniosamente con las manos unidas sobre el pecho.

—Gran combate, gran combatiente —dice, y luego se desvanece de golpe. El dha cae al suelo, rebotando, y la luz fluctúa.

—Magnífica demostración —la voz resuena a sus espaldas y, en un movimiento reflejo, Targo rueda hasta su dha y se incorpora frente al nuevo adversario espada en mano.

Es un hombre de edad indefinida, con facciones duras apenas suavizadas por la barba y el bigote blanquísimos. Más delgado, aunque no más alto que el propio Targo. Apostura marcial. En cada mano un sai. Usa una flotante túnica blanca sujeta con un ancho cinturón de cuero sin adornos. Un monje de Shaolín, piensa, preocupado. ¿Genera este programa enemigo tras enemigo, automáticamente? Tal vez fue precipitada su decisión de probarlo...

Lo mira para apreciar su fuerza. En sus ojos... Targo baja la guardia, confuso. Una imagen holográfica, por perfecta que sea, no puede reír sólo con las pupilas. Este hombre lo está haciendo.

—No soy generado por el simulador —aclara el recién llegado. Con gesto fluido, guarda los tridentes en su cinturón, y avanza extendiendo su diestra al atónito Targo—. Mi nombre es Ian Orkai... soy tan real como tú. Hace tiempo no veía un combate tan espléndido.

—Targo Ridal, mucho gusto... es que he practicado bastante. —Targo está algo confuso por la intrusión, pero devuelve el saludo—. Este simulador es lo mejor que he visto en mi vida. Me lo recomendó un Operador del Consejo Supremo, pero no creí que...

—¿Cuántos años tiene esa vida? —pregunta el hombre, sin dejar de reír con los ojos, que Targo descubre profundamente azules.

—Dieciocho —confiesa, algo apenado... Ian puede tener perfectamente el cuádruple de su edad... sin tratamientos geriátricos—. Pero desde los diez me interesan las artes de combate.

—Dieciocho —el hombre de blancos cabellos se queda pensativo—. A esa edad yo no era ni la mitad de bueno con las armas de lo que tú eres ahora —sus ojos vuelven a reír—. ¡Eres hábil con el dha! ¿Por qué escogiste un arma tan exótica? Casi todos prefieren espadas rectas, o en último caso cimitarras o katanas...

—Tiene buen balance —Targo esgrime su dha, y nota con sorpresa que todos sus padecimientos han desaparecido por completo. Sí, simples neurotrodos en los centros receptores de dolor...—. Y posibilidades que no tienen otras armas... es buena en la larga y en la corta distancia —acaricia el metaloplástico—. Ha sido fantástico tener una casi de verdad en las manos por un rato... —mira en su pulsera universal, y hace una mueca—. Es una pena...

—¿Tarde? —pregunta Ian, interpretando correctamente el gesto.

—Sí... —Targo se entristece—. Me trasladé a un nuevo grupo. Tenemos una misión en el XV, no sé detalles... y debo estudiar algo de Teoría Crononáutica, o nunca seré Recuperador...

—¿Te ha parecido bueno el programa? —Ian lo interrumpe sin miramientos, insistente.

—Tremendo —confiesa Targo con toda sinceridad—. El birmano... impresionante, casi perfecto. Lástima que tenga tan poco tiempo... me gustaría ver otros adversarios... probar con mandoble, con estoque, y con el dha frente a otras armas que no sé si la computadora podrá...

—Puede —le asegura Ian, sonriendo al colocarle una mano sorprendentemente pesada en el hombro—. ¿Y qué te parece que podría mejorarse?

—Bueno... —Targo recuerda sus dedos aferrándose al vacío de la espada virtual del birmano—... si pudieran hacerse intercambiables las armas, la ilusión sería total. Claro, es un callejón sin salida: la mejor manera de hacerlas intercambiables es que ambas sean virtuales... y no sería lo mismo... pero si el enemigo virtual pudiera sostener un arma material, sería mejor —esgrime suspirando por su dha metaloplástico—. ¿Podría devolverlo por mí? —le pide respetuosamente a Ian—. Es que yo...

—Sí... tienes prisa... lástima —el hombre está pensativo—. Lo de las espadas intercambiables no lo había tenido en cuenta... quizás pueda mejorarse en una próxima versión del programa... sólo que un arma real causa dolor auténtico. ¿Has pensado en eso? —de nuevo sus ojos ríen y su rostro continúa impávido—. En cuanto al dha; llévatelo. Es sólo medio kilogramo de metaloplástico... considéralo tu premio por una magnífica pelea. Mi programa es difícil.

—Yo... disculpe, no sabía que usted era *ese* Ian —balbucea Targo—. El simulador es perfecto, no tiene que hacer caso de...

—Sí tengo... la perfección no existe, y la opinión de un buen peleador es siempre valiosa —Ian se da vuelta y camina, alejándose de Targo. En la salida de la sala, agrega—: Mejorarás si recuerdas que no puedes darlo todo en una pelea... ¿Y si tuvieras que seguir combatiendo con un brazo inútil? Espero que alguna vez podamos tener un rato de práctica al viejo estilo, con

máscaras protectoras, hombre a hombre, frente a frente... los simuladores no son la última verdad.

—«Aprender a nadar en un charco no enseña a ser marinero. Más aún, es probable que el que aprende a nadar en un charco nunca llegue a ser marinero» —cita Targo, sonriente.

—El viejo Kafka, creo... da igual, es un pensamiento sabio —aprueba él, y añade—: No sabía que también estabas interesado en los clásicos...

—A veces hace falta... consuelan algo —Targo suspira, y el relato brota de su boca como un torrente incontenible—: No cambié de equipo por mi voluntad. Fue una sanción disciplinaria...

Ian escucha, mirándole todo el tiempo a los ojos, y a medida que se va vaciando de palabras y resentimientos, Targo descubre que la calma y una inesperada sensación de tranquilidad ocupan su sitio. Ian ha callado durante todo su enérgico monólogo.

—... y me parece injusto, yo salvé la misión, y no ocurrió nada...

—Pudo ocurrir —objeta Ian—. Se te trasladó no por lo que hiciste... sino por lo que pudiste hacer. Por la temeridad y el riesgo asumido sin cálculo.

—En una palabra, me castigan por decidir por mí mismo —Targo masculla las palabras—. Por no pensar que los sagrados Operadores saben hacerlo todo mejor que yo, y no quedarme cruzado de brazos esperando a que nos mataran para que luego ellos nos rescataran como a gatitos caídos en un charco.

—No —Ian sonríe—. Se te castiga por puntería equivocada. ¿Dos muertos y tres heridos graves? Podías haber evitado todo esto apuntando a las piernas. Creo que hay una instrucción que lo aconseja, si no queda más remedio que abrir fuego. ¿La ignorabas o la «olvidaste»?

Targo se queda un instante sin palabras. Luego, habla el despecho por su boca.

—¿Y qué si lo hice? Usted no lo entendería; diseña simuladores, es libre, puede dar rienda suelta a su fantasía. No puede imaginarse lo que es estar todo el tiempo limitado por normas estrictas, por decisiones de grupo...

—¿No puedo imaginármelo? —Ian lo mira, divertido—. ¿Crees que mi simulador tiene todas las posibilidades que desearía? Hay cosas que las computadoras y los neurotrodos no son capaces de hacer. ¿Y crees también

que un solo hombre puede crear un sistema de simulación de combate? Hay miles sobre cuyos hombros estoy parado. Los que diseñaron el sistema de interactividad en tiempo real, el homo criogénico para metaloplástico, los holoproyectores... Todo es trabajo de equipo. Terminó el tiempo de los supergenios solitarios. Por cierto, yo hago más que diseñar simuladores; esto es sólo un pasatiempo.

—El error no es la acción individual en sí, sino intentarla sin tener en cuenta todos los detalles... y fracasar o tener éxito a medias —continúa diciendo—. Nadie pide explicaciones a los triunfadores. Sólo que algunos métodos garantizan más probabilidades de éxito que otros. Para la crononáutica, son la disciplina y los equipos. Nadie puede reunir la cantidad de información y variedad de esquemas de pensamiento que se requieren para enfrentar todos los imprevistos de las cronoincursiones...

—Por eso no se envían crononautas solitarios, si no son Operadores —asiente Targo—. En un equipo, lo que no sabe uno puede saberlo otro, y si algo sale mal, la culpa compartida siempre es más leve...

—El problema es intragrupal —reflexiona Ian, como si no lo escuchara—. No se puede funcionar como una unidad si dentro hay individuos con gustos divergentes y reacciones opuestas a la misma situación. Por otro lado, esa heterogeneidad es la esencia misma del grupo... parece un callejón sin salida.

—Quizás haya un término medio —duda Targo, interesado en el aspecto teórico del problema que acaba de plantear Ian—. No homogeneizar, pero sí optimizar el grupo... librarse de los individuos que no encajen en sus parámetros básicos... los factores disociativos, los no asimilables, las ovejas negras.

—Perfecto —Targo comprende que Ian lo acaba de hacer caer en su trampa—. ¿No te das cuenta de que eso es lo que han hecho? Tú eras el que no encajaba: solitario, heterodoxo. Por lo mismo que eres valioso como individuo es que estorbas en un equipo.

Targo se queda pensativo. La razón de su traslado empieza a aclararse... pero no a parecerle más justa.

Ian reflexiona en voz alta:

—¿Qué hacer con los que no encajan en *ningún* grupo? —observa a Targo como si lo viese por primera vez—. ¿Con los que se empeñan en ser individuos, entes totales y no partes de un todo? ¿Con los que actúan de forma imprevista, se hacen preguntas inesperadas, no están conformes con lo que satisface a todos? Siempre hay un lugar para ellos... —ahora no lo mira. Su expresión es curiosamente triste. Adolorida, piensa Targo, sorprendido por el giro de la conversación—. Así que trata de hacerlo mejor en el siglo XV, Targo. —Concluye Ian, y sin más, da media vuelta y abandona el polígono.

Targo se queda con una extraña mezcla de desilusión y consuelo. Al menos hay otra persona en el siglo XXIV a quien le preocupa el ser diferente.

No sabe por qué se ha sincerado así. Minutos antes Ian era un perfecto desconocido... y lo sigue siendo. No sabe apenas de él. Tal vez lo sintió cercano por ser el creador del programa simulador de combate más perfecto que ha visto. Quizás hubiera hecho lo mismo con otro cualquiera. Prefiere pensar que no.

Le ha hecho bien hablar. Cuestiones que eran sólo nebulosas ahora han adoptado una forma más concreta... y más preocupante.

¿Qué hacer con los que no entran en ningún molde? Las abejas matan a las larvas deformes. Lo que funciona en los insectos no tiene que funcionar en los humanos. Hay soluciones menos cruentas... e igual de lógicas.

Como —traga en seco ante la terrible lógica de la idea— enviarlos sin tecnología alguna a un siglo anterior. No por seis meses, por toda la vida. Destierro temporal definitivo... suena horrible, a pesar de la paradoja lingüística... ¿No contaban historias parecidas, en voz baja, las educadoras...?

Puede haber otros grupos, con gente como Ian, no tan ortodoxa... *siempre hay un lugar para ellos*, dijo. ¿O es que querer ser un individuo ya lo convierte a uno en inadaptado?

Inadaptado... la palabra es casi consoladora. Como una patente de corso, o una respuesta a todas sus preguntas.

Grandes cabezas con mandíbulas capaces de partir de una dentellada el espinazo de un buey... tras aquellos cráneos formidables, la estructura de los cánidos parece casi frágil.

Targo, describiendo un amplio semicírculo con los binoculares, murmura:

—Habrán problemas... pero mejor saberlo con tiempo que encontrarse de pronto rodeado de perritos hambrientos. ¿Qué crees tú, gatazo?

Smile ni gruñe: trata de mantenerse inmóvil para que el amo conserve el equilibrio sobre su lomo. Sólo así puede Targo sacar la cabeza sobre el mar de hierba.

—Técnicas de caza en grupo —deduce, al distinguir, a ambos lados, a los cánidos que forman los extremos de una herradura. Gira en redondo, cuidándose de no resbalar del incómodo pedestal que forman la nuca y los hombros del tigre dientes de sable. Bajo la gruesa suela de las botas, el animal gruñe sonoramente.

—Te aguantas, esto es importante —advierte Targo, enfocando su meta, el bosque que se divisa en lontananza. El telémetro del anteojo da la distancia: 5460 metros hasta los primeros árboles.

—Será toda una carrera —reflexiona, bajando de un salto—. Pero no hay de esos perros cara de hiena por ese lado... confiarán en cerrar la herradura antes de que lleguemos a los árboles —se queda mirando la robusta complexión de Smile, y luego sus propias botas. Ideales para largas marchas, vadear ríos y proteger de picaduras de insectos, altas hasta la rodilla, no son para una carrera de velocidad. Ni las altísimas hierbas el mejor terreno para sprinters.

—Gracias al cielo tenemos el oído fino, gatito —Targo da un cariñoso tirón de orejas al carnívoro—. Todavía no saben que su aullido puede alertar a las presas más inteligentes. Quizás tengamos tiempo; no me gustaría que nos rodearan.

Extrae de la mochila algunos aditamentos que acopla al arma. Con un culatín, una abrazadera extra y medio metro más de cañón, la pistola de pulsos se convierte en un pequeño rifle. Una mira láser y un sistema automático de localización de objetivos completan la metamorfosis.

—Espero no tener que usar el buscablancos —murmura, echándose el fusil a la espalda—. Pero la precaución no está de más. Si llegamos al cuerpo

a cuerpo... —la hoja curva de cristalacero de un dha brilla al salir fuera de su vaina. Targo acaricia el filo monomolecular capaz de partir por la mitad a Smile de un solo tajo. A corta distancia será más útil que el máser. La guarda en la funda de cuero que lleva su nombre grabado en estilizada caligrafía, y la devuelve a la mochila. La larga empuñadura queda hacia afuera para poder desenvainar con facilidad. Al fin, anuda el cordón del sombrero para que el viento no se lo arranque.

—Ahora vamos a hacer un poquito de paso gimnástico —acaricia al tigre—. Sígueme, Smile —y se lanza entre las altas hierbas.

El dientes de sable trata al principio de tocarlo con las patas delanteras en plena carrera, pensando que se trata de un juego. Pero el amo no está para bromas. Concentrado, cada cien o doscientos metros consulta la brújula de su pulsera universal. En la hierba es fácil desviarse, y cada metro puede salirles caro.

Pierde la esperanza de que la jauría no los siga: los aullidos se convierten en unos semiladridos, que más parecen toses o risas. Los perros-hiena han descubierto que intentan romper su cerco... y no van a quedarse de patas cruzadas.

Ya Smile no salta retozón. Para su estructura corporal, sostener esa velocidad es una tortura. La cabeza y los cuartos delanteros pesan demasiado para su espinazo y para sus comparativamente débiles patas posteriores. Ha acertado el paso, jadea y mira al amo, como preguntando la razón de la absurda carrera.

Targo corre con ritmo de fondista bien entrenado... pero no es igual semidesnudo con calzado ligero en una pista sintética con alto coeficiente de rebote, que cargado con una mochila de casi cuarenta kilos, con botas pesadas y a través de una hierba que parece cada vez más tupida.

Comienza a jadear... y los escalofriantes ladridos suenan cada vez más cerca, detrás y a ambos lados. Hace un esfuerzo, y acelera aún más lo que ya es una huida desesperada, a medio kilómetro escaso de la selva. Ya le parece sentir la fresca sombra de las copas, el refugio de altos troncos inescalables para los perros. Tendrá que buscar un árbol robusto por el que puedan trepar los dos quintales del dientes de sable...

Un aullido victorioso les corta el paso. Grandes cabezas de erizada cerviz, fauces espumeantes por la persecución, listas para morder, finos cuerpos de corto pelaje beige. La muerte por triplicado esperándolos entre la hierba.

Sin detener la carrera, Targo rueda, y al erguirse empuña el fusil. No activa el buscador de blancos, tira del gatillo: están a menos de diez metros, y el sistema requiere casi un segundo para energizarse... un tiempo que no puede perder.

El primer haz de microondas incendia la hierba seca ante uno de los perros. El animal recula, asustado por la lengua de fuego. Apuntando con más cuidado, Targo alcanza el pecho del segundo cuando carga contra él. Dejándose caer de espaldas, dispara a quemarropa contra el tercero que ya salta.

Una antorcha viviente con el pelo ardiendo cae medio metro detrás del hombre y la hierba se enciende envolviendo su agonía. El osteoborus sobreviviente se niega a enfrentar los colmillos de Smile y huye con el rabo entre las piernas.

Targo se pone de pie, maldiciendo su estupidez, su fusil y al mundo en general. Ni siquiera Ian previo esto. Un arma de microondas es cómoda en el Carbonífero, todo pantanos y humedad. A finales del Terciario, en una sabana seca, disparar el máser es apostar por un incendio de grandes proporciones.

Un par de hileras de dientes brotan de la hierba, y tras ellas todo el cuerpo de otro perro-hiena. Targo no quiere disparar, porque ya lo envuelven lenguas de fuego por dos lados... de cualquier modo, tampoco tendría tiempo.

Alcanza a usar el rifle como escudo, y las mandíbulas poderosas rechinan impotentes contra el cristalacero. El choque derriba al hombre, y no le queda sino apuntar desde el suelo contra el cánido que ya viene buscándole el vientre con las fauces. Otro menos... y otro foco de incendio. El humo, sin viento que lo aparte, empieza a irritar los pulmones.

—¡Vámonos! —grita entre toses, disparando en semicírculo hacia la hierba, del lado opuesto al bosque...—. Quizás el fuego los contenga. Smile lucha con tres perros-hiena, tras destripar a otro de un zarpazo afortunado. El tigre sangra por una pata y por uno de los flancos. Su técnica del mordisco

apuñaleando no parece muy efectiva contra enemigos ágiles y escurridizos. Targo apunta.

Al estallar en llamas uno de ellos, los perros dudan un instante fatal. El macairodo logra otro zarpazo letal, y huyen.

—¡Al bosque, a los árboles! —se desgañita Targo con los ojos irritados, rogando que lo comprenda. Ya tenga éxito, o por puro miedo al fuego, Smile echa a correr hacia la salvadora floresta.

Unos pasos entre toses, y respiran mejor. Los árboles están cerca, la pradera arde detrás. Targo reza a todos los dioses en los que no cree porque el fuego haya quedado entre ellos y la temible jauría cazadora. Ya sabe que no podrían enfrentarla al descubierto...

La hierba se hace más rala. Retoños de árboles asoman entre los tallos flexibles. Los troncos por los que se puede trepar están detrás... Smile se detiene, y Targo lo imita.

Colmillos y orejas gachas, ojos amarillos brillantes de hambre. La jauría. Línea semicircular de fauces cerrándoles el camino, brindándoles la última alternativa: el fuego o el colmillo, siempre la muerte y ser devorado de todas formas.

Smile ruge, y treinta aullidos le responden. Lentamente, Targo suelta la mochila, descuelga el fusil y activa el buscador de blancos, con los labios apretados. Le han ganado en estrategia; enfrentar la vanguardia de la manada le costó ser rodeado.

—Si no puedo decir «aquí corrió», el «aquí murió» incluirá «y mató a unos cuantos» —murmura, echándose el arma a la cara.

Quizás alguno de los animales asocia su gesto con las llamaradas que consumieron a sus congéneres. Quizás lo interpretan como una amenaza. O iban a atacar *ya*. Es la embestida.

El sistema cibernético se encarga de la orientación del haz de microondas. El hombre sólo tiene que apretar el gatillo contra la avalancha de dientes que le viene encima.

Ocho perros-hiena estallan en llamas y aullidos agónicos. Ningún ser viviente es capaz de tanta precisión y rapidez como el sistema cibernético. Pero también tiene sus límites.

El hambre ha atenazado demasiado tiempo a los osteoborus, y delante hay *comida*. No asocian el fuego que los destruye con aquella silueta bípeda, similar a los simios que acostumbran a cazar. Todo es tan rápido que ni siquiera tienen tiempo de sentir miedo, porque ya están sobre el hombre y el tigre.

Con un grito, Targo arroja el rifle contra el primer atacante. El arma de cristalacero, ligera y durísima, golpea al animal en las patas y lo hace caer rodando con aullidos quejumbrosos. El dha brilla al sol al desenvainarse.

Otro perro descubre su cabeza separada del cuerpo antes de darse cuenta de lo que ocurre. Un tercero es dividido en dos por un tajo tremendo, pero el cuarto ya salta y golpea con las patas el pecho de Targo, el quinto clava los colmillos en la pierna, y el sexto trepa sobre sus hombros buscando la yugular...

El hombre cae debatiéndose bajo los cuerpos famélicos, cortando a ciegas, superado por el hambre y el número. A unos pasos, similar marea se abate sobre el tigre dientes de sable, sin importarle sus zarpazos, ni sus colmillos...

Penetrante, subiendo de tono cada segundo, llega el silbido. Los gruñidos y ladridos de triunfo se convierten en quejidos y aullidos de pánico. Rotas organización y voluntad combativa, la jauría se dispersa. Los perros-hiena de hocicos ensangrentados huyen con la cola entre las piernas, algunos renqueantes.

Targo se incorpora. También cojeando, sujetándose el hombro izquierdo destrozado con una mano que no ha soltado la espada. El silbido ya se vuelve inaudible. Alzando la vista, distingue una nube que se aleja. Parece idéntica a cualquier otra.

Sólo que destella en tonos ligeramente plateados a los rayos del sol... y avanza en dirección contraria al viento que acaba de levantarse, que arrastra los negros nubarrones de humo del incendio sobre el bosque.

Dolorido, acezante, Targo la ve desaparecer con los ojos entornados. Luego, usando el dha como improvisado bastón, renquea hasta su mochila, ilesa al no ser de material orgánico.

—Tuvimos suerte, tuvimos suerte —murmura obsesivo mientras activa el médico automático que es casi la mitad del peso de su equipaje. Aplica una

de las terminales a la herida del hombro, que sangra a borbotones. Se siente mareado, pero los analgésicos, desinfectantes y antibióticos empiezan a hacer efecto. La hemorragia se detiene. Cancela la orden de sedante; no puede dormir ahora, los osteoborus podrían regresar en cualquier momento...

—Ultrasonidos —murmura, al tiempo que el nano de reconstrucción quirúrgica empieza a espumear en su hombro, ligando capilares desgarrados y músculos rotos, tejiendo sucedáneo de piel sobre la herida—. Los xenos... Me han encontrado en el momento más oportuno. Un minuto más, y me estarían digiriendo esos perros.

Saca otras terminales del equipo, aplicándolas a las heridas que tiene por todo el cuerpo. Deja el pie para el final... tiene que usar el dha para cortar la bota, tan hinchado está ya.

Lo somete al diagnosticador. El grueso sintcuero evitó que los dientes alcanzaran la carne, pero la presión de las mandíbulas quebró la tibia. Aborta el programa de tratamiento de fracturas que empezaba a activarse automáticamente. Sabe que no podría soportarlo y permanecer consciente. Primero tiene que encontrar a Smile y buscar un refugio.

Guarda las terminales, y se echa con trabajo la mochila a la espalda. Respira, reuniendo fuerzas, y echa a andar cojeando. A la velocidad de un caracol reumático, recoge el arma de pulsos y se adentra en el bosque, llamando a Smile. El ultrasonido que hizo huir a los perros-hiena debió tener el mismo efecto sobre el hipotálamo del dientes de sable... y le preocupa lo malherido que pueda estar. ¿Podrá adaptar un equipo de curación concebido sólo para humanos a la anatomía y fisiología del dientes de sable? Al menos lo intentará. ¿Alcanzarán las raciones concentradas para los dos? Aún con el médico automático y sus curaciones casi mágicas, le espera al menos una semana de convalecencia y reposo. Sería irónico sobrevivir al ataque de los osteoborus para luego morir de hambre...

—¡Eh, gatito! ¿Smile, dónde estás? Ven acá, ven con papi Targo... —la voz temblorosa del hombre rebota en ecos extraños en la selva, mientras renquea por entre los árboles centenarios cuajados de lianas.

Por un instante se detiene, y alza el dha, mirando suspicaz en derredor. Le ha parecido ver... Aguza la vista, y se tranquiliza: cuerpos de pelaje marrón

escondiéndose entre los árboles. Monos. Inofensivos. Continúa su búsqueda, llamando al macairodo y cojeando con esfuerzo.

Detrás, entre el incendio y la selva, quedan los cadáveres de los perros-hiena, la hierba aplastada... y un sombrero de ala ancha pisoteado por los cánidos.

Descendiendo tímidamente de los árboles, varios simios curiosean entre los despojos y se pelean por hincar el diente en los cuerpos de sus enemigos. El macho dominante impone su fuerza y sus tremendos colmillos. Pero es una hembra la que, con gruñidos, da las instrucciones. Con gran despliegue de gritos y gestos, aunando sus esfuerzos, la tribu se afana por llevar la inesperada provisión de carne a su refugio en las ramas.

La mayoría aún no andan erguidos, pero tampoco se apoyan en el suelo con los brazos para su paso bamboleante. Y en sus disputas, blanden grandes ramas cuidadosamente despojadas de hojas, sujetándolas con sus pulgares oponibles.

La hembra dirigente, sin soltar su pesado garrote, recoge el maltratado sombrero. Dubitativa, se lo coloca en la cabeza, y luego lo arranca de un tirón que termina de destruirlo. Le tapaba los ojos y le impedía ver. Su cráneo no es aún lo bastante grande para llenarlo. Aunque dentro contiene un cerebro que ya es mayor que el de cualquier otro animal.

—Por las barbas del Papa ¿qué es esto? —el primero de los arqueros, en rudo dialecto provenzal, confirma a Targo que la estatua se encuentra en su sitio antes de que pueda verla.

—Es un caballo...

—Es inmenso...

—¿Será cosa del demonio? Dicen que estos Sforza tienen tratos con El Malo... ¿será verdad?

—También dicen que eres un cornudo, Jacques... ¿será verdad?

Targo se une a las risas de los mercenarios, gente inculta y temerosa de Dios. Muchos de los soldados de la compañía de arqueros no habían salido nunca de su Provenza natal antes de enrolarse en esta guerra atraídos por la

paga. La Italia de refinados artistas y suntuosos monumentos les resulta ajena, sospechosa... Cosa del diablo, como dicen a veces.

No es una excepción la mole del patio. Como el resto, Targo se acerca con asombro y curiosidad... y otras razones distintas.

Acaricia con el guante de arquero los ijares tremendos. El genio de Leonardo late en ese barro. El modelo en arcilla del caballo para la estatua ecuestre de Ludovico Sforza no sólo impresiona por su tamaño, sino por su realismo. No se asombraría si ahora mismo echara a andar, el aliento hirviente brotando de los ollares dilatados...

—¡Ea, haraganes, una prueba de ballestería! Este jarro de oro donde seguramente bebió el mismo perro Sforza a quien le acierte en el ojo a esa cosa a cien pasos.

El desafío saca a Targo de su abstracción y le recuerda el motivo de su presencia allí. Grita, con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Una flecha cada uno, todo o nada! ¡Yo seré el primero; cuenten los pasos!

—¡Bravo por el gitano! —aúlla el provenzal que propuso el concurso— ¡Tienes ya de tu lado un penique de plata por ser el primero... y otros diez si ninguno de estos labradores torpes y cobardes quiere lastimarse los deditos con la cuerda del arco!

Entre groseras chanzas de soldadesca, los arqueros se van alejando del caballo. Uno ha trepado al alto lomo por la pata, y orina al corcel antes de bajar, aclamado por sus compañeros.

Targo trata de distinguir si la obscena broma causó mucho deterioro a la estatua... nada que no pueda repararse. En el registro del satélite no aparecía este gracioso; la sola presencia de Targo entre los mercenarios ya ha alterado ligeramente la línea temporal. No importa, con tal de poder salvar la estatua de Da Vinci de su triste destino de ser destrozada a flechazos.

Targo toma posición detrás de la línea trazada en el polvo por la espada del provenzal. De reajo, lo mira mientras busca la flecha en su carcaj. Rostro surcado por cicatrices de cuchillo y viruela, bajo y ancho de espaldas, una pluma en el abollado yelmo de acero... jefe de una sección de la compañía, un arquero experto. En cambio, él representará el papel de novato. Ningún

ballestero serio dispara a un blanco distante sin lanzar antes una flecha de tanteo para conocer el viento en lo alto.

—¿Vas a tardar todo el día, gitano? —gruñe un suizo tremendo y rubicundo que dobla la duela del arco al apoyarse sobre ella.

Targo conecta con disimulo el mecanismo oculto en la saeta. Debe ser uno de los pocos del siglo XXIV que puede desempeñarse pasablemente con un arco sin instrucción hipnótica... pero su habilidad está lejos de la de estos rudos mercenarios que llevan años lanzando decenas de dardos diarios.

No le importa la precisión, sino el alcance del disparo, que está asegurado... pero contiene la respiración cuidadosamente... Debe fingir que busca a toda costa ganar el premio. El ojo del caballo tiene el tamaño escaso de la palma de la mano. Tira de la cuerda conteniendo la respiración, y suelta la flecha con el característico suspiro.

El dardo, entre risas y exclamaciones de asombro, sobrepasa no sólo al caballo, sino también al alto muro que tiene detrás. Trazando una amplia curva, va a perderse del lado exterior de las murallas del recién conquistado castillo de los Sforza.

—Un tiro impresionante, gitano... lástima que no sea una prueba de distancia. ¡Fuera! —se burla el provenzal, y luego aúlla—. ¡Tenemos viento fuerte en lo alto! ¡Midan sus tiros, fanfarrones! ¡Y no hay mucho tiempo... marquen las flechas y tiren de diez en diez!

—Arqueros gitanos... —se burla el enorme suizo ocupando un sitio en la primera decena—. ¿Fue tu mamá la que te enseñó a disparar? Lanzas las flechas como quien lee las manos...

Targo mascula una maldición con la expresión entre contrita y furiosa de quien ha hecho el ridículo. Permanece un momento cabizbajo, antes de decir:

—No tiren demasiado fuerte... voy a buscar mi flecha.

—Toma mi caballo... espero que montes mejor de lo que disparas, gitano —le dice el provenzal, entre burlas.

Targo no replica, y trepa al corcel de un salto, saliendo a todo galope por el túnel que lleva a la explanada ante los muros. Sólo cuando deja atrás a los arqueros se permite una sonrisa.

Todo está saliendo perfectamente. Los mercenarios fallarán por muchos pasos sus primeros tiros, si lanzan las flechas contando con el viento que

pareció impulsar la suya. No pueden saber que dentro de la saeta había oculto un motor cohete iónico, responsable de su larguísimo vuelo. Unos segundos extra para que el equipo de crononautas rescate el caballo auténtico y deje en su lugar la imagen holográfica interactiva.

Targo cabalga satisfecho. Su trabajo ha terminado. Una semana entre los arqueros, ganándose su confianza, siendo uno más en el asedio a la fortaleza, sólo para dar veracidad a una actuación de un par de minutos. Aparte de la suciedad, no ha estado mal como primera misión en su nuevo equipo. A veces cree que comprende mejor a esos hombres rudos y simples que a sus contemporáneos. Pero se cuidaría muy bien de confesarlo. Un diagnóstico de nostalgia del pasado es lo que menos necesita ahora que está defendiendo su derecho a seguir siendo crononauta.

Salvar el caballo de arcilla más grande jamás modelado por el hombre ha sido una operación compleja. Las observaciones del nanosatélite mostraron que los arqueros se acercaban a la estatua, la tocaban, y hasta se subían en ella, antes de alejarse para destrozarla con sus saetas, ignorantes del valor artístico de lo que para ellos sólo era un montón de barro. Menos de un minuto entre el último soldado que se alejaba lo suficiente del caballo para no notar la fluctuación del aire por el cronotraslado, y la primera flecha que dañaba irreparablemente la estatua.

El tiempo no alcanzaba para la recuperación de toneladas de materia y la activación de su símil holográfico interactivo. La flecha de Targo no sólo ha servido de señal para el cronotraslado; también ha aumentado el margen disponible sin provocar alteraciones en la línea temporal.

El Recuperador que ha organizado la operación es hábil... Targo ha escuchado que pronto ascenderá a Operador... Toda su vida ha soñado con ser uno de los crononautas que pueden viajar, estudiar y recuperar como estimen conveniente, sin tener que rendir cuentas más que al Consejo Supremo. Por el momento, un sueño lejano para él. Bastaría con seguir siendo crononauta.

El corcel galopa sobre el césped pisoteado que rodea al castillo. Resuenan explosiones aisladas y se alzan surtidores de humo donde caen las granadas de la artillería que le queda a los Sforza. Muy oportuno. Su propia desaparición será justificada por un tiro de bombardas que lo destrozará con

caballo y todo. Palmea el cuello sudoroso de la cabalgadura... lástima de animal. Una carga explosiva *ad hoc* fijada a la montura se encargará de hacerlo pedazos en nombre de la verosimilitud del «infortunado cañonazo». Dejar casco, espada y demás pertenencias sobre la montura será un detalle...

Ya ve la larga flecha-cohete, clavada casi horizontalmente en la hierba. Hay soldados por todas partes, tendidos por tierra muertos, heridos, o descansando. Viendo su uniforme, algunos lo saludan sin mucho ánimo. Los únicos aún activos son los artilleros y tres o cuatro compañías de alabarderos que luchan por el acceso a la ciudadela central donde se defienden el duque y sus últimas tropas. El grueso del ejército Sforza se rindió, murió o huyó. La batalla fue decidida horas antes.

Lo convenido es que la cronorrecuperación sea junto a su propia saeta. El campo envolverá caballo y jinete. Volverá al siglo XXIV, y el corcel con sus pertenencias y la bomba regresará al XV una fracción de segundo después para estallar borrando toda sospecha. Pobre gitano, muerto por una granada, una de las últimas lanzadas por los cañones ducales...

Targo se sorprende lamentando que Sforza dedicara tanto bronce a estatuas y no a cañones. Acumulando el metal para fundir el tremendo caballo de Leonardo, que ahora quedará en arcilla para la eternidad... Si hubiese sido al revés, habría podido defender con las armas sus sueños de arte.

A metros de la flecha y segundos de su regreso al siglo XXIV, decide rendir un último homenaje al visionario Sforza y al genial Da Vinci. Una flecha en el arco. Un tirón a la cuerda. Girando sobre la montura, disparar por encima del hombro. La flecha del parto, que tan cara costó a las legiones romanas que perseguían a los jinetes orientales cuando fingían huir.

Targo observa el vuelo de la saeta, satisfecho. Lo ha practicado mucho... quizás los mercenarios franceses lo superen en otras habilidades de arquería, pero no disparando a caballo hacia atrás por encima del hombro.

Lástima que no la vean llegar volando desde extramuros para clavarse en el caballo de arcilla. La imagen holográfica interactiva asimila los ángulos de impacto de las saetas que la atraviesan y las sustituye por otras virtuales, pero funciona en un solo sentido. Su flecha, llegando desde atrás, será invisible

para los mercenarios... a no ser en el improbable caso de que rebase el campo holográfico.

Targo refrena el galope para ver el impacto de su dardo. Sonríe; no hay problemas. Un tiro perfecto. Puede distinguir las plumas de la saeta por encima de la muralla... debe haber acertado en la cabeza del equino, que casi llega al tope del muro.

Frena en seco. No *debía* ver ninguna flecha. Si la ve, significa que el corcel de Da Vinci está ahí *materialmente*, que toda la operación ha fracasado y están destrozándolo...

Encabritando su montura, Targo pica espuelas para volver al patio. Tal vez no sea tarde, y restauradores hábiles puedan...

Un vértigo desde el vientre. La conocida sensación de ser absorbido y de viajar por túneles de luces y campanadas. Fulgor. Desorientación.

Parpadeando, Targo se halla en el hangar de cronotraslado en el siglo XXIV. Aún está montado sobre el caballo, que relincha y piafa, aterrorizado por el súbito cambio de escenario. Lo calma con tirones de la rienda y palmadas de jinete hábil.

Desmonta y lo toma de la brida. En los amplísimos hangares hay espacio suficiente hasta para un acorazado. Ocupado por él y el equino, luce triste y vacío. Sobrecogedor. ¿Dónde está el resto del equipo? Mientras antes se enteren del error en la operación mejor será. Esta vez no va a cargar con la culpa...

—Marcador Targo Ridal —la voz, aunque distorsionada por el altavoz, conserva la direccionalidad correcta. Alzando la vista descubre a las tres siluetas sentadas en la torre de control. Se dirige allí sin abandonar al caballo. Con la mano en visera, distingue las túnicas y máscaras del Consejo Supremo, y la sospecha cobra sustancia en su mente. Acercándose, la confirma: dos verde oscuras, una verde clara. Un tribunal. ¿Qué ha hecho ahora?

—No tiene que acercarse más —otra voz, que reconoce como femenina tras la distorsión de la máscara—. Esta indisciplina es el fin de su carrera como crononauta... una carrera corta —hay ironía en esa mujer... y resentimiento—. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

—No sé de qué me hablan —contesta, con el cerebro hecho una maraña de pensamientos contradictorios: ¿El rescate del caballo, una farsa? ¿Pero por qué... quizás una prueba?— Ha habido un error, el símil holográfico no comenzó a actuar a tiempo y...

—No estamos aquí para hablar de eso, sino de su irresponsable flechazo de último momento —es la tercera voz. La túnica verde clara. Adusto, pero... ¿divertido? A Targo se le antoja familiar. ¿Toyin? Imposible... el líder de su antiguo grupo es Recuperador. Sólo los Operadores pueden formar parte del Consejo Supremo.

—No pensé que fuera... relevante —confiesa—. Era un... homenaje a Da Vinci y a Sforza.

—Una acción violenta como homenaje a una época violenta —de nuevo la primera voz—. ¿Y no pensó que su anárquica actitud podía frustrar una operación cuidadosamente planeada? —casi histérico—. No es la primera vez, Marcador Targo Ridal. ¿Va a seguir anteponiendo su capricho, su ego y su gusto por la violencia a nuestra misión como crononautas? No vamos al pasado a divertirnos, ni a probarnos como luchadores, ni a rendir homenajes...

—Pero —se defiende Targo—, yo vi la flecha en la cabeza del caballo... seguía estando ahí, no lo habían recuperado, y ya debían haberle acertado varias veces...

—¿No ha oído hablar nunca de compartimentación y trabajo en equipo, Targo Ridal? —la mujer, sarcástica—. Usted era una parte... y no precisamente principal, de un operativo entero para el rescate del caballo de Da Vinci. No puede actuar libremente... si hubo un retraso en el cronotraslado, no estaba usted autorizado ni capacitado para remediarlo. No en balde es Marcador y no Recuperador. Rectifico: *era* Marcador...

Con el corazón a punto de salirse, Targo ha escuchado, incrédulo. ¿Piensan... expulsarlo del Servicio Crononáutico? Ha oído de algunos casos, por franca ineptitud, pero... un buche ácido le sube por el esófago. ¿A él?

La mujer ha interrumpido su alegato. La túnica verde clara le cuchichea algo al oído. Parece haber discrepancias entre ambos, discuten... al final, ella cede, no muy entusiasmada.

—Nuestra decisión al observar la grabación del nanosatélite fue que no volvería a viajar al pasado —el primer hombre, solemnemente. Se nota que está acostumbrado a mandar—. No podemos permitir indisciplinas entre los crononautas...

—Afortunadamente para usted... muy afortunadamente porque en mi opinión no merece otra oportunidad —la mujer, mordaz, masticando las palabras—, uno de los miembros del tribunal se ha ofrecido a someterlo a supervisión. Si usted acepta... Comprenderá el compromiso moral que contrae ante este tribunal. El Operador a su cargo tiene el deber de informarnos de cualquier irregularidad... y un miembro del Consejo Supremo siempre cumple con su deber.

—Acepto —responde rápido Targo. De dos males, el menor.

Acto seguido, las dos túnicas verde oscuras se ponen de pie y abandonan el balcón. La verde clara permanece sentada, mirándolo. Targo ha captado el detalle... lo ha salvado intercediendo. ¿Por qué? La mujer no está muy de acuerdo. Quizás vigilará. Es obvio que no confía *absolutamente* en un miembro provisional del Consejo Supremo. Y lo de «supervisión» suena feo...

—Bueno, hijo, acaba de quitarte esos arreos renacentistas... ¿O quieres que también supervise al caballo? Y hay que devolverlo ya... elige si lo hacemos picadillo aquí o allá.

Targo da un respingo. Esa voz...

—¿Ian? —pregunta, sin creer aún. ¿Operador? ¿En el Consejo Supremo...? ¿No es preciso para entrar al Consejo ser conservador, poco imaginativo y totalmente aburrido...?

Por toda respuesta, el hombre se despoja de su máscara. Los ojos azules, reidores, inconfundibles a pesar de la distancia.

—¿Conque la flecha del parto, eh, jovencito? Insistes en el exceso de puntería. Vamos a tener un par de conversaciones...

Targo sonríe, quitándose el casco de acero con la mano que no sostiene la brida del caballo. Quizás ha tenido suerte. Una supervisión no tiene por qué ser algo terrible. Puede resultar instructiva y divertida, incluso... si es con Ian Orkai.

—Conversaremos todo lo que quiera, Maestro... vaya si lo haremos... —dice, zafándose el cinturón de la espada.

—¿Nunca habías estado aquí, eh? —Ian concreta el asombro de Targo—. Sólo los Operadores pueden entrar a estos hangares, pero como eres mi supervisado... —le palmea el hombro y Targo se contrae—. Vas a ver algo distinto como aperitivo. Aunque tenemos trabajo de rutina... y demasiado.

Targo se relaja sólo cuando Ian se da vuelta. Su palmada ha sido una prueba muy dolorosa. Pero nunca lo confesaría.

Difícilmente olvidará la sesión de esgrima de la víspera. Cuerpo a cuerpo, usando trajes de impacto y armas metaloplásticas, Ian tardó sólo dos horas en convencerlo de que su habilidad estaba bien para exhibiciones, pero no valía nada en combate real. Con espadas, hachas o cuchillos, el Operador resultó intocable. Apenas lo rozó un par de veces. En cambio, la guardia de Targo parecía transparente a sus ataques. Fue una verdadera paliza. El hombre de pelo blanco y ojos azules es un maestro en el arte de combatir; no en balde creó el simulador.

Esta sala de mandos es idéntica a las comunes, sólo que no tiene vista al círculo de lanzamiento. Mientras más conoce sobre los Operadores, menos entiende.

Recuerda las palabras de Ian, el día anterior:

«El primer paso en cualquier camino es comprender que no lo sabes todo. Eres inconforme, te gusta romper las reglas... bien. El sistema mejor pensado llega a estorbar si se convierte en dogma. Conmigo no aprenderás teorías ni tendrás que memorizar protocolos de acción. Verás hechos... llega a tus propias conclusiones. Aprende a pensar. Eso puede sacarte para siempre de la Crononáutica... o llevarte a ser como yo. Tú decidirás».

¿Operador? Ian no pudo hablar en serio. Piensa en Toyin, lo más parecido a un amigo que tiene... sería una agradable sorpresa para él. Operador: carta blanca para organizar incursiones por su cuenta. A Shaolín a aprender el viejo estilo de lucha de los monjes... o a Cabo Cañaveral o Baikonur en la época de los vuelos espaciales, y subir a un cohete. Nunca ha entendido por qué se renunció a enviar al espacio nada mayor que los nanosatélites...

—Muchos se preguntan por qué es necesario el nanosatélite —la voz de Ian lo saca de sus fantasías—. Pero, cuando no podemos confiar en él... todo se complica. Mira —señala la pantalla—. Sácale a esta imagen todo lo que puedas...

Una erupción volcánica: nubes de humo negro, relámpagos y lenguas rojizas de lava. Llamaradas y trozos de basalto volando. Retardada, aproximadamente a un décimo de la velocidad normal. Tomada desde un nanosatélite. Mira a Ian; no entiende por qué dijo «cuando no se puede contar con él».

—Santorín —aclara Ian—. Probablemente no hayas oído del sitio. Una isla en el Mediterráneo, año 1568 antes de Cristo. Tal vez el mayor fenómeno volcánico de la historia humana... sin duda el más trágico. Una cultura entera fue aniquilada en horas, por desoír a los antecesores de los vulcanólogos. Platón la llamó Atlántida, y de paso confundió a los arqueólogos que la buscaron por siglos más allá de Gibraltar... —con sorna, observa el recorrido nervioso de los dedos de Targo sobre los mandos—. ¿Algún problema?

—Imposible... —Targo alza las manos, desalentado—. Sólo capto nubes en el espectro visual. Pero no puedo escanear con el infrarrojo, ni con el ultravioleta, ni con el radar, ni con el magnetoscopio ni con ninguno de los demás... ¿Falla del nanosatélite? Quizás un impacto meteorítico...

—No —Ian le señala las luces piloto—. La probabilidad de que un meteorito dañe a un satélite de apenas cuatro centímetros de diámetro, y blindado, es menor que la cienmillonésima. Nunca ha ocurrido. Los instrumentos están bien. Sólo que toda técnica tiene sus limitaciones. El volcán empezó a humear una semana antes de la explosión. El sol dejó de verse sobre la isla, y el calor del humo inutilizó el infrarrojo. Hubo expulsión de cenizas radiactivas y bombas basálticas con alto magnetismo... ni pensar en los ultravioletas o el magnetoscopio. Y el humo es tan denso que hasta el radar se confunde.

—Sólo humo —Targo desiste de manipular los controles del satélite—. Pero habrá imágenes de antes de la catástrofe... ¿No puede hacerse una reconstrucción virtual? ¿Qué hay tan importante ahí? Se pueden enviar crononautas a rescatarlo... comprando o robando antes de la erupción.

Ian niega:

—La policía sacerdotal de Santorín es muy eficiente. Robar todas las obras de arte que nos interesan resultaría imposible... y muy conspicuo, lo mismo que comprarlas, suponiendo que sus dueños quisieran venderlas: demasiados extraños en la ciudad. Grandes posibilidades de que nos descubrieran y se alterara la línea temporal básica. La isla explotó, pero sin feed-back del nanosatélite no podemos saber el momento exacto en que el humo dio paso a la lava, por dónde fueron las corrientes ígneas, ni cuáles son las zonas aisladas. No hay seguridad mínima para enviar hombres; podrían ser agredidos por la población aterrada, morir por la lava o en la explosión. Todo un problema: hay que rescatar en el último momento, pero nadie en su sano juicio se atrevería a hacerlo.

Targo ya está apasionado por el dilema aparentemente insoluble:

—Quizás... comandos rápidos... llegar y partir en cinco minutos... yo tengo experiencia, y con equipo especial...

Ian niega con vehemencia:

—Ni pienses en trajes térmicos; aunque parezca imposible, hubo sobrevivientes... unos 60, lo he comprobado. Quizás te creyeran un dios, pero ¿y si no? ¿Y si se te acaba el oxígeno o te ocurre algo y logran apoderarse de tu equipo? Ya sabes que al Consejo Supremo no le gusta enviar tecnología avanzada a siglos con presencia humana... el riesgo de alterar la línea temporal es muy grande.

—Entonces... ¿se perderá todo rastro de esa cultura? —inquire Targo, obstinado—. Ya veo por qué usted decía «algo distinto»; supongo que después de misiones frustrantes como esta se extraña la rutina. No podemos enviar hombres... ¿Y un robot...? —sus ojos se iluminan—. Superblindado, con múltiples medios de locomoción...

—Correcto. Y no sigas tratándome de «usted». Para ti soy Ian, sin protocolo —el Operador sustituye la monótona pero majestuosa vista captada por el nanosatélite por la imagen de un extraño artefacto—. Esto es un grendell. El cíber de combate más letal que jamás creara el hombre. Diseño original de enero de 2156... seis meses antes de la Última Guerra. Lo hemos mejorado un poco, adaptándolo para que sea el explorador perfecto.

Targo observa el vehículo en la holopantalla. Tiene forma de huevo; la curva superficie mate interrumpida sólo por seis escotillas abiertas de las que

brotan ruedas-orugas. Parecen retráctiles. Nota otras escotillas cerradas, que apenas se distinguen en el contorno ovoide. Mira a Ian, inquisitivo.

—Recursos diversos. El sistema impulsor es un generador magnetogravitacional —explica el Operador—. Puede alcanzar el doble de la velocidad del sonido si vuela. El propulsor antigrav no funcionará en una zona de magnetismo alterado; tendrá que recurrir a las orugas... que también funcionan en el agua. Puede sumergirse a seis kilómetros de profundidad y lograr 200 Km por hora, casi la misma velocidad que a campo traviesa. Tiene un ordenador táctico para predecir el movimiento del enemigo y utilizar el armamento con la máxima efectividad... entre otras cosas. Es una IA muy compleja.

—¿Armas? —se asombra Targo—. Creí que lo habían adaptado para ser un explorador...

—¿Y si queda atrapado entre escombros, o es sepultado por la lava? ¿O se ve acorralado? —Ian manipula los controles y de las escotillas brotan mecanismos variados—. Tiene misiles tele y autoguiados, máseres y láseres. Detecta el metal a millas de distancia... movimiento, calor, gases. Lanza nanocámaras para tener perspectivas variadas de un mismo lugar. Si la comunicación radial falla, pone en órbita una cápsula con toda la información recopilada. Casi siempre los usamos para operar en ambientes de alto riesgo: explosiones nucleares, epicentros de terremotos y paraísos así. Como último recurso, puede autodestruirse sin dejar más que un montón de cenizas, si lo juzga necesario.

—Hace exactamente una hora cronotransportamos uno. El nanosatélite acaba de captar su primera cápsula. Vamos a chequear las imágenes, la computadora ha ido analizando otros registros —toca algunos controles. Targo lo observa. Ian sonríe como un niño ante un juguete nuevo, pero con cierto recelo. El grendell le resulta admirable... y a la vez, o Targo se equivoca mucho, repugnante. Hay algo siniestro en la máquina, aunque él también la halla fascinante por su perfección.

La pantalla fulgura, y luego azul plomo y negro de humo alternándose enloquecidamente. Targo tarda un par de segundos en comprender que el grendell está cayendo al mar, dando vueltas de campana. El giro se estabiliza,

una zambullida y de nuevo el humo negro, brotando del cono que se alza sobre la ciudad cercana.

—Sin feed-back, es más prudente hacer la entrada a cierta altura —hace notar el experto Operador—. Recuérdalo... por si algún día te toca. Mejor una caída que materializarte en un árbol o un edificio. Hay paracaídas... Mira, ya se orienta. El agua está casi hirviendo, según el termómetro...

Las olas cortadas a gran velocidad. Por entre el humo se divisa la costa. Los muelles semidestruidos de lo que debió ser un activo puerto se ven casi al alcance de la mano. Dos relámpagos cruzan el campo visual, sucedidos por sendas explosiones en lo alto. Objetos grandes y pesados caen siseando al agua entre nubes de vapor. Targo los reconoce: bombas volcánicas, uno de los fenómenos más peligrosos de una erupción. ¿Rotas en pedazos?

—Destruyó las que podían caerle cerca —hace notar Ian innecesariamente—. La IA del grendell tiene tendencia a ser algo paranoica y «gatillo alegre». Se ha sugerido corregir esa característica, pero a veces resultan más virtud que defecto... en cambio, tras... ¡atención!, ya entra a la ciudad.

Por el ángulo desde el que se ven las casas, Targo calcula el tamaño del grendell y se sorprende... apenas tiene un metro de altura. Zigzaguea entre escombros, muros derrumbándose, humo y riachuelos de lava. Ningún ser humano sobreviviría mucho rato en tal infierno... ni con escafandra de ultraprotección.

—La coraza no es metálica, sino un policarbono monocristalino pseudoviviente... algo así como diamante flexible y termorresistente que se regenera —aclara Ian, cuando una enorme piedra atraviesa la pantalla, después de estremecer la imagen al rebotar sobre el blindado—. No existe arma capaz de superarla... aunque algunos están trabajando en eso —concluye, enigmático.

—¡Encontró algo! —Targo señala, entusiasmado—. Parece plata cincelada...

En primer plano, dos finas pinzas palpan una preciosa fuente de medio metro de diámetro. La pantalla se divide en dos, y a la imagen se suma otra que muestra al cíber, huevo opaco entre escombros, insecto mecánico

tomando el objeto de metal precioso. Targo comprende que el grendell ha lanzado una nanocámara.

—La IA tiene un fichero de evaluación —explica Ian, también muy interesado—. Si la identificó como perteneciente al estilo autóctono, la guardará... si es cretense, micénica, fenicia o egipcia, la dejará. La capacidad de carga es muy limitada... ¿¡qué!?

Ian se adelanta como si quisiera entrar en la imagen. Targo tiene el mismo impulso, hasta que la razón le recuerda que lo que está viendo ya ocurrió... casi tres mil años en el pasado.

Ian ha retardado el movimiento, y repite la grabación. Lo que fuera mancha fugaz, ahora es un hombre. Pueden verlo desde las dos perspectivas simultáneamente. Tiznado, envuelto en harapos ennegrecidos, con ojos de loco. Lanzando una jabalina de punta de hierro contra el grendell... quizás, para su confundida psiquis, un demonio causante del desastre.

Lógicamente, el arma rebota sin efecto. Lo ilógico es el máser convirtiendo al frustrado atacante en una hoguera que se retuerce agónica.

Ian detiene la grabación y suspira.

—Solicité que modificaran esas IA. Si no fuera por el Consejo Supremo que insiste en usarlos como rancheadores, hace tiempo que les hubiera arrancado los colmillos a esos... —y añade una palabrota impronunciable que a Targo le suena a griego clásico—. Targo —su voz es terminante—, tu clase ha terminado por hoy. Saca tus conclusiones. Te veré mañana... —a grandes zancadas abandona la sala de control.

Pensativo, Targo lo observa. Nunca lo ha visto tan ¿triste, furioso, decepcionado? Quizás todo junto.

Nunca antes oyó hablar de los grendells. Parecen merecer el nombre de monstruo conque los han bautizado. En varios sentidos.

Tiene que averiguar lo que significa «rancheadores». Pero está seguro de que nada bueno...

—¿Tardará mucho? —Targo se inclina sobre el hombro de Ian tratando de ver el contador, y gruñe al golpearse la frente con el periscopio—. Esto es más aburrido que las cronomatématicas. Vaya regalo de cumpleaños...

—En unos minutos estará lleno —lo consuela el Operador, filosóficamente—. Y no te muevas tanto si quieres regresar con cabeza. Estos módulos se diseñaron para un sólo ocupante... ¿Conque te aburres? ¿No querías trabajos de rutina?

Targo no contesta. Llevan seis horas en el período Devónico, sumergidos en un estrecho del Mar de Thetis, mientras los equipos del módulo filtran miles de litros de agua por minuto para coleccionar las moléculas que contienen, en lugar del hidrógeno común, sus isótopos pesados: deuterio y tritio.

El porcentaje de agua pesada en el mar primitivo es muy grande. El depósito de veinte litros está casi lleno. Ian no ha dicho una palabra sobre el objetivo de tan monótona tarea, y Targo se exprime las neuronas tratando de imaginarlo.

Las cronoexcursiones a períodos prehumanos sólo tienen carácter paleontológico. No hay tesoros artísticos que salvar; sólo conocimiento sobre La Tierra en el pasado. Son mucho menos frecuentes que las visitas a tiempos históricos. ¿Qué sentido tiene venir al Devónico a buscar agua, por pesada que sea?

Deuterio, tritio... por la Física que recuerda, combustibles para motores de fisión. ¿Acaso los colectores solares no suministran energía suficiente a las quince ciudades? ¿Y no hay deuterio y tritio en los mares del siglo XXIV? Extraño...

Deja resbalar la vista por los controles. Hay diales cuya función ni siquiera imagina, o no puede distinguir bien sobre la cabeza de Ian, enfrascado desde hace rato en un complejo cálculo en la computadora... Aquel, sin duda alguna, es un sonar... los movimientos clásicos de los cardúmenes de peces, los contornos del fondo marino... y eso enorme que se acerca ¿qué podrá ser...?

La sacudida no le parte el cuello sólo porque casi la esperaba. Pero Ian se da de bruces contra el tablero de mando y suelta otra de sus palabrotas. Targo juraría que en latín medieval. Vigila el sonar... lo que sea, viene de nuevo.

—Ian, parece un pez... —se atreve a decir.

—¿Eh? —El Operador comprueba y resopla aliviado—. Menos mal... temí un maremoto —toca los mandos—. ¿Aburrido, eh? Tenemos visita...

Targo sonríe ante el eufemismo... la «visita» debe tener más de veinte metros de largo.

—¿Vamos a invitarlo a cenar? Sospecho que el plato fuerte podríamos ser nosotros...

—Es un Charcharodon Megalodon. El tiburón más grande que ha asomado nunca la aleta dorsal en un mar. Debe habernos confundido con un calamar gigante, su dieta normal —un bastón que Targo nunca ha visto brota del tablero. Después de la experiencia del grendell, no duda: es el control de un arma—. Ahora vas a ver en acción al neurolátigo. Es inofensivo para un animal tan grande... sólo le daremos una buena sacudida. Luego te daré tu regalo de cumpleaños. Mira... el sonar no da una buena perspectiva.

La imagen retocada por computadora muestra al gran tiburón, dientes como la palma de la mano, aleta dorsal de más de dos metros de alto, boca como un foso. Tres círculos concéntricos se ubican sobre la cabeza del monstruo cuando Ian balancea el bastón apuntando. Lo oprime con el pulgar. El enorme pez cartilaginoso gira en redondo y huye veloz.

—Nunca sabrá lo que lo... —comienza a decir Targo, y el vértigo del cronotransito lo toma por sorpresa. Los órganos vueltos de revés. El fulgor.

Y la inesperada sensación de pérdida de peso. Sólo el cinturón de seguridad impide que flote sobre su asiento. Ian, girando a medias en el suyo, lo observa con una sonrisa. En la pantalla, una negrura insondable salpicada de puntos luminosos.

Targo tarda sólo un momento en comprender. Ingravidez, estrellas que no titilan... Del fondo marino al cosmos en un segundo. ¿No era la exploración espacial incosteable y sin futuro?

Ian manipula los mandos, en silencio. La imagen gira rápidamente, y Targo tiene una sorpresa aún mayor. Un planeta ocupa por un instante la mitad del campo visual. Rojizo, sin nubes, casquetes de hielo en los polos. Casi no necesita verlo.

—Marte —los ojos de Targo brillan—. El Dios de la guerra... Gracias, Ian. Este es el mejor obsequio que nunca...

—Míralo bien —el rostro del Operador es serio... no es el de quien hace un regalo de cumpleaños—. ¿No notas nada extraño? Disculpa el giro, pero no es una nave espacial... ya no existen.

Targo espera la siguiente pasada. Algunas zonas del planeta rojo parecen... imprecisas. Dos o tres vueltas más tarde, ya está seguro. Marte oscila ante sus ojos, como si apareciera y desapareciera miles de veces por minuto. El mismo efecto que dura fracciones de segundo en el cronotransito. ¿Todo un planeta se desplaza en el tiempo? Pero ¿cómo, por qué, a dónde, cuándo... quién? Mira a Ian, su cara vuelta pregunta.

—Regresamos... la coraza del módulo no resistiría un meteorito grande, y estamos muy cerca del Cinturón de Asteroides —manipula los mandos y de nuevo el vértigo, la inversión del adentro y el afuera, la luz fuerte e imprecisa.

Hangar de los Operadores. A dos metros de ellos acaba de materializarse otro módulo, mayor y más aerodinámico, que humea ligeramente. Una voz llega por el circuito de comunicación.

—Eh, viejo ¿cómo van las cosas? ¿Qué traes? Veo que andas con un aprendiz... —por la escotilla, Targo observa las facciones asiáticas del interlocutor de Ian. La voz le resulta... familiar.

—Todo rutina, Kroll... traigo deuterio y tritio del Devónico; me aburrí filtrando agua pesada, y le disparé a un Megalodon. Él se llama Targo, estoy supervisándolo... promete. Lo llevé conmigo como regalo de cumpleaños. ¿Y tú qué traes? Todavía está caliente tu módulo...

—Un juego... le arranqué un pedazo de un par de toneladas al meteorito de iridio de los dinosaurios. Un salto subespacial con reentrada incluida. ¿Nos vemos en el Club de la Verdad?

—Sí... voy —Ian cierra el comunicador, y sin volverse, dice—: Mañana tendremos una clase teórica. A ver cuánto sabes de Crononáutica... sin usar esas matemáticas que tan mal dices te caen. Ah... tu verdadero regalo está debajo de mi asiento. Una vez te ganaste una imitación... espero que uno real *también* te guste.

Con gesto rápido, deshermetiza el módulo y sale de un salto. Targo pasa más trabajo para abandonar su encajonado puesto. Cuando lo logra, busca bajo el sillón que ocupara Ian Orkai.

Una funda de cuero. Y en ella, la piel de pescado de la empuñadura maravillosamente cálida al tacto... un dha. Lo desenvaina sin poder contenerse, y el brillo del cristalacero casi lo deslumbra. Pasa un dedo por el

filo y siente su piel hendirse. Monomolecular. No es una espada de prácticas, sino un arma hecha para matar. En la funda está escrito su nombre, y una extraña dedicatoria... «De Ian Orkai y el Club de la Verdad».

En el hangar hay más de trescientos módulos que llegan y parten con continuo fulgor, en aparente caos. Hay otros Operadores que los descargan con ayuda de robots. Múltiples «rescates» que los cíbers, como una fila de hormigas su botín, llevan a las torres de control. Minerales, madera, cajas con la etiqueta de «frágil», bidones con el rótulo OPEP, frutas... Parado junto al módulo, lo acaricia ensimismado con una mano, sin soltar la espada. Le parece sentir el frío del espacio, y hasta la aspereza del blindaje azotado por los micrometeoritos.

Marte, el cosmos... ¿fue real? Tan inesperado. Tan incomprensible. Como los mismos Operadores: Ian, Kroll, al que conoce de alguna parte... Misiones extrañas, viajes cósmicos, armas, cíbers de combate no por modificados más pacíficos, rescates de ¿materia prima?... Una extraña cofradía cuyas reglas no comprende... pero que ya le resulta igual de atractiva que el espacio. Y un ¿Club de la Verdad?

—... considerándolo como un vector con dirección dada por la coordenada tridimensional del espacio, módulo infinito y doble sentido, resulta de la cuantificación de energía-tiempo que el sentido preferencial pasado-futuro puede invertirse si...

—... Y menos mal que no te gustaban las matemáticas —lo interrumpe Ian, dejándose caer de espaldas sobre la arena—. ¿No te mareas repitiendo de memoria? ¿Por dónde ibas?

—Este... yo... el sentido preferencial pasado-futuro... —Targo siente que su lengua se enreda—. Me confundiste... me lo sabía bien. Si empiezo de nuevo...

—Claro, el mismo trabalenguas que se saben todos los niños desde el nivel elemental —se burla Ian—. Porque las fórmulas son demasiado abstractas y complejas, ¿eh? Matemática sin fórmulas es pura retórica. Olvídala. ¿Puedes decirme *qué* es para ti el tiempo... sin vectores, coordenadas, ni toda esa terminología?

—¿El tiempo? —Targo se queda mirando el mar, que bate furioso contra la playa casi desierta. Pequeños crustáceos, pioneros en la conquista del espacio seco, se aventuran a la sombra del módulo posado sobre la arena, al que tal vez consideran un pariente gigante. El aire es tenue, puro y huele a ozono. Todo el oxígeno que contiene lo han producido las algas que viven por millones en el agua. No hay plantas ni animales terrestres en el período Silúrico—. El tiempo es una dimensión del espacio. Lo mismo que hay arriba y abajo, delante y atrás, derecha e izquierda, hay pasado y futuro... aplicando suficiente energía es posible moverse hacia el pasado... es como nadar contra la corriente de un río; más difícil, pero sólo cuestión de fuerza.

—Eso está mejor —aprueba Ian. Con una piedra, traza en la arena un surco que la marea ascendente llena de agua—. Un río... Será un tópico, pero imagínate el tiempo un río que va del pasado al futuro por el espacio... este río, por la arena. Supón que este es un crononauta —con ademán rapidísimo, Ian captura a un diminuto cangrejo y lo libera dentro del «río» de agua salada. El caparazón traslúcido del artrópodo es casi invisible contra el claro fondo—. Y supón que hay tanta corriente que nadar en contra es imposible. ¿Cómo volver atrás, entonces?

Targo observa al cangrejillo inmóvil.

—Saliendo del agua, claro... —sus ojos brillan—. Eso es; un pez no podría hacerlo, no tiene patas. O sea, le falta la energía necesaria...

—Bien. ¿Ves qué fácil? Sin paparruchadas de módulo y coordenadas has comprendido algo básico —Ian excava hasta convertir el «río» en un canal circular con una «isla» de arena en su centro—. La única forma de viajar por el tiempo es saliendo de él...

—Espera, no lo digas —Targo tapa la boca de Ian con mano presurosa, y observa el diseño trazado sobre la arena—. Es posible, porque en ese lugar al que se va «saliendo», la distancia... creo que sin matemáticas no hay otra forma de decirlo... es menor que en el tiempo. Si el cangrejo sale del canal, atravesando por la isla puede llegar al punto opuesto con menos trabajo que dando toda la vuelta por el agua —la mano de Targo toca al crustáceo, que ajeno a su importante papel como «crononauta» se entierra en el fondo—. Y si consideramos la isla como un punto y el canal infinito, entonces —Targo

alza los ojos hacia el Operador, que asiente—, resulta que desde el «no tiempo» puede accederse instantáneamente a cualquier punto del tiempo.

—Ahora quiero que me expliques dos cosas —insiste Ian—. Considéralo parte de mi supervisión. ¿Por qué no se puede viajar al futuro del siglo XXIV? ¿Por qué los Siglos Cerrados?

—Los Siglos Cerrados... espera —Targo toma de manos de Ian la piedra con la que el Operador excavara en la arena. Sus ojos brillan de inspiración—. Imagínate que esta piedra es permeable en un solo sentido... o sea, permite entrar desde la arena-no tiempo, pero no salir desde el agua-tiempo —la hace resbalar hasta cubrir como un techo el sitio donde los ojos pedunculados del cangrejo empiezan a alzarse inquisitivos desde el fondo—. O sea, que si el crononauta cae al agua bajo esta piedra... sólo podrá salir por el agua.

—Muy ilustrativo —aprueba el viejo Operador—. La pregunta sería ¿quién puso la piedra? Pero lo dejaremos para otro día. ¿Y el viaje al futuro?

—Tiempo Marcador —comienza impetuoso Targo—... como el agua que va corriendo por un cauce seco —traza una nueva línea que empieza a llenarse con la marea—. No tiene sentido tratar de ir al agua-tiempo donde aún no ha llegado.

—Pero entonces, el tiempo no sería infinito —objeta Ian señalando el canal con la isla arenosa en su centro—, y el no tiempo no permitiría llegar a todas partes...

—Cierto —se preocupa Targo. Duda y mira a Ian—, pero, si no hay Tiempo Marcador, y el tiempo es circular...

—Alto ahí. Nada de circular, dijiste sólo infinito —Ian señala al mar—. Las analogías ayudan a comprender la realidad, pero *no* son la realidad. ¿Puedes representarte el infinito?

—No —admite Targo, pero sigue preocupado—, si no hay Tiempo Marcador... ¿si fuera otra barrera en un solo sentido, por qué podemos salir y entrar del siglo XXIV?

—Porque no está en el tiempo, sino en el no-tiempo —Ian toma la piedra y la coloca en medio de la isla—. Al salir al no-tiempo podemos ir hacia el pasado y regresar... pero nunca pasar el hoy —lentamente, desplaza la

barrera por la isleta de arena—. Una barrera móvil, sincronizada con *nuestro* tiempo...

—Que no sería un tiempo marcador, sino un tiempo marcado —parafrasea Targo. De pronto, hunde la mano en el canal y atrapando al cangrejo, lo lanza lejos junto con un puñado de arena—. Tiene sentido. ¿Pero por qué todo parece tan complicado, entonces?

—Si se supiera que es simple, habría demasiada gente preguntando sobre los Siglos Cerrados y el Futuro Cerrado —Ian se pone de pie y se estira—. Por el contrario, lo complejo e incomprensible no es un interés para la mayoría... resulta mucho más fácil creer a los que dicen comprenderlo.

—¿Comprenderlo? —objeta Targo—, pero si no se sabe por qué están ahí esas barreras, ni si las puso alguien. ¿Le cuesta tanto al Consejo Supremo confesar que hay algo que no controla?

—Alto, no olvides que tú *tampoco* lo sabes todo. Piensa globalmente. ¿Admitir que la Teoría Crononáutica no explica los siglos Cerrados ni el Futuro Cerrado? ¿Que alguien o algo no quiere que hurguemos en el futuro... ni en cierta parte del pasado? —el Operador menea la cabeza—. Socialmente muy peligroso. Está demostrado que un gobierno que confiesa su ignorancia en algo corre el riesgo de ser cuestionado en *todo*. Por eso, paradójicamente, se trata de ganar tiempo. Si supiéramos lo que tienen en común el siglo XXV o el XXVI con los Siglos Cerrados, tendríamos la respuesta. Entretanto, mejor ocultarlo a los que pueden asustarse... y no resolver nada.

—A los no Operadores —Targo se le encara—. ¿Con qué derecho?

—Eh... yo no tomé esa decisión, sólo soy miembro provisional del Consejo Supremo —lo calma Ian—. De todas formas, creo que ya te has dado cuenta de que hay más Operadores de los que creíste...

—Sí —Targo se pone en pie y lanza un guijarro a las olas encrespadas—. En el hangar, cuando regresamos del Devónico y de... Marte, había al menos trescientos. Y no debe ser el único hangar. ¿Una élite más numerosa que la masa? No tiene sentido...

—Piensa —es la respuesta de Ian, que señala el modelo, el canal y la isla mientras se levanta—. No fue una mala analogía... pero pronto verás que le faltan algunos detalles. Vámonos...

—Espera —Targo lo detiene—. Hablando de detalles... ¿cómo hiciste para que nos materializáramos en el espacio? Pensé que uno siempre regresaba al hangar...

—Es el camino más fácil —Ian se encoge de hombros—, pero no el único —se acucilla junto al canal y hunde el índice y el cordial en el agua, abriéndolos—. ¿Ves? El ancho sería la amplitud del espacio, la profundidad, el tiempo relativo. Con los tiempos relativos puede jugarse: de una cronoincursión de una semana en el paleolítico puedes regresar en cinco minutos... aunque paradojas como salir antes de haber llegado son imposibles, otro día te explicaré por qué. Pero gracias a esa elasticidad del tiempo es posible rescatar a los crononautas muertos en misión...

—Por otro lado —continúa—. La Tierra gira, se mueve en el espacio, todo el sistema solar se desplaza hacia la estrella Vega, la Vía Láctea gira sobre su propio eje, desde el Big Bang el universo se expande y todas las galaxias se separan. El reposo absoluto no existe en el espacio... pero en el no tiempo, al ser puntual y unidimensional, no existe el movimiento: todo se mueve en tomo y con respecto a él. Por eso hacen falta tantos ajustes para cada cronotransito: no basta con llegar *cundo* quieres, también es necesario que sea *donde* quieres. Si fallas en coordinar uno solo de esos movimientos, puedes aparecer orbitando Alfa del Centauro. O materializarte dentro de una pared... y como dos cuerpos no pueden ocupar el mismo sitio en el espacio, el universo reacciona como si uno de los dos fuera de antimateria: ¡bum! adiós Targo Ridal y queda un agujero de tres millas de diámetro.

—Espera... —Targo mira incrédulo el modelo—. Entonces... puede usarse el desplazamiento de la galaxia para elegir el punto de llegada. Como si fuera teleportación...

—La teleportación es un tránsito del ahora-aquí al ahora-otro sitio... una especie de crononáutica de andar por casa. Nadie se da cuenta; miopía de lo cotidiano, supongo. Para el no crononauta, tiempo y espacio siguen siendo funciones totalmente independientes. Algunos opinan que ese no-tiempo tan útil no es más que el Huevo Cósmico antes del Big Bang, el tiempo cero de la existencia del Universo, donde todas las dimensiones estaban contenidas en un punto, pero no hay cómo demostrarlo...

Targo está anonadado. Aún permanece sentado absorto en el modelo cuando ya el Operador se instala en el asiento del módulo.

—Ian —pregunta, con voz temblorosa, cuando al fin se pone de pie—. Si es lo mismo viajar en el tiempo que viajar en el espacio ¿por qué no hemos ido a otras galaxias, a otros mundos? ¿Por qué se dice que no es rentable, ni interesante?

—Acaba de subir —lo apremia el Operador—. Podría darte muchas razones: no estamos sociológicamente preparados para el shock del contacto con otra raza inteligente, no hay presión de superpoblación que justifique el esfuerzo, debemos concentrarnos en saldar la deuda con el pasado antes de dedicarnos al espacio que es el futuro, etc. Serían justificaciones. Sabiendo ya que la Teoría Crononáutica no explica la falta de acceso al futuro ni los Siglos Cerrados, puedes hallar la respuesta...

Targo sonríe. En la confusión en que acaban de sumirlo las revelaciones de Ian, se le ocurre una razón... que al Consejo Supremo no le agradaría. *Miedo*. A encontrar en el espacio a *eso* que les ha cerrado el futuro... o, tal vez peor, no encontrarlo. El mercante es ancho y desgarrado, y los emplazamientos de cañones antiaéreos añadidos a proa y popa no lo embellecen. Resulta aún más falto de gracia en contraste con la estilizada lancha torpedera atracada a su lado. Una gruesa columna de humo brota del puente del barco de carga. A la luz del amanecer y el incendio, una lucha desesperada se desarrolla en su cubierta.

Los pocos soldados disparando ráfagas con sus Thompsons parecen hormigas negras tratando de contener a una horda de hormigas blancas: la tripulación del mercante. Algunos marineros están armados con anticuados fusiles de larguísimo cañón; la mayoría blande armas blancas o simples palos. Caen muchos. Pero son más y no temen a la muerte. Cuatro soldados caen, y los sobrevivientes se retiran a su torpedera.

Algunos tripulantes del carguero hachean su cubierta de popa. La base de la pieza de artillería se hunde con revolotear de astillas. Con el descenso de casi dos metros del cañón cuádruple, la torpedera sale de su ángulo muerto. Queda a tiro, a boca de jarro.

La primera andanada falla por decenas de metros, arrancando un buen trozo a la borda del propio mercante. Al caer, el anua antiáerea quedó ladeada

y al inexperto personal civil se le hace difícil apuntar. Pero la segunda descarga barre la superestructura del pequeño buque de guerra en el momento en que se separa del carguero. Los motores empiezan a humear.

Las dos ametralladoras de la torpedera, ahora a la deriva, ripostan sin efectividad. El tercer intento del cañón antiaéreo traza, con letal puntería, una fila de impactos en la línea de flotación del casco de madera sin blindaje.

Herida de muerte, haciendo agua, la pequeña embarcación con los motores inutilizados gira sobre sí misma. Dos soldados mantienen un débil fuego de fusilería, tendidos en la cubierta cada vez más inclinada. Inesperadamente, una nube de aire comprimido brota de un tubo lanzatorpedos delantero. Disparado desde tan corta distancia que apenas alcanza a rozar el agua, el torpedo choca contra la popa del carguero con terrible explosión.

Cuando el humo se disipa, sólo la proa del barco mercante es visible, en medio del embudo de succión de su hundimiento. Ladeada, una bandera blanca con un sol rojo ondea por última vez. Algunos marineros hacen equilibrios sobre el último trozo a flote de su barco, otros se debaten en las frías aguas. No hay botes de salvamento ni balsas a la vista. Todo ha sido demasiado rápido. Una mancha de aceite y algunos trozos de madera que las olas dispersan son todo lo que queda de ambos buques en minutos.

—Un pequeño drama bélico —comenta Ian deteniendo la grabación—. ¿Qué deduces, Targo?

—No mucho —el joven se encoge de hombros mirando la pantalla vacía—. Segunda Guerra Mundial, Pacífico, el mercante era japonés y la lancha yanqui... sólo ellos tenían torpederas.

—Muy bien —el Operador tiende a Targo un paquete—. Tu uniforme de la Marina Imperial Japonesa. En cinco minutos partimos a rescatar a un Operador. Kroll, lo conociste el otro día. Un marine lo baleó un segundo antes de que nuestro amigo lo decapitara con su katana —Ian meneaba la cabeza, tomando un paquete similar al de Targo—. Le advertí que llevara un rifle... más efectivo y menos conspicuo. Sólo los oficiales de la Marina de Guerra usaban sables. Pero pensó que nadie notaría el detalle... y le gusta tanto el combate al arma blanca como a ti y a mí... al menos esa espada servirá para identificarlo. Vamos.

Mientras caminan hacia uno de los cientos de círculos de lanzamiento en el hangar de los Operadores, Ian da más detalles a Targo:

—El «Kami Maru», capitán Ryuko Fukukawa, 36 de tripulación. Zarpó el 15 de junio de 1943 desde Rangoon, Birmania, con destino a Nagasaki. El U.S.S. VDZ-34, «Águila Borracha», del teniente Chris Robinson, con ocho tripulantes, dos ametralladoras dobles calibre 50 y cuatro torpedos, base en Mindanao, Filipinas, en misión de patrulla... por excepción, en solitario.

Targo retiene los datos en su mente, mientras se pone el cómodo uniforme de fajina japonés, y revisa el largo rifle que le tiende otro Operador.

—El teniente Robinson los abordó de noche con los motores apagados, sin ser visto ni oído... Habilidad y suerte; el día anterior había sido el cumpleaños del capitán Fukukawa, y después de algunos litros de sake, la guardia del «Kami Maru» no estaba tan atenta como debía... cosas más raras pasan en la guerra —las manos hábiles de otro Operador adhieren plasticarne a las facciones de Ian, que en cuestión de segundos pasa de caucásico de mediana edad a anciano nipón—. Casi un golpe perfecto. Los americanos lograron dominar el mercante sin perder un hombre. Su plan era conducirlo a Hawai con su carga... no contaron con la reacción japonesa, cuando se les pasó la borrachera. Mataron al centinela y salieron de la sentina... el resto lo viste en la grabación del nanosatélite. El único torpedo que pudo disparar el «Águila Borracha» arrancó de cuajo el timón y la hélice del «Kami Maru» y abrió un boquete inmenso. La torpedera se hundió más rápido aún —Ian suspira, observándose en un espejo—. En el Pacífico Sur, junio es pleno invierno, y el agua está fría. Sin botes ni balsas, no hubo sobrevivientes. Y con el silencio radial, nunca se supo cuál, ni dónde había sido el fin de los dos barcos. Sólo por eso escapó la carga del «Kami-Maru» de ser recobrada por alguna de las corporaciones de rescate del siglo XXII... se hubieran llevado un chasco, porque nosotros vamos a recuperarla.

—¿Qué tipo de carga es? —Targo bizquea cuando el postizo de plasticarne añade a sus ojos el pliegue epicántico típico de los párpados asiáticos—. ¿Qué fue a hacer Kroll allí?

—Vamos, hay prisa —Ian ya está en el círculo de lanzamiento. En derredor, como de costumbre en el hangar de los Operadores, hay continuas llegadas y partidas de hombres, módulos y cargas de toda clase—. Kroll

debía poner balizas para recuperar luego la carga... espero que lo hiciera antes de dejarse matar.

Dentro del círculo, Targo va a preguntar algo más, pero ya el fulgor y el vértigo del cronotransito lo envuelven. Contiene la respiración...

La caída desde varios metros de altura no lo sorprende. Las coordenadas exactas de un barco que cabecea en el oleaje son un asunto difícil hasta para la computadora. Amortigua el golpe rodando, y se agazapa tras un rollo de cuerda embreada. En derredor, el crepitar de las llamas del incendio se confunde con los gritos de guerra japoneses, los disparos de viejos rifles y el tableteo de las ametralladoras Thompsons de los norteamericanos.

Ian le hace señas desde detrás de una boca de ventilación. Sigue la dirección de sus ademanes y descubre a un marinero nipón, katana en alto y gritando. Corre hacia un yanqui que cambia con movimientos temblorosos el cargador de su arma.

Targo también se hubiera arriesgado, parece que el miedo impedirá al marine disparar a tiempo. Pero si él está ahí junto a Ian rescatando a Kroll, es porque sí pudo. Echándose el fusil a la cara, centra la mira sobre el entrecejo del norteamericano... un tiro fácil.

En ese instante el yanqui levanta la cabeza. Un rostro adolescente de grandes ojos azules, conmocionado por el terror. Targo vacila una fracción de segundo, y luego cambia la línea de puntería. La bala arranca la Thompson de manos del soldado, que echa a correr despavorido, fuera del alcance del sable.

El nipón se detiene, baja la katana y da media vuelta con una expresión... rara. Es Kroll. De mala gana va hasta ellos, y Ian tiene que derribarlo casi a la fuerza sobre cubierta.

—¿La baliza...? —inquire el viejo Operador. Kroll, como en trance, contesta algo ininteligible en japonés. Targo comprende que está en pleno shock. De un salto se reúne con ambos Operadores, y hurgan entre las ropas de Kroll. Nada.

—Debió instalarlas —deduce—. ¿Voy a comprobarlo? —empieza a levantarse, pero Ian lo detiene.

—Son ocho bodegas... y no tenemos tiempo. Supón que lo hizo... y vámonos —alzando el blusón de su uniforme, el Operador desliza los dedos

por el abultado vientre.

Targo lo mira sorprendido; el abdomen musculoso de Ian no se parece en nada a esta fofa panza... al fin comprende.

—Un control oculto —Ian asiente a la mirada de Targo—. Sería anacrónico un teclado de mando como equipaje... y podría perderse.

—Pero... ¿no hay que esperar a que...? —comienza a preguntar Targo, en un mar de dudas. En las misiones con su grupo, cada cronoincursión tenía un plazo, casi nunca superior a una hora, al cabo del cual se retornaba automáticamente al siglo XXIV. Un plazo inviolable... si la misión no se llevaba a cabo en él, quedaba inconclusa. Ahora es consciente que en el Silúrico y el Devónico han permanecido horas sin que el Operador se preocupara.

—No hay nada que esperar —lo corta Ian, y empuja el cuerpo de Kroll hacia los brazos de Targo como un fardo inanimado—. Mientras menos estemos aquí menos efecto sobre la línea temporal. No recibimos instrucción hipnótica del japonés ni del inglés; cualquiera que nos oiga hablar en esperanto nos creará enemigo...

Antes que Targo pueda preguntar más, el fulgor, el vértigo, el hangar de los Operadores. Brazos fuertes toman a Kroll de los suyos. Ve cómo lo conectan a las terminales de un médico automático, y al punto el hombre en shock reacciona alzando la cabeza.

—¿Las balizas? —inquire otro Operador, imperativo. Targo afina el oído... su voz le resulta familiar—. ¿Cuánto hay?

—Puse las ocho... —balbucea Kroll, aún aturdido por el neuroestimulante—. Son casi seiscientos... ¿Qué pasó?

—Llévenselo —ordena Ian, que ya se despoja de la prótesis abdominal que enmascaraba el teclado—. Gowel, ¿recuperamos? —pregunta al Operador de voz imperiosa.

La respuesta de Gowel es una mirada fugaz que Targo entiende perfectamente. Deja el fusil en el suelo para alejarse... sabe reconocer cuándo sobra.

—Ahora es mi aprendiz —Ian lo detiene, y casi ruega al otro Operador—. Aceptaste que lo supervisara...

—Que se quede —cede Gowal y ahora Targo reconoce la voz: el jefe del tribunal que lo juzgara después de su incursión al siglo XV—. Apártalo... vamos a reservar diez terminales para la carga.

Ian, sin soltarle el brazo, echa a caminar. Targo no tiene más remedio que seguirlo. Atareados Operadores despejan varios círculos de lanzamiento contiguos que lucen extrañamente vacíos en medio de la actividad del hangar.

—¿Recuerdas nuestra conversación del canal y la isla? —comienza Ian—. Te dije que te explicaría luego algunas cosas...

—¿Cómo pueden viajar sin plazo? ¿De qué seiscientos hablaba Kroll? —pregunta Targo, mirándolo a los ojos—. Ian, hay mucho que no...

—Hombres... preguntan sobre lo que acaban de ver y no entienden, y nunca sobre lo incomprensible cotidiano —la voz de Ian restalla como un látigo. Targo se asombra; nunca lo ha visto como ahora... casi colérico—. Targo ¿nunca te has preguntado cómo podemos ir al pasado y rescatar con vida a hombres que hemos visto morir? ¿Qué te dice el término paradoja temporal? —Targo calla. Paradoja es una proposición que se contradice, pero no...

—Imagínate que hubiera sobrevivientes del «Águila Borracha» —Ian respira profundamente—. Que el hombre que le disparó a Kroll fuera uno de ellos, y que el hecho de ametrallar a un japonés lo impresionara tanto que luego, tras la guerra, llegara a convertirse en escritor, conferencista, no sé... una figura pública que dedicara su vida a luchar contra la xenofobia y los odios nacionales, por la paz entre los pueblos y la comprensión mundial... hasta el punto de, sigamos suponiendo, llegar a impedir que la Última Guerra Mundial devastara al planeta. ¿Qué crees que pasaría ahora que evitaste que ese hombre matara a Kroll? Para que entiendas mejor ¿qué ocurriría si alguien viaja al pasado a matar a su propio tatarabuelo?

—Espera —el cerebro de Targo hierve—. ¿Quieres decir que *tuve* que impedirlo, para que la Última Guerra fuera posible, para que existiéramos nosotros? —la idea parece explotar en su mente—. Pero, si es así, cualquier pequeña acción, cualquier cronoincursión... la línea temporal sería mil veces más frágil de lo que se acepta comúnmente —hizo una pausa—. No, Ian, no, me confundes... está la cronohomeostasis: cualquier alteración se amortigua

con los años si no rebasa el valor crítico. La historia discurre por la curva de máxima probabilidad...

—Basura —Ian es categórico—. Curva de máxima probabilidad, cronohomeostasis... cualquier término que suene a matemática o física teórica sirve para enmascarar el absurdo. Escucha, Targo: *cada* cambio, por pequeño que sea, provoca alteraciones en la línea temporal. ¿Sabes lo que es la resonancia? Esas alteraciones, lejos de amortiguarse en el tiempo, se amplifican; una tos en el año O puede ser la diferencia entre una democracia y una sociedad esclavista en el siglo XXX.

—Pero, si cada cronoincursión alterara el futuro... —Targo mira a Ian, sin entender, boqueando como un pez fuera del agua—... sería imposible regresar al siglo XXIV por el simple hecho de haber alterado el pasado. Y estamos aquí, y nada ha cambiado...

Ian sonríe.

—La conclusión es obvia... no hay un solo tiempo.

—¡Claro! —Targo replica tan alto que algunos Operadores detienen sus actividades para mirarlo con suspicacia—. Tiempos paralelos... ¡Eso lo explica todo! Si cada vez que vamos al pasado creamos un universo distinto... podemos regresar al nuestro, a nuestro siglo XXIV sin temor a las consecuencias. Si mato a mi tatarabuelo, creo un espacio-tiempo nuevo en el que ni mi bisabuelo, ni mi abuelo, ni mi padre ni yo existiremos... pero al pasar por el no-tiempo regreso al aquí-ahora —se queda pensativo—. Entonces no viajamos... en cada cronotransito creamos un tiempo nuevo que sólo tiene de común con el nuestro su pasado. Pero, si es así ¿por qué tanta insistencia en conservar la línea temporal, si es imposible *no* alterarla?

—Una útil y engañosa tradición... —el Operador se encoge de hombros—. Ninguna sociedad que ha permitido que *todo* el conocimiento que le sirve de base se divulgue indiscriminadamente ha durado mucho. Hay escalones de confianza... ¿Te imaginas lo que habrías hecho dos meses atrás, de saber esto? Casi seguro te habrías puesto a jugar al demiurgo, a crear una sociedad en la que existieran viajes cósmicos, las artes marciales fueran cosa cotidiana y sabe el diablo qué otras características exóticas...

—¿Y qué tiene eso de malo? —Targo lo encara, desafiante—. No es peor que engañar a todos como hace el Consejo Supremo...

Por primera vez, Ian calla unos segundos. Luego, en voz muy baja, murmura, enigmático:

—A casi todos. No hay engaño en el Club de la Verdad. —Luego, su voz vuelve a ser alta y decidida—: Ven... vamos a ver cómo llega la carga del «Kami Maru»... nos merecemos ese pequeño espectáculo —y dan media vuelta.

Gowal, con las manos sobre los mandos, se concentra en una cuenta regresiva:

—Cuatro... tres... dos... uno... ¡llegando!

El fulgor es tan potente que todo el hangar queda convertido en una mancha de luz. Sobre los círculos de lanzamiento hay ocho grandes montones de pedruscos de brillo metálico. Un vítor unánime brota de las gargantas de los Operadores, que se abrazan y ríen. Volquetes robots comienzan a acarrear de inmediato las poco atractivas, pero por lo visto muy valiosas rocas.

Targo las observa, sin entender.

—¿Qué es esto? —es la única pregunta que puede hacerle a Ian. Ningún valor arqueológico o artístico pueden tener aquellos guijarros.

—Mineral de wolframio o tungsteno, si lo prefieres, aproximadamente seiscientas toneladas —responde Ian, con sonrisa imperturbable—. Indispensable para el cristalacero y el metaloplástico, las bases de nuestra tecnología. La operación ha sido un éxito... te veré mañana... Recuperador.

Targo se queda observando sin ver el transporte de la carga del mercante nipón. ¿Recuperador? Demasiado para un día. En su mente, muchas preguntas: ¿Deuterio? ¿Tritio? ¿Tungsteno? ¿Resonancia? ¿Tiempos paralelos? Hay algo que Ian aún no revela. Algo básico, pero terrible, sobre lo que empieza a tener una nebulosa idea que prefiere no analizar... todavía.

—... ¿Recuperador? Fantástico... siempre supe que lo lograrías —Toyin sonríe, y a Targo se le antoja frío y distante su gesto en el videófono—. Ven a verme uno de estos días... Imagino que tendrás mucho trabajo, pero también mucho que contar. Y disculpa que no te pueda dedicar más tiempo. En cinco minutos partimos a una misión difícil... vamos a recuperar unos cuadros de un escondite subterráneo de los nazis, antes de que se pudran con los siglos

como ocurrió. Tenemos un nuevo miembro, se llama Ergon, creo que se caerán bien. Te manda saludos.

—Lo mismo, gracias... parece que hay interferencias... cuídate —Targo interrumpe el contacto chasqueando la lengua.

Suspira. Hablar con su antiguo jefe de grupo no ha sido gran consuelo. Antes se sentía distinto, pero parte del equipo, y la sensación ha desaparecido. No es que le resulte indiferente, sino... como un niño. Lo estima, es su único amigo, pero hay tantas cosas que no sabe, y que tal vez no creería aunque se las explicara...

Y Ian... su actitud hacia el Operador es ambivalente. Le agradece el trabajo que se ha tomado para instruirlo, y su confianza al revelarle secretos a los que nunca habría llegado por sí mismo. Pero sigue siendo un Operador y pertenece al Consejo Supremo... aunque sea como miembro provisional. Quizás su proceder no sea tan altruista ni desinteresado.

Hay más Operadores que Marcadores y Recuperadores juntos. La materia prima es lo esencial para el Consejo... obras de arte y tesoros arqueológicos son la tapadera, un juego para que los niños se diviertan en llenar museos, mientras sus mayores los observan por si alguno tiene condiciones para el verdadero trabajo... y para callar. Ahora comprende por qué lo esperaba el tribunal tras su flechazo en el siglo XV. Y por qué la amenaza de expulsión del Servicio Crononáutico: por descubrir que el rescate del caballo de Da Vinci era una farsa... y estar dispuesto a repetírselo a cualquiera.

Alimentos, combustibles, minerales... ¿No son bastantes los organopónicos de las quince ciudades? ¿No generan suficiente energía las placas solares en el techo de las gigantescas cúpulas? ¿No alcanzan los minerales que extraen los robots cavadores que todos han visto en los holovideos? ¿No es más fácil viajar a otros planetas que saquear el pasado generando miles de futuros diversos? ¿No es un paraíso de recursos vírgenes La Tierra fuera de las ciudades?

¿Es? Nunca ha visto con sus propios ojos el exterior de las cúpulas. ¿Preguntarle a Ian?

Toma una decisión y hecha a correr hacia el hangar. Los cubículos de los Operadores, uno de los cuales ocupa ahora, están junto a las terminales. Como si no confiaran en la teleportación.

Ya acostumbrados a verlo, ninguno de los Operadores repara en él. Distraídos saludos, eso es todo. Hay mucho trabajo.

Tratando de parecer autorizado, se dirige al almacén de módulos, se instala en uno y lo activa. Deslizándose sobre su colchón antigrav, el cronovehículo llega hasta el círculo de lanzamiento vacante más próximo.

Espera un minuto, nervioso; si se percatan de su presencia, aquí aún podría excusarse... Nada. Su suposición era exacta. No existe sistema de llegadas y partidas de Operadores: cada uno busca un círculo de lanzamiento desocupado para partir, y luego retorna automáticamente a otra terminal vacía en ese instante. Hay mucho trabajo para organizarse tanto. Nadie reparará en él...

Desconecta el sello de seguridad, e instruye a la computadora unas coordenadas singulares. Un ahora-no aquí, teleportación a donde no hay cabinas receptoras. Activa el cronotransito conteniendo la respiración. ¿Se sentirían así Cristóbal Colón y Yuri Gagarin cuando...?

Fulgor y vértigo. Un sonido ululante. Gira sobre sí mismo, otra vez, otra... No es efecto del cronotransito. Los indicadores enloquecidos, registros contradictorios. Gira, gira... el aullido es el del viento salvaje que arrastra al módulo dando tumbos.

Altitud, sesenta metros y disminuyendo... debe elevarse o se estrellará. El impulsor antigrav y los giróscopos estabilizan al módulo en un ascenso dificultoso, la tormenta insiste en arrastrarlo a su vórtice. Los vientos tienen velocidades de más de 400 km/h... Recuerda datos astronómicos. ¿Se habrá equivocado, será Júpiter en lugar de La Tierra? Cientos de miles de roentgens y de gauss en el contador Geiger y el magnetoscopio... lecturas variables, una locura. Júpiter no puede tener esa radiactividad ni ese magnetismo con un núcleo líquido.

Un viento contrario sopla en las alturas y lo arrastra, pero ahora su vuelo es estable. Se seca el sudor que le corre a chorros por la frente, y siente el sabor de la sangre en la boca... debe haberse mordido los labios. ¿Qué clase de infierno es este? Sus dedos teclean veloces sobre los mandos. Radar y ganmatelescopio también dan lecturas inesperadas. Como si delante hubiera una zona en la que todas las energías fluctuaran... un sector que por

momentos existe y por momentos no. El infrarrojo marca lo mismo... Recuerda al oscilante Marte; mejor evitarla.

Desciende a la corriente inferior, más turbulenta, pero que lo aleja del extraño fenómeno. En la pantalla, sólo chorros de polvo. La cámara inferior, polvo también... una visión fugaz de tres montañas achaparradas y algo que parece una figura tendida.

¿Montañas? ¿Aisladas y tan regulares? Parecen vagamente conocidas. Sin descuidar el pilotaje, Targo aplica corrección infográfica a la imagen grabada. Con colores falsos y perspectiva alterada, las montañas resultan ser... los mandos casi se le van de las manos. Pirámides.

Las pirámides de Egipto, y la figura tendida, La Esfinge. Lo que queda de ellas. Al frente, otro de esos sectores enigmáticos... Targo se eleva. El gravímetro, la lectura es 9,86754... metros por segundo al cuadrado. ¿La Tierra, este infierno?

Datos astronómicos confusos. El telescopio ultravioleta, para el que el polvo es transparente, indica que el sol está en la dirección correcta... y por momentos no está. Lo mismo con la luna. Como Marte. Pero la luz de las estrellas es continua...

Fatiga en los brazos, calambres de luchar con los mandos en la tormenta feroz. Desilusión y furia en su mente.

Engañado. Tantos holovideos, mentiras. No existen selvas vírgenes ni fauna exuberante. Fuera de las cúpulas, el planeta es el erial radiactivo en que lo convirtió la Última Guerra. Hay cinco millones de seres humanos sobreviviendo en sus refugios, tratando de hallar en el tiempo la libertad que la locura de sus ancestros les vedó en el espacio de su planeta.

Ya tiene la respuesta: tungsteno, deuterio, tritio, alimentos: una sociedad sin recursos que saquea el pasado para permitirse un presente... y la ilusión de un futuro. Siente un asco incontrolable, y el módulo se llena de salpicaduras de su vómito.

Debajo, una forma hemisférica, superficie corroída por siglos de vientos inclementes. Por supuesto, nada parecido a placas solares... no tendrían sentido si apenas se ve el astro. Puede ser la cúpula de Alejandría... dentro, seres humanos felices y engañados en su paraíso artificial, ajenos a la eterna tormenta que ruge sobre ellos y sobre lo que creen naturaleza virgen.

Viviendo sin saberlo de los pecios del ayer, que los Operadores, como fantásticos carroñeros, recuperan en secreto.

Hora de regresar... y Targo comprende aterrado que no tiene idea de dónde está. La Tierra, exterior, siglo XXIV... pero no puede determinar sus coordenadas espaciales con suficiente certeza para volver. Un escalofrío lo atraviesa de la cabeza a los pies. Nunca ha sentido tan cerca la muerte. Cuando sus manos se cansen, el viento lanzará al módulo contra el suelo. O entrará en uno de esos sectores fluctuantes, aún peor como final...

Quizás sea preferible a seguir viviendo en el gran engaño... el módulo descende de prisa... Sería sólo chocar contra el suelo, un instante de dolor y el descanso definitivo.

No. Se muerde los labios y eleva el módulo con frenéticos tirones a los controles. No morirá. Regresará. Luchará, contará a todos la mentira. Alguien es culpable... entre todos podrían salir de la ratonera que es La Tierra... hay otros mundos.

¿Dónde estaba la cúpula? El germen de una idea crece en su mente, estimulado por el instinto de conservación. Una teleportación breve... si logra acercarse el máximo a la superficie, podría emerger dentro, a suficiente altura para tener un margen de maniobra. Será extraño para los ciudadanos ver materializarse bajo su cielo falso al módulo vapuleado por la tempestad de polvo... pero estará vivo. No se hace ilusiones, no bastará para demoler la mentira de siglos... darán justificaciones, explicaciones complejas y convincentes, quizás se deshagan de él, acusándolo... Si no lo intenta, la muerte. Segura. Ya.

Delante y debajo, otra semiesfera. Targo golpea los mandos, tratando de lograr potencia extra del pequeño generador antigrav del módulo. No está diseñado para luchar contra tales vientos, puede sobrecargarlo... Se acerca a la cúpula, pasará a más de doscientos metros. El viento choca contra la superficie y se eleva furioso impidiendo mayor acercamiento... quizás no tenga otra oportunidad. Ya casi no siente los brazos. Necesitaría un par extra para activar el cronotransito mientras lucha con la tormenta. Luces rojas en el tablero, el generador antigrav en sobrerégimen se desconecta automáticamente. ¡Ahora o nunca!

Luz. Vértigo. Luz del día y nubes virtuales en lo alto. Está adentro. El altímetro indica treinta metros, el antigrav sigue desconectado. Caída. Targo busca frenético la válvula de la espuma amortiguadora. La cabina del módulo gira sobre sí misma. Lo menos, fractura cervical múltiple. ¿No habrá paracaídas de emergencia? Encuentra la válvula; la cabina se llena de gel oxigenado que lo resguardará del impacto. El último instante antes del choque, esperando inmóvil, es el más difícil. Gelatina insípida, estropajosa en los pulmones.

Aterrizaje. Un rebote, tres vueltas de campana, segundo rebote, rodar. ¿Dónde arriba y dónde abajo? El gel impide que sus huesos se hagan polvo. Girar, rodar cada vez más lentamente. Un balanceo hacia adelante, el impulso no alcanza para girar de nuevo. Cae hacia atrás. Balanceos cada vez más suaves... se detiene al fin. Vivo.

La gelatina se disuelve dejándolo húmedo y helado. Tose y estornuda. No ha sido agradable respirarla, pero sobrevivió. Los músculos, como hechos también de gel. Algo anda mal con la posición, pero es totalmente secundario. Cerrar los ojos y *existir* es lo mejor que ha experimentado nunca.

Las voces que se acercan lo obligan a abrirles. El módulo yace sobre un costado al final de un surco humeante de casi un centenar de metros. Ha atravesado dos casas. Nebulosamente, comprende que al entrar conservó toda la velocidad que tenía afuera... más de cuatrocientos km/h a treinta metros del suelo. Tuvo suerte de que la trayectoria fuera casi horizontal... si hubiera sido menos oblicua, ahora estaría bajo metros y metros de tierra... enredado en kilómetros de líneas de servicio.

—Eres un loco con suerte. Nadie se ha atrevido a salir a ese infierno sin módulos especiales. Y pocos han regresado —la voz de Ian le llega por el circuito de comunicación. Otra de sus palabras tremeundas... esta parece en arameo—. Cuando se enfríe un poco esa cafetera en la que llegaste, te sacaremos. Va a haber que inventar una buena justificación para este desastre tuyo, Targo Ridal. De momento... bienvenido al Club de la Verdad.

Targo piensa una ironía. ¿Club de la Verdad? ¿O Club de la Mentira? Pero está tan cansado...

RANCHEADOR: En Las Antillas, de los siglos XVI al XIX, paramilitar con conocimiento de la manigua especializado en la captura de esclavos fugitivos o cimarrones, contra remuneración de sus amos. Los rancheadores utilizaban perros feroces y armas de fuego que les daban clara superioridad sobre sus presas. Ideas afines: sabueso cubano, rastreador, baqueano...

Targo apaga la terminal y se recuesta en la cama con expresión inescrutable. Para combatir el aburrimiento ha buscado la definición de la palabra con la que Ian calificó al grendell peyorativamente... pero no ha logrado aclarar mucho. ¿Un robot para perseguir esclavos fugitivos? No tiene mucho sentido...

Escozor de nuevo: Se revuelve en la cama, y los bips del médico automático suben de tono. La picazón es a veces insoportable, otras, apenas una ligera molestia. Lo peor es no poder rascarse... porque es interna. Las causantes son las nanomáquinas quirúrgicas que recorren su cuerpo por todas partes. Han encontrado y resuelto más de veinte puntos de microhemorragias... tres en el cerebro. Tenía razón Ian al insistir en el examen a fondo. Aunque la espuma lo salvara de las fracturas y se sintiera bien descontando el cansancio, la salud del cuerpo humano depende de muchos factores más que la simple integridad de sus huesos.

¿Dónde estará el viejo Operador? Hace más de doce horas que no lo ha visto. Durmió diez de un tirón, y luego ha sufrido por otras dos el minucioso nanochequeo sin que nadie apareciera en su habitación. Lo impersonal del sistema de medicina cibernética tiene sus inconvenientes. Ahora, por ejemplo, le gustaría que Ian, o Toyin estuvieran allí... cambiar impresiones, saber qué ocurre afuera, qué excusa ha armado el Consejo Supremo para explicar su intempestiva entrada en la cúpula.

—Pensando en el rey de Roma... —exclama cuando la puerta se abre y el rostro de Ian aparece ante sus ojos. Pero la expresión del Operador, y sobre todo su túnica verde claro, le hacen callarse de golpe. Además, no viene solo.

Tras él, igualmente vestidos con los ropajes del Consejo Supremo, pero sin máscaras, entran Gowel y una mujer de rasgos duros. Probablemente la tercera del tribunal que lo juzgó hace... ¿apenas quince días? Han pasado tantas cosas, ha aprendido tanto en esas dos semanas, que le parecen años.

Tras los tres Operadores, entra flotando un huevo de contornos mates. Targo traga en seco. La presencia del grendell aumenta lo amenazador de la visita, ya de por sí muy preocupante.

—Tan irresponsable como siempre —la voz de la mujeres ahora más cortante que irónica. Targo advierte que no lo llama por su título de Recuperador. Mal síntoma—. Arriesgaste tu vida y la de cientos de personas con tu irreflexiva escapada. Sólo por pura suerte no hubo víctimas.

—Targo es un piloto hábil —interviene Ian, y le guiña un ojo casi imperceptiblemente—. Fue muy valiente atreviéndose a salir en un módulo standard...

—... y muy estúpido —acota Gowel, mirando fijamente a Ian. Luego se dirige a Targo—. No me gustan los circunloquios, así que hablaré claro —suspira, y de pronto es un hombre abrumado por la tremenda responsabilidad que carga por quién sabe cuánto tiempo. Pero su debilidad dura apenas una fracción de segundo—. Mi nombre es Gowel, ya lo sabes. Hace unas semanas te juzgamos... Ian te tomó bajo supervisión. Hoy has hecho algo... singular. Casi te costó la vida, pero viste lo que te faltaba por saber. Tuviste suerte de no entrar en una zona de tiempo incierto... nadie sabe lo que podría haber pasado contigo en ese caso.

—¿Qué son esas zonas? —se atreve a preguntar Targo.

—El precio que nos cobran la entropía y el principio de indeterminación de Heisenberg —contesta el líder del Consejo Supremo—. Con cada cronotransito, se crea una zona de tiempo indeterminado, mayor mientras más grande sea la distancia relativa del cronotransporte. En los primeros experimentos las zonas aparecían en La Tierra, en los antípodas del círculo de lanzamiento. Por suerte, aprendimos pronto a ubicarlas en el espacio, y en la superficie de otros planetas.

—Por eso Marte titilaba —susurra Targo—. ¿Pero, *qué* pasa en esas zonas?

Responde Ian:

—Se supone que el tiempo se torna multidireccional, localmente caótico... unas partes de tu cuerpo envejecen y otras rejuvenecen. Eso le ocurrió a los únicos tres que lograron entrar y salir. Hace siglos que nadie lo

intenta. ¿Para qué? Algunos dicen que son zonas de antitiempo, como las hay de antimateria. A ciencia cierta, nadie sabe...

—Al grano —la mujer interrumpe a Ian—. Targo, nuestra situación es desesperada. La eficiencia del cronotrásito no es del ciento por ciento... las zonas se extienden, lenta, pero incesantemente. Ya cubren el sol y todos los planetas, y el espacio en el sistema está salpicado de ellas por todas partes. Lo peor es que las de La Tierra también se extienden... hace ochenta años, teníamos diecisiete ciudades... al paso actual, llegaremos al siglo XXV con doce o trece. Estamos sitiados.

—Lo hemos estado desde la Última Guerra —confiesa Gowal—. No quedó más remedio que volvemos hacia el tiempo...

Targo los mira, con la boca abierta. La furia y la pena luchan en oleadas dentro de él. Al fin, con gran contención, pregunta:

—¿Por qué la mentira? ¿No era más fácil admitir que afuera sólo había vientos y radiactividad, que las imágenes de la naturaleza salvaje eran virtuales? ¿No es mejor confesarlo ahora, huir de La Tierra a Próxima Centauri, a Tau de La Ballena, a cualquier parte? —los bips del médico automático suben de tono con su alteración, hasta que se relaja sobre la cama.

—No sabes mucha sociología, Targo —menea la cabeza Ian, con tristeza—. ¿Cómo crees que reaccionarían cinco millones de personas que creen vivir en un mundo perfecto si de pronto les dices que los has engañado todo el tiempo, que su paraíso no es sino una estrecha cornisa sobre las llamas del infierno?

—Sería el caos total —admite el líder del Consejo Supremo—. No tenemos derecho a negarles la felicidad en los años que nos quedan... aunque sea en cierto modo un engaño.

—Y sólo en cierto modo —la mujer se yergue, orgullosa—. Hemos resuelto problemas que nunca antes tuvieron solución en una sociedad humana. Entre nosotros no hay crimen, estafa ni malversación. No hay carestías ni derroches, cada uno puede dedicarse al arte, a la ciencia o a la crononáutica, si lo desea. No mantenemos una inútil burocracia administrativa, ni somos líderes ajenos a los problemas de la masa —la Operadora lo mira, desafiante—. No puedes negar nuestros éxitos; y queremos conservarlos.

—El mundo perfecto bajo la campana de cristal, y afuera el caos —Targo hace una mueca—. Me dan asco... dioses de pacotilla. ¿Dicen amamos? Sólo aman su imagen de salvadores...

—¡No te permito que hables así! —enardecida, la mujer alza el brazo para abofetear al joven acostado. Pero los reflejos de Targo siguen siendo excelentes. Aún tendido, su mano es más rápida en aferrar la muñeca de la Operadora. Retorciéndola hábilmente, la derriba al suelo y se incorpora a medias en la cama, mirando a los otros dos del Consejo Supremo con expresión retadora. Detrás, el grendell se adelanta flotando en silencio.

—No —Ian detiene al cíber, y ayuda a erguirse a la mujer—. Tú lo provocaste, Damia... Mejor nos dejas solos. Por cierto, ambos acaban de desmentir la no violencia de nuestra sociedad.

—Lo siento —el jefe del Consejo indica la puerta a Damia, que abandona la estancia en silencio, con ojos llameantes—. Es como tú, muy impulsiva. Espero que se entiendan mejor con el tiempo. Por supuesto que esta no es la sociedad perfecta... sólo la mejor que conocemos. Tenemos derecho a conservarla.

—Pero... —insiste Targo—. Debían confiar en la gente. Si todos supieran sería más fácil encontrar una salida.

—Targo... ¿Aún no entiendes? —el líder de los Operadores luce cansado, casi viejo—. *No hay adonde ir*. El sistema solar entero está afectado. Las zonas de tiempo incierto llegan probablemente hasta más allá de la nube cometaria de Oort.

—Pero... para el cronotransito el espacio no existe —porfía Targo—. Podemos aparecer orbitando otras estrellas.

—No podemos... —Ian suspiró—. Todos conocen del Tiempo Marcador y de los Siglos Cerrados. Pero el Espacio Cerrado es aún el secreto de los Operadores. Es imposible teleportarse fuera del sistema solar. ¿Crees que no lo hemos intentado? Puede que la galaxia tenga movimientos que no conocemos, o fuerzas magnéticas impidan que nos alejemos del sol. Por lejanas que sean las coordenadas que introducimos en la computadora, los módulos nunca rebasan la órbita de Plutón...

—Entonces, estamos encerrados... en el tiempo y el espacio —Targo se deja caer entre las sábanas—. ¿Qué podemos hacer?

—Resistir. Durar hasta el final —la voz del líder Operador de nuevo es imperativa, y Targo descubre la infinita obstinación del hombre. Para Gowal, revelar la mentira nunca fue una posibilidad, ni aunque fuera posible huir al espacio. Responsable de una humanidad de cinco millones... se cree también su dueño, en cierta forma. Recuerda la vieja frase: «Todo poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente».

—Hoy tenemos setenta mil Operadores —continúa el líder—, y apenas bastan para recuperar los recursos que nuestros antecesores derrocharon, perdieron o destruyeron. Las necesidades de materia prima y energía de nuestro mundo crecen sin cesar. Necesitamos más Operadores. Gentes que conozcan la verdad, lo crítico de nuestra situación... y se dediquen en cuerpo y alma a resolverla. Personas despiertas, capaces de improvisar y encontrar soluciones no standarizadas... como tú, Targo —el hombre lo señala teatralmente con el dedo.

Targo espera casi un minuto antes de preguntar:

—¿Me está invitando a ser Operador?

El rostro de Ian suda, fuera de la vista del jefe del Consejo Supremo. Targo no necesita mirarlo para saber lo que puede pasarle si se niega.

—Estoy pidiendo tu esfuerzo. Ser Operador es la única forma, si no de salvar nuestro mundo, sí de alargar su vida —Targo está pendiente de los gestos de Ian, que señala al cíber flotante a espaldas de Gowal—. Tu período de supervisión ha terminado... te consideramos digno de unirte a nosotros. ¿Qué dices?

—De acuerdo —dice Targo con voz que casi no reconoce. La tensión en la sala se relaja como por encanto—. ¿No temen que pueda contar...?

—Tomamos nuestras precauciones —sonríe satisfecho el Operador principal—. Las nanomáquinas han implantado un bloqueo en tu córtex. A partir de hoy, no podrás hablar de nada de esto con un no Operador... a no ser que desees sufrir algunas poco agradables convulsiones que cualquiera confundiría con epilepsia. Restablécete pronto, Operador Targo... cuando Ian haya terminado de instruirte, ya tenemos misiones esperándote —y abandona la sala seguido por el grendell.

—Menos mal —se relaja Ian, cerrando la puerta cuando el hombre y el cíber se han marchado—. Ahora entiendes por qué nunca pude hablarte

claramente de algunas cosas... a todos los Operadores se nos implanta ese bloqueo —se seca el sudor de la frente con una mano temblorosa—. No estoy para estas emociones. Cada vez que le llega el momento de decidir a uno de mis supervisados, envejezco diez años. Por un momento temí que te negaras...

Targo mira al médico automático.

—¿Me habrían borrado la memoria, o...? —señala la puerta.

—Quizás... —dice enigmático Ian—. Enviar a los descontentos al destierro en el tiempo se ha vuelto caro y poco práctico —se acerca a Targo y le susurra al oído—: No digas nada. Esta habitación está vigilada electrónicamente. Y si estás pensando en huir, ni se te ocurra. Te seguirían hasta en los Siglos Cerrados... para eso están los grendells.

—Ah... —Targo cruza con Ian una mirada de inteligencia—. Rancheadores...

—Rancheadores —asiente Ian, y cambiando de tono, lo apremia—: Anda, levántate. Hay cosas que quiero mostrarte. ¿Te gustaría ver lo que ocurre cuando la alteración centuplica el valor crítico en una línea temporal? Creo que lo hallarás instructivo. Y, por supuesto... tienes que ver el Club de la Verdad.

Con el antejo, el grupo de antropoides parece al alcance de la mano. Tras días de observación, Targo ya los diferencia.

Los más viejos son cuasigorilas. Toscos, peludos, de cráneos bajos y macizos, andan a cuatro patas. Tienen pulgares no oponibles y caninos inmensos. Quedan pocos, pero entre ellos está el jefe nominal del grupo, un macho titánico y malgenioso, que días atrás venciera a un leopardo en singular combate.

La mayoría pertenece a la generación intermedia. Una de las hembras es la jefa de hecho, por su astucia y conocimiento, aunque nunca desafía al viejo macho iracundo. Son menos robustos, y mantienen largos ratos la postura bípeda, aunque encorvados. Los colmillos no son grandes, y por lo que puede calcularse bajo el pelo gris que ya es más ralo que en sus progenitores, el

volumen craneal ha aumentado casi en un diez por ciento. Usan piedras y ramas sin hojas para suplir la debilidad de su musculatura y sus dientes.

Lo más notable es la riqueza de su mímica y sus gruñidos. Targo distingue ya unas cien «palabras». La mayoría designan elementos identificables de la vida diaria: comida, enemigo, viento, rama, hijo... pero hay casi veinte «vocablos» que no parecen corresponder a ningún objeto o circunstancia concreta. Podrían representar conceptos abstractos como muerte, vida, tiempo o espacio. El germen de un verdadero lenguaje.

La tercera generación, aún chiquillos o cachorros, es la que más le interesa. Casi no tienen pelo, apenas el de un humano muy velludo. Y los dedos de sus pies ya no son tan hábiles como los de sus progenitores para sujetarse a las ramas. En cambio, su postura es casi siempre erecta. Prefieren corretear por el suelo del bosque que colgarse de las ramas. Aunque la tribu entera, ante cualquier peligro, sigue buscando refugio en los árboles.

Son los benjamines los que mayor habilidad muestran en la modulación y articulación de sonidos. Sus cráneos, con frente baja y huidiza y grandes arcos superciliares, tienen ya las mandíbulas más finas, similares a las humanas. Resuelven problemas espaciales que Targo nunca oyó que pudiera solucionar un mono. A todas luces *ya* no son monos.

Toda evolución lleva *tiempo*. La probabilidad de mutaciones favorables es ínfima, estadísticamente. Tres generaciones es un plazo absurdo para que semigorilas arborícolas den a luz prehomínidos que no han descubierto cómo usar el fuego por casualidad.

Es testigo de excepción de un paso trascendental en la historia evolutiva humana. Por eso ha dedicado tanto tiempo a observar las tribus de antropoides. Tendría que ser muy estúpido para no ver que se está trabajando con el genoma de los ¿pitecántropos? No sabe suficiente antropología para identificarlos. Pero sí sabe que, sin suficientes mutaciones naturales favorables, algo las está induciendo. O alguien que vuela en nubes plateadas.

En quince días de observaciones no ha detectado nada inusual, fuera de los propios antropoides. Ni compuestos químicos en concentraciones inesperadas, ni radiaciones superiores a la media. Su esperanza es presenciar una eugenesia más directa por parte de los xenos... o tendrá que suponer que llegó tarde para conocer a los misteriosos ingenieros genéticos.

Resultó atractivo hacer el voyeur, al principio. En su convalecencia, débil a pesar de los refuerzos vitamínicos, Targo se aburría sin poder moverse mucho. Pronto descubrió que había algo raro en los monos del bosque, y el espionaje antropológico le pareció una opción descansada y tranquila para entretenerse... si descontaba la predilección de algunos artrópodos por los lugares tibios. Después de dolorosas experiencias con escorpiones y hormigas con aguijones descomunales, siempre revisa sus puestos de observación antes de tenderse cómodamente.

Tan cómodamente, que varias veces se quedó dormido. Ahora duda si no sería en tales ocasiones cuando los xenos aparecieron. Sería mucha mala suerte, y hasta ahora la fortuna le ha sonreído... a él, y también a Smile.

Fue un reto a su habilidad como programador improvisado «engañar» al médico automático para poder usarlo con las heridas del animal. Renunció al scanner, que marcaría deformaciones al comparar los huesos del felino con la anatomía humana inscrita en su memoria. Bajo control semimanual, las nanomáquinas empalmaron los intestinos y músculos desgarrados del tigre, le sustituyeron dos costillas rotas con sucedáneo óseo y cubrieron las heridas con análogo epidérmico inerte. El resultado no fue tan preciso como podía haberlo logrado la computadora: Smile todavía cojea un poco... pero sin la microcirugía y las dosis caballunas de antibióticos y reconstituyentes, su muerte habría sido segura.

Consulta su pulsera universal: seis horas de observación. El dientes de sable se impacientará si tarda en regresar al campamento. Cuando sale lo deja encerrado en el campo escudo. Aunque ansia merodear, no parece que pueda aún valerse por sí mismo.

Se recupera con ritmo vertiginoso. Tras días a dieta de alimentos concentrados, ya ingiere hasta la cuarta parte de su peso en cada comida, y lo obliga a cazar sin descanso.

Mueve el pie izquierdo dentro de la bota para evitar que se le entumezca. Más que dolor, siente una molestia... pero a dos semanas de una fractura de tibia, sería muy ingrato si se quejara. Sin el médico automático estaría arrastrándose con el pie malamente entablillado... nunca fue bueno en los primeros auxilios.

Recuerda a Ian, y su insistencia en cargar toda clase de equipos. Los creyó superfluos, pero qué útiles han sido... mucho lamenta haber perdido casi dos terceras partes con el módulo.

Seis horas; es suficiente. Hora de regresar, y si las nubes plateadas quieren convertir a los monos en murciélagos, asunto suyo. Aún tiene que abatir algún animal para el hambriento convaleciente cuadrúpedo... y si los xenos no han aparecido todavía, seguramente no llegarán.

Le habría gustado ver cómo salvan el obstáculo que la sexualidad de la tribu antropoide representa para un programa eugenésico. El macho dominante y primitivo es el único padre. Ataca a cualquier macho más evolucionado que intenta acercarse a su harén. Lo ha visto matar a dos aspirantes en peleas feroces. Copula con las viejas hembras de su generación, y también con sus hijas de pulgares oponibles. Varias están embarazadas.

¿Retrocruce? No es racional que sólo intervinieran una vez y luego dejaran a su aire el experimento; las características favorables se perderían. ¿Habrá sido... es decir, será así? Los antropólogos nunca encontraron huesos de tres fenotipos tan distintos de prehomínidos en el mismo lugar. Aunque la fosilización no es tan fácil ni frecuente...

En medio de sus especulaciones, Targo se inmoviliza al advertir *algo*: Un tentáculo tenue está bajando silenciosamente desde la copa de un árbol, sobre la tribu que sigue en su juego y su recolección de alimentos.

Muy largo para ser serpiente, muy liso para ser planta... demasiado seguro en su movimiento para no ser inteligente. Centellea... En silencio, sobrecogido, Targo sale de su refugio a gatas, para enfocar hacia arriba su anteojo. Sí... en lo alto, inmóvil sobre los árboles, la nube plateada. Un extremo se alarga convirtiéndose en el tentáculo explorador. ¿Una máquina capaz de cambiar de forma? ¿O un ser vivo? ¿Quizás las nubes no son los vehículos de los xenos, sino los propios xenos?

No tiene tiempo para hipótesis. Capta toda la escena con la holocámara que no abandona desde dos semanas atrás. El tentáculo se bi, tri, multifurca, sin perder en grosor, como si más que sólido fuese líquido o gaseoso. Cada una de las ramificaciones se acerca a una hembra encinta. Los antropoides permanecen tranquilos, como si no fuera ninguna amenaza el extraño fenómeno. Targo daría lo que no tiene por haber traído más instrumentos...

lo más probable es que estén influyendo en la psiquis de la tribu con ultrasonidos o impulsos neuroeléctricos. La indiferencia de las futuras madres a la penetración del tentáculo por entre sus piernas no es *normal*, por acostumbradas que estén a la nube.

Tras menos de un minuto de invisibles manipulaciones dentro de las hembras grávidas, las ramificaciones las abandonan, se reunifican y el tentáculo se retira. Nada ha cambiado en la tribu... si acaso, se muestran algo más activos, pero siguen jugando y buscando comida. En lo alto, la nube se aleja.

Targo se pone en pie de un salto, uno de los centinelas antropoides capta el movimiento y chilla dando la alarma. En un abrir y cerrar de ojos, no queda ninguno sobre el suelo ni en las ramas bajas, y montones de ojos curiosos y desconfiados miran al mono lampiño cubierto de extrañas pieles, que baila y ríe llevando en alto un objeto que nunca han visto.

—... Gowal no tiene la culpa —afirma Kroll con fervor, y sus facciones resplandecen a la luz rojiza—. Heredó la situación de su antecesor, y lo único que intenta es mantener el equilibrio... —gesticula con su jarra de cerveza.

Targo observa el lugar, asombrado. El Club de la Verdad, sitio de recreo y reunión para los Operadores, está decorado como una taberna medieval. Piel, madera sin pulir, una gran hoguera por toda iluminación. Cerveza negra con especias, tibia y espumosa en sus jarras de roble. Nada de cerámicas en envases plásticos. Las diferencias son la limpieza... y el olor. Faltan la mugre y la peste de los mesones del medioevo.

—El antecesor de Gowal tuvo esa misma excusa, y su antecesor, y el otro. Perpetúan el status justificándose con que no hay otra salida —acota Ian, sarcástico—. Aunque prefiero Gowal a Damia. Si ella pudiese, los grendells y las computadoras nos sustituirían por completo. Cree que no hay Operador seguro, y que, pese al bloqueo mental, no puede fiarse de nosotros...

—Qué paranoia... qué absurdo —sonríe Kroll, la ironía de su rostro asiático desmintiendo sus palabras.

—¿Quiere decir que ustedes...? —empieza Targo, pero Kroll lo hace callar con una rápida presión en su hombro y una significativa mirada. Luego

añade:

—En *este* Club de La Verdad, las paredes tienen oídos, ojos, y lengua... que es lo peor —se levanta, añadiendo a guisa de despedida—: Tiene temple, Ian... lo supe cuando tuve que juzgarle por «gatillo alegre» en San Ángeles... —Targo descubre de dónde recuerda al Operador de rostro asiático—. Y gracias a ambos por lo del «Kami Maru». A veces uno pierde la perspectiva... Ian ¿vas a llevarlo a alguna línea alternativa?

—Sí —los ojos de Ian le indican a Targo que no será *sólo* eso—. Es hora de que vea lo que ocurre al rebasar el valor crítico. Te veré luego, Kroll —y también se levanta, mascullando—. Vamos, Operador Targo... cuando vayas al mundo de las hormigas podrás decir que has visto algo raro. Hasta entonces... no preguntes.

Sólo cuando ya está con Ian dentro del módulo universal, a punto del cronotránsito, envueltos en unas singulares armaduras, osa Targo señalar:

—Ian, estas corazas parecen mongolas... no entiendo por qué son de plástico, pero estoy seguro de que no tienen nada que ver con las hormigas...

La respuesta es el vértigo lumínico del cronotraslado. Y cuando el mundo parece asentarse nuevamente en el estómago de Targo, otro salto. Y otro más. La ligera náusea se convierte en arcada incontenible.

—Vomita sin vergüenza, lleva tiempo acostumbrarse al tránsito múltiple —le dice Ian, paternal—. Cuando puedas, mira... vale la pena. Entramos a seiscientos metros de altura y a algunos kilómetros de mi contacto... es *demasiado* inteligente. Creo que si me viera materializándome de la nada, construiría él mismo un cronomóvil —y señala la pantalla—. Fíjate en los edificios. Siglo XVIII... de una línea temporal donde los mongoles dominaron toda Europa. Algo distinta de nuestra historia... y no sólo por razones políticas.

—Ah... por eso... las armaduras —balbucea Targo, al que aún el mundo le da vueltas. No ha recuperado todas las fuerzas desde su accidente—. ¿Y las hormigas?

—Fueron un regalo de Chow-Ling... usarlas es cortesía diplomática, creo. Ah, sí, las hormigas —Ian se encoge de hombros—. Acabamos de pasar por ahí. La verdad es que no me gusta detenerme en ese universo. Viven más rápido que nosotros y nos superan en tecnología en casi todas las ramas. La

crononáutica debe ser la excepción, o ya nos habrían hecho la visita... como si no tuviéramos bastantes problemas. Yo creí que el hombre era la única raza que derrochaba energías en la guerra, pero esas hormigas me convencieron de que casi éramos pacíficos.

—¿Entonces es cierto? —se interesa Targo, que ya se siente algo mejor—. ¿En una línea temporal las hormigas alcanzaron la inteligencia? ¿Cómo son?

—Pues... son hormigas. No imagines insectos gigantes; hay un límite al tamaño que permite alcanzar un exoesqueleto. Su intelecto es colonial, cada obrera una neurona extra que amplifica los pensamientos de la reina, la única que tiene un pequeño cerebro —Ian manipula los mandos y el módulo empieza a descender—. Mientras más se reúnen, mayor inteligencia... una cultura de multitudes. Parece que han desarrollado mucho la electrónica y la física, pero necesitaríamos mil años para entender su civilización... suponiendo que nos dejaran... y sus naves aéreas de combate son *rápidas*. Y hay cosas más raras —señala de nuevo la pantalla—. Bandera roja... Chow-Ling está en casa y me espera. —Targo mira la imagen y se asombra. Se acercan a una mansión singular, mezcla típicamente asiática de belleza y funcionalidad. La bandera escarlata flota sobre tejados puntiagudos, patios espaciosos, altas torres que parecen de... gira hacia Ian, incrédulo—. ¿Plástico?

—Un descubrimiento chino —asiente Ian mientras posa el módulo en el patio central del edificio con la exactitud que sólo da la costumbre—. Mejor que el cuero barnizado o el cemento... y más barato que el acero —señala a Targo la escuadra de guardias que se acerca, con gruesos tubos en sus manos—. Mira... no son arqueros. Los chinos inventaron la pólvora y los cohetes... así que en lugar de fusiles, tienen lanzacohetes... bazookas. Más poder de destrucción, y de carga rápida, aunque menos precisas.

Las armaduras de los guardias que han formado junto al módulo son una versión menos lujosa de las suyas. Cascos cónicos, petos, hombreras, brazales y grebas plásticas, sables de acero. Las bazookas plásticas tienen un aspecto sumamente tecnológico.

—¿Qué más han inventado? —inquire Targo, cuando Ian abandona el módulo y lo invita a imitarlo—. ¿La radio, la aviación, las elecciones por

voto secreto y directo?

—No saben nada de ondas electromagnéticas... Su gobierno es una tiranía constitucional, pero el Gran Khan Kolchai tiene verdadero poder, aunque da bastante independencia a sus gobernadores regionales. No es un tipo cruel... a menos que sea estrictamente necesario —Ian queda pensativo unos segundos y luego agrega—: En tres siglos de dominio en Europa, han demostrado ser mejores administradores de imperios que *nuestros* mongoles. Tienen hasta sufragio universal para resolver asuntos civiles... claro, no votan los esclavos ni las mujeres, como en Atenas. Chow-Ling me dijo una vez algo sobre la Fuerza Aérea Imperial, pero creo que son sólo biplanos de impulsión a cohetes. Demasiado peligrosos para ser un medio de transporte seguro. Aún no descubren la máquina de vapor ni la electricidad, pero se las arreglan bien... Tienen un rival: la coalición Inca-Azteca, que domina las dos Américas. Sobre esos no sé mucho... parece que no tienen un ejército suficientemente poderoso para invadir Eurasia, pero su sistema de defensas costeras con espejos solares hace imposible un desembarco mongol en sus territorios. Más o menos como Rusia y USA en nuestro siglo XX, sin aliados ni neutrales. Una sociedad estable... ahí viene Chow-Ling y parece que trae mi encargo.

Un obeso individuo con un traje entre chino y eslavo se acerca con un gran paquete rojo en sus manos con las uñas pintadas de verde jade. Frente a Ian, se inclina hasta casi tocar el suelo con la frente, mostrando las dos larguísimas coletas que recogen su pelo. Se enfrasca en una discusión con el Operador en un idioma nasal y lleno de consonantes. A Targo se le asemeja al alemán pronunciado por un japonés con defecto en el paladar.

En un respiro. Ian aclara:

—Chow-Ling es un zorro. Dice que invirtió mucho tiempo y platino (el platino es su moneda... tal vez tengan demasiado oro): no le basta con lo que le prometí. Una demostración lo convencerá... luego veremos si el «beowulf» funciona.

Ian habla y uno de los guardias se despoja de la armadura y la coloca sobre un trípode de madera que otros traen con presteza. El resultado es un espantajo de aspecto belicoso.

—¡Tráeme el contenedor que está bajo mi sillón! —ordena Ian a Targo con gesto altivo, pidiendo luego disculpas en voz baja—. Perdona la gritería. Tratan a sus subordinados como perros... haría mala impresión si fuera amable.

Targo obedece, como en un sueño. Está haciendo tratos comerciales con seres de otra línea temporal... sin esconderse, sin tratar de pasar por uno de ellos. Comercio que, de seguro, creará otra línea más diferente aún de la historia que conoce.

Bajo el asiento, algo que identifica al punto. Un lanzallamas norteamericano de la Segunda Guerra Mundial. Dudando, lo alza y se lo muestra a Ian, que asiente.

—Será inútil cuando se agote el napalm. Son buenos químicos, pero no conocen la gasolina. Sus cohetes son de combustible sólido —comenta, recibiendo el arma incendiaria—. Los impresionará, eso es seguro. El plástico con el que hacen sus armaduras resiste hasta quinientos grados de calor... apenas la mitad de lo que genera el napalm en su deflagración —colocándose la mochila con los depósitos del arma, rotulados «U.S. Marine Corp», Ian aúlla en lengua local, y los soldados se apartan. Chow-Ling sonríe con incredulidad.

—Le dije que le entregaría el poder del dragón —comenta el Operador, divertido, y aprieta el gatillo del lanzallamas.

Brota una esfera de fuego que envuelve trípode y armadura. Chow-Ling intenta mantener una expresión inescrutable. Pero su boca insiste en adoptar la forma de O y sus cejas en confundirse con el nacimiento del pelo. Los soldados, menos protocolares, palidecen de terror. Con la persistente costumbre del napalm de arder hasta la última molécula, transcurre casi un minuto sin otro ruido que el crepitar del fuego.

La última llamita se extingue, y queda un charco de plástico maloliente y cenizas de madera. Ufano, Ian se descuelga el lanzallamas de los hombros y lo ofrece a Chow-Ling con una mano, manteniendo la otra extendida. El ademán de «dando y dando» es universal.

El potentado oriental toma el arma incendiaria con la expresión de un perro ante un hueso fresco... y una visible precaución. Entrega a Ian el

envoltorio rojo, con un chaparrón de explicaciones. Asintiendo distraído, el Operador rompe el papel.

—¿Un fusil? —se asombra Targo—. Dijiste que no los conocían.

—Y no los conocen —Ian sostiene el largo tubo sobre su hombro derecho, comprobando la alineación de los órganos de puntería. Extiende de nuevo la mano, mientras explica a Targo.

—Esto no es un fusil. Te presento al «beowulf»... o bazooka plástica para proyectiles quimiodigestivos. —El oriental le entrega una bolsa de cartuchos, también plásticos. Los soldados traen otro trípode sobre el que colocan una plancha curvada cuyo brillo mate le resulta familiar a Targo.

—¿Quimiodigestivo? —mira a Ian con expresión sonriente—. Y eso es el polímero pseudoviviente del blindaje de los grendells... Ahora entiendo por qué «beowulf»... Lo que no comprendo es por qué tú, si nadie ha podido superar esa coraza, a estos chinos...

—Mongoles —lo corrige Ian—. No subestimes su ciencia por no conocer el radio o la energía nuclear. Son bioquímicos casi mágicos; sus plásticos no los fabrican en hornos: bosta de vaca, levadura, y algunos fermentos. Verás que no me decepcionaron.

Ian dispara. No resulta tan espectacular como la prueba del lanzallamas. El misil brota con una nubecilla de humo, e impacta contra la plancha de blindaje en pequeño estallido. El trozo curvo de coraza cae al suelo, rueda un par de veces y se balancea hasta inmovilizarse.

—No funcionó, la plancha está intacta —Targo echa a correr hacia allí—. ¿Cómo conseguiste este fragmento...?

Ian lo detiene antes que lo alcance. El material se está reblandeciendo y licuando. Sin desprendimiento de gases ni llamas, en diez segundos el ultrarresistente polímero es sólo una jalea poco atractiva sobre el piso de piedra. Ian silba admirado.

—Menos mal que no lo tocaste... no te hubiera gustado lo que le iba a pasar a tu mano. Es un poco lento, pero eficaz.

—¿Pero... cómo es posible? —incrédulo, Targo observa alternativamente los restos de la coraza más resistente creada por el hombre y los rostros satisfechos de Ian y Chow-Ling.

—Vámonos antes de que piense que nos lo dio demasiado barato — murmura Ian, tomándolo por el brazo, y luego barbotea palabras que suenan a despedida—. La última vez tuve que conectar el campo escudo y esperar media hora hasta que los soldados entendieron que sus bazookas no podían ni arañarme. Desde ese día me respetan algo... es una pena que ya sean casi ateos. Habría sido más seguro pasar por dioses que por extranjeros poderosos.

La última visión de la línea temporal de la Mongolia hegemónica y bioquímica es una airosa escuadrilla de biplanos que surge de las nubes cuando el módulo toma altura. Targo se la señala a Ian, que menea la cabeza.

—Nunca renuncian a capturar tecnología avanzada. No podemos culparles... nosotros haríamos lo mismo si nos visitaran desde el siglo XXX.

—Ian. ¿Qué tienes contra los grendells? ¿Es lo mismo ser Operador que del Club de la Verdad?

—Mejor vamos a un sitio tranquilo para responderte —Ian manipula los mandos y advierte—: Vigila tu estómago... será duro.

Fulgor y vértigo. Luz. El mundo explota en la retina. Náusea. Vísceras vueltas de revés. Dolor en los ojos... no, están cerrados, es el mismo nervio óptico. Bilis en el estómago vacío. Tranquilidad.

Con mano vacilante, sudando, Ian posa el módulo sobre una costa desierta junto a un mar calmo y grasiento.

—Estamos de vuelta en nuestro pasado. Era Azoica. Mi sitio favorito... mil millones de años antes de toda vida demasiado curiosa. Espero que nos hayan perdido la pista. Ponte la máscara... sin plantas no hay oxígeno —y entrega un aparato respirador a Targo.

Caminan unas decenas de metros alejándose del módulo. En lontananza, una isla nace entre las olas, con derroche de pirotecnia natural en lava y humaredas coloridas.

—Santorín, Era Azoica. ¿Te gustan el mar y los volcanes, eh? —señala Targo, y se sorprende del feo tono chirriante de su voz. La atmósfera debe ser de nitrógeno y gases inertes. Aunque la presión es normal, el aire tiene un sabor extraño. No puede juzgar el olor, porque el respirador le cubre la nariz.

—Sí... se diría que van a estar ahí por toda la eternidad. Indiferentes a que la civilización humana se extinga o no en sus guerritas. Volcanes y tempestades limpiarían el planeta para darle un chance a otras especies, tras

unos cuantos miles de millones de años... Qué hermoso... Qué falso... Las zonas de tiempo incierto pronto no dejarán ni desiertos radiactivos ni vendavales de polvo. Ni planeta. Hemos matado no sólo nuestro futuro, sino el de todos los que pudieron sucedemos. Me pregunto si no hubiera sido preferible que la Última Guerra exterminara al ciento por ciento de la población mundial y no al noventa y cinco.

Targo no contesta. Ian no ha hecho sino poner en palabras, aunque algo melodramáticas, algunas de sus ideas.

—No todos pensamos que la solución sea esta vida de saqueadores furtivos —dice el Operador mirándolo a los ojos. A través del visor de la máscara respiratoria, sus pupilas azules lucen opacas y empañadas—. Ni todos los Operadores, aunque les guste beber una cerveza verdadera entre viaje y viaje, son miembros del Club de la Verdad. ¿Quieres saber por qué nos llamamos así?

Targo asiente. Otra de las capas de la infinita cebolla de la verdad va a serle develada. Se pregunta si no era más feliz en su ignorancia de simple crononauta. Las respuestas... han sido como una droga. Mientras más sabe, más quiere saber, aunque cada vez se sienta más engañado e insignificante. La voz de Ian tiene un fervor inusual.

—El Club de la Verdad nació el día en que Smile, un Operador como tú o yo, no creyó la versión del Consejo Supremo... y viajó al pasado a comprobarla él mismo. Tardó... tenía que cumplir sus misiones para alejar toda sospecha. Tenía que buscar con cuidado, y no dejar huellas. Pero tuvo éxito al fin...

Ian se yergue y patea la arena. La voz le tiembla:

—Encontró a los descubridores del efecto crononáutico... no los sabios abnegados que soñaron vencer el tiempo de la historia que todos conocen. Eran hombres pragmáticos, y a la vez idealistas... combinación letal.

—Tenían la herramienta ideal para construir una utopía —Ian, abstraído, toma en las manos un puñado de gravilla y lo hace resbalar entre sus dedos—. Antes de la Última Guerra había feos y estúpidos, miopes y sordomudos, jorobados y deformes... ¿Nunca te has preguntado por que somos *tan perfectos*?

—Vida sana... diagnóstico genético prenatal —balbucea Targo. Pero la certeza se abre paso en su cerebro—. Eugenesia... los refugiados fueron elegidos.

—Eugenesia —aprueba Ian—. Hombres y mujeres escogidos por su perfección física y mental. *Sabían* de la guerra con antelación. Se encerraron en lo que luego serían las cúpulas de las veinte ciudades... ya con los recursos para construirlas.

—Pero... si sabían... cómo pudieron prever... ¿viajaron en el tiempo? —Targo está confundido—, pero... el Tiempo Marcador, el Futuro Cerrado...

—El Futuro estaba cerrado desde el primer experimento crononáutico —lo desengaña Ian—. La respuesta es simple...

—¿Ellos... la *provocaron*? —Targo lo mira con ojos abiertos como platos.

—Fueron muy hábiles. Tenían relaciones con muchos gobiernos... les ofrecieron la teleportación, sin venderles todo el secreto. Un poco de presión aquí... oro del Antiguo Egipto acá... un presidente raptado en un despacho cerrado a cal y canto y el Estado rival carga con la culpa —Ian suspira—. Cuando no se temen las consecuencias, es *terriblemente fácil* provocar una guerra.

—Có... mo pu... pudieron... —tartamudea Targo. El dramatismo de Ian se le antoja ahora adecuado... y hasta insuficiente.

—De sacrificarse por una idea a estar dispuesto a sacrificar a otros por ella sólo hay un paso —sentencia el Operador—. Ese pequeño paso es el que separa al héroe del verdugo. Creyeron ser héroes y fueron verdugos. Verdugos de su especie y su planeta.

La decepción en la voz de Targo:

—La nueva arca de Noé... hombres de todas las razas, animales de muchos tipos... imagino su sorpresa al descubrir que sus cronotransitos creaban las primeras zonas de tiempo incierto... su miedo cuando las vieron extenderse. Su desesperación cuando empezaron a escasear los recursos y tuvieron que recurrir a los pecios del tiempo... ¿Pero nadie se dio cuenta, nadie vio...? —los ojos se le llenan de lágrimas, respirar se hace difícil. Ian lo abraza como un padre a un hijo.

—Conservaron su secreto entregando la verdad astilla por astilla —concluye—. Saqueando el pasado lograron la falsa abundancia, con realidad virtual la ilusión del mundo vergel en el exterior... tardaron varias generaciones en construir la ilusión de un mundo perfecto. Estos quince agujeros sitiados en el tiempo y el espacio para cinco millones de humanos engañados. Y para los ansiosos de aventuras... la crononáutica de Marcadores y Recuperadores. Un juego para detectar posibles Operadores.

—Ian... ya sé lo que es el Club de la Verdad —los ojos de Targo chispean—. Cuando me sacaste del módulo dijiste algo... ¿sigo siendo bienvenido?

—Por supuesto... —De nuevo es el Ian jovial y alegre de siempre—. No somos muchos... ni tenemos planes muy definidos. Tal vez el Consejo Supremo tiene razón en una cosa: si todos supieran la verdad, sería el caos. Caos o Engaño... no es una elección sencilla. Al menos... —sonríe y señala al beowulf, bien visible a través de la escotilla abierta del módulo— ya con esto no serán invencibles sus rancheadores. Los que huyan a partir de hoy, no estarán indefensos contra esos cibernéticos asesinos. Y si no quieren enterrarse en los Siglos Cerrados... sabrán que hay una línea temporal donde unos mongoles hábiles pueden reírse de los grendells —Ian observa su pulsera universal—. Hemos tardado bastante... los módulos tienen una caja negra que marca el tiempo de cronoincursión —mira a los ojos a Targo—. *Siempre* estuvimos en el mundo de las hormigas. Si te preguntan... confío en tu habilidad.

—Tengo mucha imaginación —responde Targo, mientras regresan al módulo—. Y si me veo en apuros... diré que pasé la mitad del tiempo vomitando. No está muy lejos de la verdad ¿eh? —y ríen juntos a carcajadas.

Por primera vez desde que fuera trasladado de su grupo. Targo se siente auténticamente *bien*... Sabe dónde está y qué debe hacer. Es un buen principio. Aunque podría preguntarse ¿para qué?

—Genial... si encontrara cómo hacerlo llegar al Club de la Verdad —se ilusiona Targo después de revisar el cristal. Dos horas de imágenes sobre las tres generaciones de antropoides, su uso del lenguaje y su capacidad de

emplear herramientas. Y la secuencia de la nube plateada con las hembras embarazadas, prueba definitiva de una intervención externa como disparador de la evolución humana.

—Imposible salir por cronotransito... —Se retuerce las manos. Si otros pudieran ver lo que él ha visto, probablemente se derrumbaría el edificio de mentiras de la «sociedad perfecta». Haber prácticamente creado al hombre es un buen motivo para que quien lo hizo se proteja de la curiosidad de ese mismo hombre, cuando aprende a viajar por el tiempo. Sobran los «¿por qué?». Es una historia más sólida que las «causas naturales» del Consejo Supremo. Pero tendría que hacer llegar las imágenes al XXIV...

Se sienta junto al peludo oso hormiguero que cazara para Smile. Ian decía que todo problema tiene *una* solución. ¿Dónde estará la de este? Y... ¿Dónde está el dientes de sable?

Sólo ahora es consciente de que Smile no está dentro del campo escudo. Maldiciendo su distracción, se levanta y revisa los alrededores. Pronto encuentra las huellas en la tierra húmeda, y se relaja al no descubrir ningún otro rastro junto al del félido. Y el espacio entre pisada y pisada es apenas medio metro: curioseaba, no corría tras una presa. No debe haber ido muy lejos.

Deja el máser con su funda y toma una ligera ballesta que se cuelga a la espalda. Se ha hecho hábil con ella en las últimas semana. No resulta tan letal como el proyector de microondas, pero también es silenciosa. Tiene la ventaja de que no carboniza kilos de carne volviéndolos incomibles. Y tampoco corre el riesgo de crear un incendio en el bosque... Él mismo la construyó. Malgastó mucho tiempo y material antes de lograr algo efectivo: además de su inexperiencia, un máser y un dha no son utensilios para labores de precisión. Puede estar orgulloso del resultado. De madera flexible y tendones de ciervo, es más ligera que las medievales, y más rápida de cargar. En vez del molinete de los armeros europeos, tiene una palanca para tender la duela. El alcance no rebasa los doscientos metros, pero ha logrado hasta seis tiros por minuto. Bajo los árboles, rara vez tiene oportunidad de un disparo a más de cincuenta pasos.

La monta con una saeta de punta de marfil y se adentra en la espesura, siguiendo la huella. Ah, aquí Smile echó a correr detrás de algo... analiza las

pisadas del fugitivo, y una sospecha empieza a abrirse paso en su mente... ojalá que se le haya escapado, porque si no...

No se le escapó. El penetrante olor le golpea la nariz, antes de distinguir al macairodo que regresa muy orondo con un pangolín fétido en la boca. Cuando distingue al amo, ruge de contento y se le cae la presa. Targo aprovecha el incidente para huir a todo lo que dan las piernas hacia el campamento. Alcanza a activar el campo de fuerza justo en las insensibles narices del dientes de sable.

Smile ruge, asombrado y ofendido: ¿cómo se atreve a dejarlo afuera después de su hazaña! Targo se cubre nariz y boca con un trapo en el que vaporiza lo más oloroso que encuentra: antiséptico para limpiar instrumentos de precisión. Pero ni siquiera el penetrante aroma a fresas del producto puede competir con el nauseabundo «perfume» del mamífero muerto.

—¡Llévate, ya! —ruega Targo ahogándose, con deseos de vomitar. Nunca creyó que fuese posible tal hedor. ¿Cómo no se marchita la hierba? Los ojos le lagrimean y siente la nariz hinchada por la pestilencia entre almizclada y amoniacal que exuda el pangolín. Desesperado, lanza la saeta de la ballesta, arriesgándose a sacarle un ojo a Smile, para arrancarle el cadáver de la boca.

El dardo desgarró la blanda carne del vientre del desdentado, no protegida por sus escamas, pero Smile no lo suelta. Peor; la fetidez del animal abierto casi hace desmayarse a Targo.

—¡Perdiste el olfato! —se queja, atomizando el antiséptico en todas direcciones para crear una barrera de olor entre su nariz y la captura de Smile—. Con razón nadie se mete con esos bichos, aunque no tengan escamas por todo el cuerpo. Hay que mudar el campamento; ni enterrándolo a diez metros de profundidad vamos a evitar que ese olor dure mil años...

Targo se detiene, pensativo. ¿Enterrándolo? ¿Mil años? ¿Y por qué no diez mil? La sonrisa se forma en sus ojos, la única facción que no oculta su improvisada máscara antigás.

—Te perdono, gatito sonriente —su voz se ha dulcificado mientras hurga metódico en la mochila—. Creo que me has traído la solución al problema del correo del tiempo desde los Siglos Cerrados.

Saca varios mnemocristales, la holocámara, y un complejo aparato de medición. Asegura la cámara con el dispositivo antigrav que permite prescindir de todo trípode, la enfoca hacia él, y desconecta la barrera para que Smile entre.

—Vamos a mandar un testimonio para la posteridad... pero aparta ese bicho, mi tolerancia olfativa tiene un límite... y te estás acercando.

El tigre se sienta sobre sus cuartos traseros, satisfecho de que el amo lo abraza y le rasque el bigote. Targo se arranca el trapo con una mueca, y comienza la grabación.

—Soy Targo Ridal, desde el final del Terciario, para el Club de la Verdad. Disculpen la mala cara, mi mascota —señala a Smile, que muestra los dientes como todo un actor— cazó un pangolín fétido... tienen suerte de que el olor no pueda grabarse. Haré seis copias de este mnemocristal con la esperanza de que tengan gente al principio del Cuaternario y puedan detectar alguna. Mejor las encuentran todas, para que no lo haga el Consejo Supremo. Temo cómo reaccionarían ante la evidencia... Yo estoy bien... —hace una pausa, acariciando la cabeza del macairodo—. Tarde para su especie y temprano para la mía, hacemos buena pareja. Pero tres meses sin oír otra voz humana son demasiados.

Targo estornuda, gesticula y atomiza spray.

—Quiero compañía. Sé que algunos planeaban crear una colonia humana lejos del Consejo Supremo y sus mentiras. Vengan aquí, ahora y no cuando sólo esté mi esqueleto para recibirles. Traten de apuntar bien. Diez mil años es un plazo grande.

—Una petición extra. Kroll, tú conoces a Toyin. Se puede confiar en su discreción. Sólo pregúntale si quiere venir, y a ese nuevo, Ergon, también. Dile a Toyin que... mejor se lo diré yo mismo.

Targo se queda callado, con los ojos bajos. Luego, lentamente, continúa:

—Toyin... hola. Tú tenías razón. Ningún hombre puede prescindir de todos. Somos seres sociales, lo admito... y no me gustaría morir aquí, solo. Pero no puedo regresar... y si pudiera, no querría vivir en la mentira del Consejo Supremo.

Suspira tan profundamente que Smile lo mira intrigado.

—Disculpa si soy melodramático. Hay cosas que no pueden decirse de otro modo. Un día me llamaste amigo... si aún me consideras así... por favor, ven. Trae ropa fresca... en África, antes de la glaciación, hace calor.

—Gracias por anticipado, Kroll. Esta noche, cuando pueda ver las estrellas, fijaré mi coordenada temporal con el astrocalendógrafo. La fecha que incluyo es la que elegí para el arribo de los «refuerzos»... por favor, que no lleguen *antes*. Sabes que crearían otra línea temporal, y yo me moriría esperando en esta.

El telemando apaga la holocámara. Targo resopla y se vuelve a cubrir la cara con el pañuelo. Juguetón, le da un codazo a Smile, y como lo sorprende, el macairodo cae de costado gruñendo con muy poca dignidad. Pero al punto se recupera, y rugiendo alegre, se trenza en fingido combate con el amo.

Después de un par de minutos de retozo, Targo aparta a Smile, jadeando.

—Basta, gatito... tendré que hervir toda esta ropa, pero te merecías un premio. ¿Te gustaría tener más compañía? Seis o siete como yo, para jugar todo el día.

—Ahora, vamos a hacerle copias —murmura, extrayendo de la holocámara el mnemocrystal recién grabado—. Si logro esconderlos en un sitio que no se mueva demasiado en diez mil años, para un detector de orientación atómica serán tan evidentes como un gato negro sobre la nieve... Los hallarán —se queda pensativo—. Si nuestros amigos de la nube plateada lo permiten, claro. Ellos también podrían detectarlos... y borrarlos.

—¿No crees que llevamos demasiadas cosas? —objeta Targo mientras Ian continúa cargando el módulo—. ¿Por cuánto tiempo estaremos allá? Gastaremos toda la energía asignada a viajes de exploración nosotros solos... ¿Y para qué los sai? —señala la pareja de armas tras el cinturón del Operador—. También traje el dha, como pediste. ¿Piensas que podremos practicar con los estegocéfalos?

—Targo... ¿quieres hacer el favor de callarte un rato? —Ian se detiene y pone los brazos en jarras, mirándolo divertido—. Sabes tan bien como yo que la entrada al no-tiempo es lo único que consume energía... eso de que mientras menos tiempo dura la cronoincursión menos se gasta es una patraña

para novatos. Podemos ir y venir en el mismo segundo o tardar diez años para el regreso... da igual —el viejo Operador sonríe mirando al joven de hito en hito—. ¿Por qué mejor no dices que te molesta no saber nada de esta misión?

Sí, Targo está algo molesto. Desde que es Operador ha ejecutado tres veces más misiones que como simple crononauta. Complejas como jamás imaginó. El rescate de miles de toneladas de petróleo del desastre del supertanquero «Exxon Valdez» en el siglo XX. Incursiones a las minas de diamantes de Namibia, siglo XVIII, en busca de lo que la técnica del siglo XXIV convertirá en irreemplazables mnemocristales. La recuperación de cientos de toneladas de alimentos, quemados cuando el crack financiero de 1929 para mantener altos los precios. En cuatro frenéticas semanas, el saqueo de los pecios de la historia ha dejado de tener secretos para él.

Pero como miembro del Club de la Verdad ha estado casi inactivo. Dos reuniones en las que ha sabido de Operadores disidentes aniquilados por el Consejo Supremo y sus grendells, y nada más. Empezaba a preguntarse si eran más ganas y demagogia que acción, cuando Ian lo solicitó para esta cronoincursión.

Casi no ha visto a su amigo y mentor en los últimos tiempos. Comprende la compartimentación y el secreto... Pero, escogerlo para lo que *evidentemente* no se trata de una misión de rutina, y seguir ocultándole información, le parece estúpido... e injusto.

Ian lo calma con gestos: señala la pared, y luego sus ojos, oídos... y lengua.

—Seis Operadores desarrollan un interesante experimento en el Carbonífero: sembraron una variedad mutante de arroz, y recogerán en tres meses la primera cosecha piloto. No más preocuparse por las reservas comestibles. Habrá granjas en todas las edades prehumanas, atendidas automáticamente. Y más Operadores libres para la recuperación de minerales. Para ellos —dice con una clara sonrisa de doble sentido— llevamos médico automático, holocámaras, alimentos concentrados, astrocronógrafo, un máser. Estarán tan ocupados, que quizás *no puedan* venir si lo necesitan. En cuanto a mis sai y tu dha: ellos son de los nuestros... también les atraen las artes de combate.

A buen entendedor, con pocas palabras basta. Targo ha leído entre líneas. El experimento de cultivo en el Carbonífero será importante... pero lo es más lo que encubre. Al fin algunos van a escapar al único sitio donde no pueden ir a buscarlos sino los grendells. Y que no podrán abandonar más: los Siglos Cerrados. El Club de la Verdad los ha incluido en esa lista a Ian y a él.

Sonriendo cómplices, terminan de llenar el módulo y lo conducen hasta un círculo de lanzamiento. En la última semana, el hangar ha sufrido cambios: hay tabiques separando las terminales en cubículos, y los Operadores que parten y retoman sólo se ven en los pasillos que conducen a ellos. En cada círculo de lanzamiento se ha instalado una consola de control. *Alguien* se dio cuenta de que centralizarlo todo en una única torre era ineficiente... y muy vulnerable a sabotajes. Ian lo supone iniciativa de la paranoica Damia.

—Es irónico que el miedo los conduzca a la descentralización —comenta—. Como la historia mongola del hombre que tenía una valiosa piedra en la mano. Por miedo a que se le cayera o se la arrebataran, la apretó tanto que la hizo arena... que se le escurrió por entre los dedos.

—¿Mongola de aquí... o de allá? —pregunta Targo, cuando ya el módulo está situado exactamente sobre el círculo. Señala la larga forma del beowulf, bien visible encima de toda la carga.

—De allá... —acepta Ian, y añade—: Lo llevo porque pueden haber estegocéfalos agresivos en el Carbonífero... no estará de más que tengan un prototipo —se inclina sobre los mandos del módulo—. Mira bien todo esto... es nuestro adiós a los hangares. Aunque pronto tendremos visitas *allá*. ¿Estómago listo para la revoltura, muchacho?

Targo va a contestar, pero una voz irónica y conocida se le adelanta.

—Ian Orkai, será mejor que alejes tus manos de esos mandos. Abandonen el módulo, si no quieren que sus estómagos tengan algo más serio que una revoltura... como un agujero de máser.

En la entrada del cubículo hay dos siluetas.

La que ha hablado es Damia, con máscara pero sin túnica del Consejo Supremo. Una armadura metaloplástica le cubre el cuerpo. Sostiene un pequeño máser. Pero no es eso lo que convence a la pareja de Operadores de

que conviene obedecerla. La otra silueta es un ovoide silencioso que flota a un metro del suelo.

—Así me gusta, que seas razonable —asiente Damia, cuando Ian comienza a levantarse de su asiento—. Despacio, y no intentes nada. Programé al grendell como guardaespaldas, y sabes que es más rápido que cualquier cosa que intentes. Así que dile a tu pupilo que tampoco haga estupideces.

—Beowulf... —susurra Ian al oído de Targo cuando bajan del escalón del módulo. Sus movimientos vacilantes engañarían a cualquiera sobre su rapidez de reacción... la cabina queda abierta, el arma plástica bien a la vista.

—Pero, entonces tú... —comienza a susurrar Targo, y Ian lo mira. Hay orden y súplica en sus ojos azules.

—Obedece —dice el viejo Operador en voz alta, para que Damia lo oiga—. O nada se salvará...

—Sí, Targo, obedece... y tal vez salves la vida. —Damia observa a Ian que se le acerca lentamente—. El gran Ian Orkai, decano de los Operadores... y líder de ese estúpido Club de la Verdad que pretende combatimos —la risa de la mujer del Consejo Supremo es prepotente y desagradable—. No vamos a ejecutarte, no temas. Sólo te desterraremos... a la Era Azoica. No hay oxígeno allí, pero eres un hombre de recursos, sabrás arreglártelas...

—¿Dónde estaba el grabador? —inquire Ian, suavemente. Desde atrás, Targo distingue los dedos del viejo Operador que se deslizan hacia la empuñadura de los sais. Él comienza a acercarse, milímetro a milímetro, al beowulf.

—Hace tiempo sospechaba de ti. Demasiado a menudo te ofrecías para supervisiones —explica Damia con la condescendencia del vencedor—. Fuiste precavido, temiendo que hubiera grabadores en tu módulo... y no te equivocabas —la mujer se acerca hasta casi un metro de Ian, y Targo tensa los músculos... vuelve a alejarse, paseando como si dispusiera de todo el tiempo del universo—. Estaba en uno de los respiradores. Me extrañó que usaras un modelo con reserva de oxígeno para ir a la línea temporal de las hormigas; respiran aire como nosotros, aunque huelan peor... —Damia meneaba la cabeza—. Desde entonces te controlo. Como imaginarás, no estaría aquí si ya no me hubiera ocupado de tus amigos en el Carbonífero.

Sin dejar de mirar a Ian, Damia se acerca al grendell y lo acaricia.

—Es una pena que trataran de enfrentarlo... a estas IAs no les gusta la resistencia, ni aunque sea simbólica. Tendremos que repetir el experimento de cultivo en otro sitio... la zona tardará un par de siglos en dejar de ser radiactiva. Lamenté perder la oportunidad de interrogarlos. Pero te tengo a ti.

—¿Qué te hace pensar que diré algo? —los nudillos de Ian emblanquecen en torno a los sai, pero su voz suena casi despreocupada. Targo, con sólo estirar la mano, alcanzaría al beowulf. Una preocupación nace en su mente. ¿Tendrá seguro de disparo... será difícil de usar? Todo termina dependiendo de pequeñeces.

—Lo dirás todo. Aunque tenga que cortarte en pedazos centímetro a centímetro —tras la máscara, los ojos de Damia relucen con furia—. Puedo recurrir a los mejores verdugos de toda la historia, de todas las historias, si no me das opción... Pero, seamos racionales —la voz se torna casi amable—. No te engañaré; eres demasiado peligroso para perdonarte. Pero si revelas los nombres de esos pobres tipos a los que confundiste, podremos rehabilitarlos... Por ejemplo, tu pupilo Targo podría tener una brillante carrera entre nosotros... y algún día, ser del Consejo Supremo... ¿No te sientes responsable del futuro de tus reclutas?

—Por eso callaré —hay una suave decisión en la voz de Ian—. No creo en tus promesas, Damia. Y preferiría ver a Targo muerto antes que en tu Consejo Supremo...

—Eso tampoco es difícil —dice ella, y comienza a levantar la mano con lenta fruición—. *Ahora.*

Targo es un resorte tenso que se libera de golpe. *Salto.* Velocidad, precisión, vértigo. *Giro.* El cuerpo se adelanta a la voluntad. *Fuego.* En un segundo ha terminado todo... y vive. Se levanta tambaleante, y casi se sorprende de encontrarse con el beowulf en las manos. El arma humea. Un hedor de polímeros que se disuelven y un charco mucilaginoso en el que vibran partes metálicas son todo lo que queda del grendell.

Debió saltar, tomar el arma, disparar y rodar... Sobre el suelo, a su lado, hay una larga huella quemada. La IA, antes de ser aniquilada por el poderoso disolvente bioquímico, tuvo tiempo de hacer fuego. Sabe que está ileso por puro milagro.

Junto al cíber destruido yacen dos cuerpos exánimes. Caminado como un autómatas, Targo evita mirar el más cercano, y se acerca a Damia.

Ella tiene los dedos crispados en la pistola máser. No alcanzó a disparar. El sai está hundido en su cuenca orbital derecha. Las púas menores penetraron en la frente y el pómulo a través de la máscara. La sangre es lo único que la distingue de una muñeca rota. El otro ojo ha quedado abierto para siempre con una expresión entre el odio y el asombro.

—Buen tiro... ¿no... crees? —la débil voz a sus espaldas lo sobresalta. ¡Está vivo! Pero su cara palidece al ver al descubierto los intestinos del viejo Operador.

El moribundo intenta una broma.

—He lucido mejor... Muchacho, nunca dejes que te den... con un infrasonido... duele... demasiado —tose, escupiendo sangre, pero aún tiene fuerzas para alzar la mano rechazando la ayuda de Targo—. Vete... al Terciario... busca a los xenos.

La visión de Targo se empaña y se da cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Te llevaré al médico automático. No es una herida mortal...

El azul de los ojos de Ian Orkai está nublado.

—No... ¿Oyes? Tienes qué... irte... Yo ya... estoy... acabado.

Como si se rompiera un dique en sus tímpanos, Targo es consciente del ensordecedor alarido de la sirena del hangar. Debe estar sonando hace más de medio minuto.

—No tendré tiempo... —balbucea, decidido a no abandonarlo—. La computadora no acepta calcular coordenadas en los Siglos Cerrados. Demoraría mucho manualmente. Me quedaré a pelear...

—Tráeme... su máser —ordena Ian, como si no lo hubiera oído, señalando al cadáver de Damia—. Y dame el... beowulf —Targo obedece, asombrado de la energía que aún logra reunir el moribundo—. Te ganaré... ese tiempo —cuando Targo le entrega la pistola y la bazooka, recibe el otro sai en las manos—. No es... un regalo... Te lo... has ganado. Cuídalo —el rostro pálido sonríe con esfuerzo.

—Maestro... —repite Targo, sin moverse—. Quiero quedarme. Nada importa ya...

—Sí importa —insiste el agonizante. De nuevo escupe sangre, y sólo apoyándose en el largo cañón del beowulf evita caer—. Unos mueren... y tiene sentido... si otros... viven... Recuerda hacer... la entrada bien alta... no tendrás satélite...

—Pero... —trata aún de resistirse Targo—. No puedo...

—*Debes* —hay una fuerza y una autoridad irrefutables en la palabra del Operador. Conteniendo otra tos que pugna por nacerle en el pecho roto, da la espalda a Targo y se queda apuntando con ambas armas hacia la entrada del cubículo.

El silencio de Ian decide a Targo. Guarda el sai en la bota, y de un salto está en el control del módulo. Se le acaba de ocurrir una treta que puede ahorrar mucho tiempo.

Coordenadas espaciales lo más cercanas posibles al final de los Siglos Cerrados... La sirena ha callado y un ruido de pasos furtivos y órdenes susurradas flota sobre el hangar... La computadora acepta los datos; ahora, cambiando manualmente hasta ocho mil quinientos años atrás, sólo debe alterar la posición del sistema solar en la espiral galáctica en un grado. El desplazamiento universal de la Vía Láctea es una constante que sólo cambia cada unos cien mil años... Escucha los disparos secos del beowulf y el silbido del máser, gritos, cuerpos que caen, órdenes, una explosión, no levanta la cabeza... La montaña más alta tiene ocho kilómetros de altura, con la cuarta parte bastará, no va a ser tan fatal de materializarse justo en medio del Himalaya... Silbidos de másers, olor de plástico quemado, nuevos ruidos del beowulf, *No debe* levantar la cabeza... Conecta el campo de fuerza del módulo, tardarán treinta segundos en descifrar la combinación. Ian no puede resistir mucho más... La ubicación no es exacta, necesitaría dos decimales más, la prudencia aconseja un mar para amortiguar la posible caída... No suenan más los másers, ni el beowulf, no quiere mirar, cinco segundos para que el sistema de cronotransito digiera y compruebe todos los datos... Gritos de rabia desde fuera, reconoce la voz imperativa de Gowel, el campo de fuerza fluctúa y cede, la pantalla indica datos insuficientes, tres por ciento de imprecisión, tránsito abortado por seguridad... Zarandeo de muchas manos sobre el módulo, Targo se aferra con todas sus fuerzas al cerrojo que tratan de

descorrer desde afuera... Y patea el interruptor manual, que anula cualquier disposición protectora del cerebro electrónico...

Vértigo. Giro arrebatado. Luces de alarma por todos lados. Oscuridad. Niebla. Pánico, fuera. El radar ¿qué dice el radar? Ya pasó una vez por esto y sobrevivió. ¿Alerta de colisión? Velocidad relativa, 200 km por hora. Debí descuidar algún parámetro, el módulo gira como una peonza... Mareo, casi vómito. No puede ver nada, niebla, debería buscar altura. ¿La tierra, dónde está? Radar. Delante, como las fauces de un monstruo mitológico, murallas de roca. Gritar, gritar... falta tiempo. Manija de eyección.

El tirón del paracaídas casi le hace perder el sentido. Colgando entre el cielo y la tierra, alcanza a ver el impacto contra el acantilado. No hay explosión, pero el cronovehículo, con el sistema antigra o la computadora inutilizada, cae dando tumbos entre las rocas hasta el sonoro chapoteo final.

¿Chapoteo? Un par de segundos después él mismo se zambulle en el agua fríasima y forcejea para librarse del correaje magnético antes de que lo envuelva la tela. Aire, aire... un par de enérgicos talonazos y flota. En la niebla, la costa es una alta sombra cercana. Trata de nadar y el agua lo arrastra sin mucha fuerza. Marea, o corriente... prueba el agua... Dulce. Casualidad; la desembocadura de un río, por suerte no muy caudaloso.

Nada en la niebla durante casi un minuto, tratando de tener la mente lejos de todo lo que no sea llegar a la costa. La adrenalina hace latir sus sienes. ¿El Terciario, el Carbonífero, la Guerra de Secesión? Al menos ningún grendell viene a buscarlo, ni oye pitidos de barcos, ni ve canoas... si lo parte un ictiosauro por la mitad será que es el Jurásico. Un sonido inidentificable. ¿Esa sombra que se acerca? Un bufido... ¿Reptil gigante?

Con mano temblorosa busca el sai en la bota... no quiere morir así, sin saber si llegó realmente a los Siglos Cerrados... La niebla lo deforma todo. Es un tronco de árbol que arrastra el río. Trepa para ahorrar fuerzas. El bufido más cerca y algo pequeño le araña la mano y trata de morderlo, pero logra sujetarlo, parece...

—¿Se puede saber qué haces tú aquí, pequeñín? —Targo casi ríe a carcajadas, manteniendo el equilibrio sobre el tronco mientras alza al frustrado mordedor hasta su cara. Sosteniéndolo por el cogote, el cachorro cuelga flotando en su propio pellejo.

—¡Bff, bff... irr! —es su enojada réplica. Está empapado y temblando, pero tira zarpazos con sus rechonchas patitas delanteras y abre desmesuradamente la boca exhibiendo sus largos caninos de leche, para dejar claro que no va a rendirse así como así.

—Qué dientes; no eres un gatito común, sino de colmillitos de espada —venciendo la oposición del diminuto macairodo, Targo lo aprieta contra su traje impermeable—. Tienes frío, y seguramente hambre también.

Tras un poco de resistencia simbólica, el tigrecito se acurruca contra el pecho del extraño ser bípedo. No muerde ni araña, está más seco que él, y caliente. Quizás no tenga malas intenciones, aunque huele extraño.

Agotado por sus experiencias recientes, bosteza y cierra los ojos. Targo, pensativo, lo acaricia... el tronco da suavemente contra un peñasco que parece ser el extremo de una península rocosa.

—Enseñándome los dientes sin decir siquiera: «¡Bienvenido al Terciario!» —se burla, y salta a tierra sin soltar al cachorro.

—Vamos a buscar el módulo antes que la marea se lo lleve —susurra al pequeño felino dormido, saltando sobre las piedras cubiertas de algas—. Te llamaré Smile... En honor al fundador del Club de la Verdad, y porque creo que, cuando crezcas, vas a pasar todavía más tiempo que ahora enseñando los dientes. ¿Quién dijo que yo era un solitario? Acabo de llegar al período más aislado de la historia terrestre, y ya tengo al primer amigo... —la voz del hombre se pierde entre la niebla, bajo el ruido de las olas.

4:50 a.m. —Quieto, gatazo... eso es lo que quiere, que salgamos —Targo acaricia la pelambre erizada del macairodo, mientras su propio cabello se pone de punta por la estática. Treinta segundos, un minuto... el buscablancos del máser supera la cortina de interferencias y localiza al nanoatacador de impulsión reactiva. Targo aprieta el gatillo, y las microondas vaporizan al minúsculo y veloz artefacto.

4:51 a.m. La electricidad estática del interior del campo escudo pasa al basalto con deslumbrante chisporroteo. Menos de diez segundos después, el electroscopio vuelve a marcar sobrecarga; otro ataque. El ciclo recommienza.

4:55 a.m. —¿No se le acabarán nunca? —suspira Targo—. Casi cuatro horas lanzando nanoatacadores...

4:59 am. Saca el máser del trípode para tiro automático y lanza un par de descargas contra la oscuridad. El único efecto es un sonido apagado: el deslizamiento de las piedras arrancadas por los haces de microondas. Y mucho después, un murmullo lejano cuando caen en el fondo del cráter.

5:03 a.m. La alarma del campo de fuerza pita insistente. Targo descubre dos puntos en la pantalla del buscablancos. —Ahora en parejas —murmura, desalentado, y teclea la corrección necesaria. Disparos sucesivos aniquilan a los atacadores, con pequeñas explosiones que rajan las tinieblas a metros de distancia.

5:11 a.m. Smile ruge, desesperado, rondando el límite de la barrera. Mira al amo, implorante... Con un gesto suyo, destrozaría con garras y colmillos a ese enemigo incomprensible que los ataca desde la oscuridad.

5:14 a.m. Targo sabe que nada puede el macairodo contra los rapidísimos atacadores. Muy poco es lo que puede hacer él mismo; lenta e inexorablemente, las descargas están agotando la energía del campo de fuerza. Ha destruido muchos, pero cada nanomódulo de ataque tiene apenas tres centímetros de diámetro, y el cíber de combate podría llevar miles.

5:18 a.m. El grendell los tomó por sorpresa. Debió localizar el campo escudo desde horas antes, pero no atacó hasta el crepúsculo. Sin sol, las fotoceldas no pueden recargar los acumuladores. El de la barrera resistirá... el del máser no. Los dos sistemas no son compatibles, por desgracia. Cuando el arma quede inoperante, el grendell podrá usar toda su potencia sin molestias. El campo escudo no durará ni cinco minutos. Y según la inexorable aritmética, la pila del máser estará vacía sobre las 6:10 am... un cuarto de hora antes del amanecer. Ironía.

5:21 a.m. ¿Rendirse? Recuerda las grabaciones, el grendell aniquilando Operadores tras prometer respetarles la vida. El Consejo Supremo no gana nada con su rendición; no puede sacarlo de allí. Sólo la destrucción absoluta borraría toda evidencia.

5:28 a.m. Ahora entiende cómo se siente una fiera acorralada o un condenado a muerte antes de la ejecución. Revisa el equipo, analizando ideas cada vez más fantásticas. Un dardo de ballesta no le haría ni cosquillas a la

coraza de polímero pseudoviviente. ¿Los lentes del anteojito para quemarlo? Estará muerto antes de que salga el sol, y de todas formas, el blindaje puede resistir diez minutos de microondas concentradas sin alterarse. ¿El médico automático para enfrentarlo? Máquina contra máquina... una buena teoría. Tendría que ser un genio en cibernética... y suponiendo que pudiera hacerlo en media hora, no tendría muchas probabilidades un equipo curativo adaptado contra otro diseñado para la destrucción. Una bomba atómica... un suicidio, y el grendell quizás resistiría hasta eso. Si un rayo lo alcanzara... pero ni cien mil voltios penetran su coraza. En cambio, con el beowulf... un solo tiro y adiós grendell.

5:31 am. No tiene bomba atómica, ni beowulf, ni medios de hacer caer un rayo del cielo a voluntad. ¿Rayos? La nube plateada lo salvó una vez. Pero nunca la ha visto de noche.

5:33 am. Targo respira profundamente, resistiéndose al deseo irracional de salir corriendo. No luce peor opción que esperar la muerte sentado. Pareció una gran suerte que tuviera alzada la barrera cuando el terrible ciber surgió de la oscuridad del cráter. Ahora, se pregunta si no hubiera sido mejor... al menos, morir por sorpresa, sin esta agonía.

5:34 am. Smile, percatándose de la tensión del amo, ruge sombríamente. Targo no lo escucha. Su cerebro se ha acelerado. Pensar, pensar... hallar la salida. Pronto. Ya. Los nanomódulos atacan ahora de tres en tres, y el más se dispara casi sin cesar. A este ritmo, tendrá menos tiempo del que calculó... quizás a las 5:50 todo haya terminado.

5:36 am. Nunca creyó que fuera un riesgo real. En todo caso, el grendell llegaría después que Kroll y los demás, y con un beowulf la lucha sería más pareja. O menos desesperada. Por lo menos algo hizo bien: escoger el cráter. El Cenicero es el único sitio en cientos de kilómetros a la redonda donde el magnetismo natural inutiliza el sistema antigrav del ciber.

5:38 am. Faltan ocho horas para el momento que fijó en el cristal. Creyó prudente asegurar el terreno antes de la llegada de los demás. Es obvio que el Consejo Supremo encontró un mnemocristal... y decidió adelantársele. A veces la prudencia sale cara.

5:40 am. Imbécil... de la forma más ingenua ha entregado a Kroll, involucrado a Toyin, y hasta a ese Ergon que no conoce... Nunca vendrán.

Solo ha vivido... solo va a acabar. Si por milagro llegan a la hora señalada, no hallarán nada. El grendell se habrá auto-destruido sin dejar huellas, tras asegurarse de que Targo y su equipo no podrán ser nunca un fósil sospechoso.

5:42 am. Targo se acaricia el vientre con el filo monomolecular del dha. ¿Harakiri? A veces el suicidio no es cobardía, sino una forma de evitar dolor innecesario cuando la muerte es segura. Una dignidad de solitarios. Mira al macairodo y guarda la espada. Si al menos él pudiera vivir... no tiene ninguna culpa.

5:43 am. Hace un minuto que no aparece otro nanoatacador. Podrían intentar una escapada... si el cíber no fuera diez veces más rápido que ellos. Al menos se acerca la salida del sol.

5:44 am. ¿Puede una IA ser sádica? No hay peor tormento que la esperanza. El tiempo pasa tan lento cuando se aguarda la muerte como colofón del fracaso...

5:45 am. El resplandor difuso que precede al amanecer recorta la silueta ovoide del grendell acercándose. Se detiene, de espaldas al cráter, junto a un alto muro de basalto. No dispara. El buscablancos lanza descargas continuas contra él, hasta que Targo lo desconecta. Queda energía sólo para diez tiros más, y la coraza no se inmutará por eso. Se siente estúpido ¿para qué le servirán diez disparos, después de muerto?

5:46 am. Un antena corta y gruesa brota de una escotilla delantera del grendell. Grandes chispas, como tentáculos de fuego, revoletean alrededor de la invisible semiesfera del campo de energía. Smile maúlla de miedo, y sólo apelando a toda su autoridad puede Targo impedir que huya saltando fuera. El indicador de carga de la barrera roza la zona roja. Quedan minutos antes de que lata como un corazón agonizante y se desvanezca.

5:47 am. ¿Latir? Targo busca frenético en su carcaj, y casi se le cae la primera flecha al ponerla en la ballesta. ¿Funcionará? Tendrá que abrir el campo por dos larguísimos segundos, pero pronto no habrá más campo... y sí hay una posibilidad.

5:48 am. Manipula el control geométrico de la barrera. Tiene que ser rápido... un segundo de apertura para recoger tres estaquillas generadoras. El grendell no lo espera, pero descubrirá la brecha con sus sensores y atacará

allí. Tres, dos uno... campo abierto, una estaquilla, otra, la tercera... un sol cruel estallando en sus retinas.

5:49 am. Sería tan sencillo desmayarse, esperar inconsciente el final... El olor de la carne quemada es asqueroso. El latigazo de energía del grendell lo alcanzó por una fracción de segundo. Ve a través de lágrimas. El rostro es una ampolla. ¿Volverá a tener pestañas y cejas alguna vez? Dedos histéricos atando las estaquillas a los dardos de la ballesta. Una, dos... se le cae, segundos perdidos. Conformación geométrica del campo, reformulada y activa en treinta segundos. *Dolor*. ¿Alcanzará la energía? Primer flechazo, en la muralla de roca. *Dolor*. Palanca atrás, segundo dardo... Tercero... No puede. Cae.

5:50 am. Pitido final. Campo escudo intermitente. Va a morir. Un rugido feroz, y un relámpago de piel beige salta y se aferra al inamovible grendell. Morir matando lo que hace daño al amo... Garras resbalando inútiles, un colmillo se parte en dentellada impotente contra la dureza misma. Smile una abnegación animal que arde, que se interpone entre la muerte y su amo.

La oscuridad es un estanque atractivo, apacible... para sumergirse escapando del *dolor*... la inconsciencia es la muerte, la muerte es la derrota... *No desmayarse*. Targo grita llamando en su ayuda al dolor. El campo pulsa cada vez más débilmente... No puede ponerse de pie, el cuerpo es fuego, desde el suelo, con el último buche de voluntad... la tercera flecha en el basalto. Cae de nuevo, y cae un harapo calcinado y deshecho de macairodo, empeñado en detener al grendell más allá de lo imposible.

Un aviso tenue de acumuladores casi descargados en el control del campo escudo: *Nueva conformación geométrica activada*. La barrera pulsa por última vez, agonizante. Ahora, las tres estaquillas generadoras sujetas a flechazos en la pared de basalto vuelven a ser parte del circuito por un último segundo.

Es suficiente. El muro pétreo es nítidamente cortado por la navaja invisible del campo de fuerza. Casi cien metros cúbicos de pared quedan sin apoyo, un equilibrio inestable que no puede mantenerse. Caen hacia el interior del cráter. En su camino, encuentran el pequeño obstáculo del grendell. Y lo arrastran.

Targo no ve al cíber aferrándose al vacío con garras mecánicas inútiles, tratando de sujetarse a la nada con ventosas ineficaces, lanzando cables con garfios que sólo logran clavarse en la cascada indetenible de basalto. Pero sí escucha el estruendo de toneladas de roca destrozándose en la caída, el rumor de la piedra asentándose en su nuevo reposo... y sobre todo, el terrible silencio que viene después.

Cuando la nube de polvo llega hasta él, Targo no sonríe. Su rostro es una máscara de dolor sanguinolento. Se arrastra buscando la mochila... cada centímetro un tormento. Sólo para descubrir que *también* han caído al abismo, como el grendell y los restos de Smile. Ahora sí sonríe, resignado. Quemaduras de tercer grado, sin curaciones... sólo es cuestión de tiempo. Toda su vida ha sido así. Venció, pero sin el médico automático, no tiene posibilidades. Cerca, milagrosamente intacto en su vaina, el dha. Sigue reptando hacia la espada. Decidir el final, cortar el infierno de dolor... Un sonido detrás lo hace detenerse. Un rumor de piedras desplazadas por algo que sólo pueden ser... Sabe qué va a ver al volverse. Lo hace de todas formas. Un hombre tiene el derecho de mirar a su muerte cara a cara.

—Allí están. Tres. Ovoidales, inexorables, indestructibles. Aún fluctúa el aire en torno a ellos.

—Mierda... —murmura Targo, y se relaja esperando el dolor final.

Fulgor tras los párpados cerrados. Una explosión, dos... tres. Olor a plástico derretido y aún está vivo. Delante, los tres grendells se disuelven entre chisporroteos y movimientos descontrolados de todos sus manipuladores.

—Qué a tiempo... Gran invento este —una voz conocida llega desde un costado, ruido de pasos y unas manos amables lo alzan—. Ian fue muy astuto poniendo explosivo en los misiles, los destruye más rápido... Oh... esas quemaduras lucen muy mal. Es un milagro que estés consciente... y vivo.

Distingue el plácido rostro de Kroll, el beowulf que sostiene y varias siluetas que descienden de un módulo. Una se parece a Toyin como una gota de agua a otra.

—Estás a salvo, Targo —la voz de su antiguo líder de equipo es singularmente respetuosa, cuando le coloca las terminales de un médico automático de aspecto sofisticado—. Kroll me lo contó todo. Cuando vi el

mnemocristal que grabaste decidí que no quería nada del Consejo Supremo... y aquí estoy. Relájate, ahora dormirás, lo necesitas. Si saberlo te hace sentir mejor, te diré que la difusión de las imágenes que grabaste ha sido una auténtica bomba... ciudadanos protestando, grendells patrullando todas las ciudades. Quizás por eso no enviaron más a ocuparse de ti, debieron pensar que con estos sobraba. Disculpa si llegamos un poco tarde, por momentos pensé que iba a ser imposible escapar a la vigilancia de esos cíbers obsesivos...

Targo rechaza la terminal que iba a administrarle el sedante con un torpe ademán.

—¿Demasiado... tarde? ¿Qué hora... es?

—Las 6:30 pm... no imaginé que oscureciera tan temprano en este tiempo —comenta Toyin consultando su pulsera universal—. Ni que los crepúsculos fueran tan largos y claros...

—No... oscurece... amanece... —Targo ríe, a pesar del dolor.

—Sédalo, está delirando. Controlamos seis veces las coordenadas temporales —objeta Kroll, acercándose al ver la cara de confusión de Toyin. Pero al punto algo lo hace callar. El sol, rojizo, inconfundible, emerge con lenta majestad tras la mole del cráter.

—¿Pero qué pudo hacer que llegáramos casi ocho horas antes del momento previsto? —se pregunta un joven que se ha acercado a Toyin, intrigado.

—No qué, sino quién, Ergon —Toyin señala hacia lo alto—. Mira. Creo que mi amigo Targo ha hecho muy buenas relaciones con los xenos...

Un titánico cúmulo nimbo cuya plana superficie inferior parece estar a pocos cientos de metros sobre El Cenicero se acerca como empujado por el viento. Lo extraño es que no hay viento. La superficie de la nube de tormenta destella. Pero no son relámpagos, sino un suave brillo de plata...

Desciende hasta que es evidente incluso a simple vista que no es una estructura única, sino un conglomerado de miles y miles de células de nubosidad plateada que hormiguean sin cesar. Los hombres sienten una fuerza irresistible que los succiona junto con el módulo hacia la nube que no es nube. Hasta que se alzan lentamente hacia lo alto, hacia el centro del

inmenso ser colonial, máquina pensante o vehículo, que cambia de forma para recibirlos.

Lo que antes era casi informe, ahora se está convirtiendo en un anillo, un cilindro, un túnel larguísimo al otro lado del cual hay estrellas. En pleno día. Estrellas de constelaciones que nunca han brillado sobre el cielo de La Tierra. Las voces de Kroll, de Toyin, de Ergon y de los demás reverberan con ecos extraños en los oídos de Targo.

—Su principio de levitación debe ser distinto del nuestro. El magnetismo de esta montaña no los afecta.

—No deben ser humanos. ¿Serán amistosos?, somos sus prisioneros.

—O sus invitados. No le han hecho daño a Targo... y no pueden ser mucho peores que el Consejo Supremo. Además, prácticamente son los creadores de la raza humana. ¿Por qué iban a dañarnos?

—Pero ¿De dónde vienen? Ese túnel, ¿será una puerta transdimensional?

—O transtemporal, o trans-lo-que-sea. Si pueden adelantar ocho horas nuestra llegada en un cronotransito, pueden hacer cualquier cosa. Lo que quisiera es saber adonde nos llevan.

—Ya veremos. Por ahora, espero que te baste con la respuesta que le doy a esa pregunta antes de cada cronotransito...

—Quisiera estar tan tranquilo como tú, Kroll... ¿Y cuál es esa respuesta? Según tú... ¿adónde vamos?

—Adonde hemos ido siempre, Ergon, desde que somos humanos... Al infinito. A lo desconocido. A la aventura...

Targo deja de escuchar las voces. Entran en la nube-túnel. Cierra los ojos, y la oscuridad que tanto tiempo le ha tendido los brazos lo envuelve. Suave, bienhechora, pero no definitiva. Comienzo, más que final.

Cuando los humanos y su vehículo han entrado, el cilindro parece devorarse a sí mismo, disminuyendo de tamaño, como si huyera por algún imposible agujero en su interior... hacia ninguna parte.

Un silbido de aire desplazado y un breve fulgor son la única evidencia de la desaparición de la más-que-nube. Un resplandor que a millas del Cenicero, parece sólo otra estrella que se apaga en el amanecer.

En el bosque lejano, tras un segundo de observación interesada, un antropoide de pulgares oponibles y escaso vello vuelve a su trabajo de la

víspera. Sentado en la rama de un árbol, intenta afilar una piedra frotándola con otra. Aunque algunos de la manada crean que pierde el tiempo, le parece que será muy útil para desenterrar raíces. Pensativo, mira a lo alto. Le gustaría saber quién apaga los pequeños fuegos de la noche, quién enciende el gran fuego del día... y saber tantas otras cosas.

Su cerebro, aún más bestial que humano, ya intuye oscuramente que su curiosidad y su trabajo pueden hacerlo más fuerte que los árboles centenarios sobre los que vive. El tiempo, que trabaja contra los gigantes vegetales, está a favor suyo y de su raza. Aún no lo dominan. Pero pasarán miles de años. Y un día...

FIN